

EMILIO DÍAZ ROLANDO

HISTORIA DE UNA VOCACIÓN
RECUERDOS DE UN HELENISTA AFICIONADO

2016

BAJO LICENCIA
CREATIVE COMMONS



1

Siempre agradeceré a Scauro que me hiciera estudiar el griego a temprana edad. Aun era un niño cuando por primera vez probé de escribir con el estilo los caracteres de ese alfabeto desconocido; empezaba mi gran extrañamiento, mis grandes viajes y el sentimiento de una elección tan deliberada y tan involuntaria como el amor. Amé esa lengua por su flexibilidad de cuerpo bien adiestrado, su riqueza de vocabulario donde a cada palabra se siente el contacto directo y variado de las realidades, y porque casi todo lo que los hombres han dicho de mejor lo han dicho en griego. Bien sé que hay otros idiomas; están petrificados, o aún les falta nacer. Los sacerdotes egipcios me mostraron sus antiguos símbolos, signos más que palabras, antiquísimos esfuerzos por clasificar el mundo y las cosas, habla sepulcral de una raza muerta. Durante la guerra con los judíos, el rabino Josué me explicó literalmente ciertos textos de esa lengua de sectarios, tan obsesionados por su dios, que han desatendido lo humano. En el ejército me familiaricé con el lenguaje de los auxiliares celtas; me acuerdo sobre todo de ciertos cantos... Pero las jergas bárbaras

valen a lo sumo por las reservas que proporcionan a la palabra, y por todo lo que sin duda expresarán en el porvenir. En cambio el griego tiene tras de él tesoros de experiencia, la del hombre y la del Estado. De los tiranos jonios a los demagogos de Atenas, de la pura austeridad de un Agesilao a los excesos de un Dionisio o de un Demetrio, de la traición de Dimarates a la fidelidad de Filopemen, todo lo que cada uno de nosotros puede intentar para perder a sus semejantes o para servirlos, ha sido hecho ya alguna vez por un griego. Y lo mismo ocurre con nuestras elecciones personales: del cinismo al idealismo, del escepticismo de Pirrón a los sueños sagrados de Pitágoras, nuestras negativas o nuestros asentimientos ya han tenido lugar; nuestros vicios y virtudes cuentan con modelos griegos. Nada iguala la belleza de una inscripción votiva o funeraria latina; esas pocas palabras grabadas en la piedra resumen con majestad impersonal todo lo que el mundo necesita saber de nosotros. Yo he administrado el imperio en latín; mi epitafio será inscrito en latín sobre los muros de mi mausoleo a orillas del Tíber; pero he pensado y he vivido en griego.¹

¹ Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*, trad. Julio Cortázar, Barcelona, EDHASA, 1983, páginas 35-36.

2

Leer las *Memorias de Adriano* fue un golpe en mi conciencia, como supongo que lo sería en muchos de sus lectores. Me hizo ser devoto de la autora belga. Dentro de sus páginas, sin embargo, di con el parágrafo que he transcrito y que me reveló como ningún otro texto las sensaciones que nacieron en mí al primer contacto con las letras griegas. Porque la pasión que voy a intentar desgranar en estas páginas nació al calor de un viejo libro del antiguo Bachillerato y de unas extrañas grafías que contemplé impresas en sus páginas por primera vez en mi vida. Desde entonces, una extraña llama prendió en mi alma y me convirtió a una vocación que ha permanecido encendida a través de los años, a través de las incidencias de mi vida. No importa el momento por el que pasaran mis trabajos y mis días, el temblor de placer que siento ante unas letras griegas pervive. No es escaso mérito en una persona tan insegura como yo. Junto a mis pocos seres queridos, mi adhesión a las letras griegas persiste testaruda. Incluso en los momentos de depresión, cuando

todo parecía consumado y perdido entre la algarabía sin sentido de la existencia, aquellos signos, aunque en hibernación, mantenían su vigencia en algún recoveco de mi alma doliente. Asiento conmovido a las palabras de Yourcenar porque mucho mejor de lo que pueda expresarlo yo, ella lo ha plasmado en su texto, en boca de un Adriano que, a buen seguro, nada tiene que ver con el emperador romano, pero que sugiere una presencia poderosa. Para un helenista esas expresiones llegan mucho más profundamente, porque describen un estado de ser que informa su vida como ha informado la mía desde aquellos lejanos tiempos en que mis doce años comenzaban a navegar con ese pánico ante el hecho de estar vivo que me acompaña desde que mi memoria alberga recuerdos y que, me temo, acompañará mis días hasta el último suspiro.

3

En lo tocante al subtítulo de estas notas, supongo que chocará la presencia del adjetivo “aficionado”. Es normal la extrañeza ya que la profesión con la que me he ganado la vida ha sido la enseñanza de la lengua griega antigua. En mi caso, se puede afirmar sin resquicio de duda que he sido un profesional del helenismo, entendido no como período histórico, sino como la disciplina que estudia el mundo griego de la Antigüedad. Gracias al griego, he comido, me he permitido una vida cómoda y materialmente satisfactoria dentro de una clase media funcionarial. Sin embargo, independientemente del hecho objetivo de mi implicación profesional, en mi fuero interno nunca me he dejado de considerar un aficionado. No puedo pensar en mí mismo de otro modo cuando, a pesar de llevar involucrado con la lengua griega cuarenta y cuatro años, todavía no puedo leer un texto de Platón, o de Sófocles, no digamos de Esquilo o Píndaro, sin recurrir a una edición bilingüe en más de un párrafo o del consabido diccionario, ese

compañero insidioso. Y sin querer atribuirme más mérito que el de una sinceridad sin pretensiones, reconozco que es difícil confesar lo expresado en el párrafo anterior. Estoy convencido de que mi caso es idéntico al de la mayoría de los filólogos clásicos actuales. En este sentido, me fue muy reveladora la lectura del libro de Carlos Martínez Aguirre, *La extraña odisea. Confesiones de un filólogo clásico*². Allí, el colega revela sin timidez esa carencia que casi todos sufrimos debida al método de aprendizaje que desde el siglo XIX es general en el ámbito de la Filología Clásica. Un método que hace hincapié en el aspecto teórico de la lengua, en la memorización de largos paradigmas morfológicos y farragosas taxonomías sintácticas que luego deben aplicarse a los textos para su comprensión. El resultado final es la incapacidad de una lectura ágil y directa. Se necesita un paso intermedio, la traducción por escrito o verbalmente, sin que el contenido acceda a la comprensión libre de obstáculos, como se haría con un idioma moderno del que se leyera su literatura. Ese método

² Ebook Kindle, 2013. Este libro me ha servido de inspiración para escribir estas líneas. Es un libro extremadamente interesante por todo lo que revela acerca de las bambalinas del mundo de la Filología Clásica.

es el que, por mor de la rutina, hemos aplicado en las clases del Bachillerato los profesores. No obstante, hay que subrayar el hecho de que hace tiempo se publican métodos que intentan renovar el acceso al griego antiguo. En latín, el cambio va más rápido. Hay una poderosa corriente que propugna y ha recuperado el latín como lengua viva y hablada. Ya es no es una anomalía que los profesores de latín den sus clases en la lengua que enseñan. En griego antiguo ese camino comienza a ser transitado³. No es este el lugar para escribir un ensayo sobre la enseñanza moderna del griego, pero creo que se va por buen camino para recuperar una situación similar a la que había, por ejemplo, en el siglo XVII en Inglaterra. Leyendo los diarios de Samuel Pepys, me encontré con este párrafo: *At noon my brother John came to me and I corrected as well as I could his Greek speech to say the Apposition, though I believe that he himself was as well able to do it as myself*⁴. No era rara, del

³ Véanse el Método Polis elaborado por Christophe Rico o el método Assimil *Le Grec ancien*, (Chennevières-sur-Marne, 2003) de Jean-Pierre Guglielmi.

⁴ "Al mediodía, mi hermano John vino a casa y corregí tan bien como pude su discurso griego para decir la Aposición, aunque creo que él mismo era capaz de hacerlo tan bien como yo." Me ha sido imposible saber a qué hace referencia el término "Aposición". Entrada del 15 de Enero de 1660; edición de la página Gutenberg Project: <https://www.gutenberg.org/ebooks/4200>. Ver también <http://www.pepysdiary.com/diary/1660/01/>.

mismo modo, la composición de poemas y prosas en griego antiguo durante el Renacimiento y los siglos posteriores. Dejo aquí el asunto porque no es el objeto de estas líneas exponer la situación actual de la enseñanza del griego antiguo, sino recuperar las sensaciones que el paso por ese mundo me han provocado.

4

Tampoco mi capacidad intelectual me permite conocer como me gustaría los detalles de la vida espiritual y material de ese mundo griego de la Antigüedad. Tantas cosas se le escapan a mi deseo de sentirme en posesión de un conocimiento amplio de aquel mundo, que me resisto a subir peldaños en el escalafón. Reconozco que soy muy exigente conmigo mismo, pero no puedo evitar sentir que me encuentro a distancia sideral de los que considero auténticos profesionales del helenismo y que serían los viejos profesores alemanes del siglo XIX o los maestros que la Universidad española albergó en la segunda mitad del siglo XX. Aunque con la salvedad de que sus métodos de enseñanza, como he expuesto anteriormente, no fueron del todo acertados a mi juicio. Una de las carencias más marcadas en los años de Facultad y de la carrera de Filología Clásica es que el estudiante sale licenciado sin haber profundizado en otros aspectos del mundo griego antiguo que no sean los aspectos propios de la lengua. Los

planes de estudios están enfocados en un conocimiento exhaustivo de la casuística fonética, morfológica y sintáctica del griego antiguo y de sus dialectos. Menos hincapié se hace en la literatura; ninguno en la historia, filosofía, artes, vida cotidiana, etc. Se me dirá que la carrera se llama “Filología” porque se centra en los textos. Estoy de acuerdo, pero teniendo en cuenta que los textos reflejan una realidad para cuya comprensión e interpretación cabal es necesario conocer el contexto histórico, cultural, social en el que se produjeron, el conocimiento de esos otros aspectos es tan importante o más que el saber clasificar los usos del acusativo. En todo caso, bien pudiera haber llenado esa laguna con mis lecturas posteriores. Y lo he intentado, pero la amplitud es tal y mis capacidades tan limitadas, que, como he dicho, me siento sólo un aficionado.

5

El recuerdo asciende hasta un momento en el patio del colegio de los Hermanos Maristas de Sevilla donde estudié la Primaria y el Bachillerato Elemental, como se llamaba entonces el ciclo. Debía de ser el último curso de éste y tenía yo 13 años. Fortuitamente, cayó en mis manos el libro de texto de griego que alguien usaba en el curso siguiente, el 5º de Bachillerato. Yo ya tenía conocimiento del latín, que en aquellos tiempos se empezaba a estudiar en 3º del Bachillerato, pero el libro de griego me fascinó. No recuerdo que entendiera nada, excepto que tenía un sistema de escritura diferente y que las pobres ilustraciones en blanco y negro me llamaron la atención profundamente. Son pinceladas de la memoria que no van más allá, salvo en las sensaciones de haberme topado con un universo distinto y más atractivo que el mundo alrededor de mí. Sabía que el latín y el griego estaban relacionados por el lazo de ser “lenguas muertas”, pero la lengua de los romanos no acababa de llenar mi curiosidad, a pesar de que los libros de

latín eran ilustrados, con colorines, como se llevaba en aquellos tiempos de renovación pedagógica, sin Reválidas, con eso de la “evaluación continua”, que suponía más exámenes y con unas Matemáticas abstrusas enfangadas en la teoría de conjuntos que siempre me pareció a la par de incomprensible, una tremenda estupidez. Sin embargo, las antologías de textos latinos presentaban los rastros de la antigua escuela. No me atraía el latín, pues, contrariamente a lo que se esperaría de alguien ya orientado por una extraña conjunción genética para los saberes de la Antigüedad. Por el contrario, aquella extraña lengua con esos signos tan novedosos me abrían la mente hacia otro tipo de universo.

6

Dentro de estos preliminares de mi camino hacia el mundo griego, recuerdo también a un profesor de Lengua, de apellido Anaya, al que apodábamos “El canalla”. No era por tratarse de un personaje malvado, como esos curas que tiraban las tizas a distancia con una puntería excelente sobre el alumno díscolo, o que lanzaban por el aire rumbo a la cabeza de alguien una extraña pieza de madera que hacía un ruido característico para señalar el paso de turno de un alumno a otro en esas sesiones de tortura que eran para mí el cálculo mental. No, a “El canalla” lo recuerdo como una persona seria, exigente, pero con un sentido del humor particular y una actitud que nos mantenía en tensión y en un orden perfecto, silente, sin practicar el tiro sobre nadie ni gritar, ni amenazar. Durante una clase comenzó a hablar del teatro griego y escribió en la pizarra una palabra en letras griegas que hacían referencia al origen de la palabra “tragedia”. Los trazos se me quedaron grabados en la mente e incluso llegué a reproducirlos, supongo que muy

torpemente, en algún ángulo de algún cuaderno. Años atrás, reflexionando sobre aquel comentario, llegué a la conclusión de que la palabra escrita en la pizarra fue τράγος (tragos), que significa “macho cabrío” y que junto con otro término relacionado con la palabra ὠδή (odé) componen el término τραγωδία (tragodía: “canto del macho cabrío”), de donde deriva la palabra latina *tragoedia* y finalmente la española “tragedia”. Como es sabido, el género teatral parecer haber nacido del canto de un coro vestido como machos cabríos en honor del dios Dioniso. Tanta fuerza tuvo aquel escueto instante en mi vida, que todavía hoy recuerdo el entorno del aula, el profesor sentado en su silla después de haber escrito en la pizarra y aquellos seductores trazos blancos.

7

Si había algo evidente en mis características intelectuales era una absoluta incompetencia en Matemáticas. De ahí se derivaban mis dificultades para la Física y la Química. Más tarde, descubrí que las Ciencias Naturales me resultaban igual de abstrusas e incomprensibles, especialmente todo lo relacionado con la Geología, las piedras y demás manifestaciones semejantes. Uno de los pequeños traumas que jalonan mi infancia está cimentado en una de las tonterías que lleva a cabo cualquier niño y que para alguien como yo se convirtió en una herida que sangró durante mucho tiempo. Mi contacto con la Historia fue deslumbrante. Mayor que las clases de Lengua o las de Francés, que no me atraían nada. No quiero hablar de “Marías” como la Religión, la Formación del Espíritu Nacional (o “Política”), la Gimnasia o los Trabajos Manuales, que eran una tortura digna de los mejores tiempos de la Inquisición. Una mañana, escribí un papelito, de esos que se pasan los críos bajo la mesa con mensajes.

Uno, como no es normal, en vez de comentar alguna característica ridícula del profesor o augurar actividades no permitidas, dejaba constancia en el papel que mandaba “a la mierda” las Matemáticas y que ensalzaba la Historia. El motivo de la misiva y el destinatario se han borrado de mi memoria. Como se comprueba, desde pequeño uno confirmaba el contenido de los comentarios que las amigas de mi madre hacían sobre mí en las visitas odiosas a las que se nos sometía a mi hermana y a mí con cierta frecuencia. “Este niño es un poco raro, ¿no?”. Suele ser habitual en las almas cándidas que cuando se atreven a cometer alguna fechoría sean descubiertas *ipso facto*. El profesor se percató del movimiento y reclamó el papel. Se le entregó y lo leyó. De los momentos posteriores sólo recuerdo la sensación de que hubiera preferido ser engullido por el Averno. Resultaba, además, que el profesor era de Matemáticas y que tenía una cierta amistad con mis padres. El buen hombre (porque lo era) había dado clases particulares a un primo mío que convivía con nosotros y que era como un hermano para mí. Ya en casa, el rostro cariacontecido reveló a mi madre que algo extraño pasaba. Confesé mi delito y

ella me aconsejó que al día siguiente me acercara al profesor y le pidiera disculpas. Así lo hice convertido en un manojito de nervios y el hombre me dijo que se sentía dolido porque me apreciaba y apreciaba a mis padres. Alguna extraña amenaza sobre la negativa a darme a apoyo en caso de peligro debió de expresar porque resiste en mi memoria la obligación de demostrarle que las Matemáticas podían ser superadas y porque me impuse a mí mismo la obligación de sacar buenas notas en la materia que más odiaba. El siguiente capítulo se abre con la sensación del deber cumplido en el boletín de notas. No creo que fuera un sobresaliente en Matemáticas, pero sí una nota decente que salvó mi honor.

8

Visto lo visto, estaba muy claro que en 5º de Bachillerato optaría por lo que en aquellos tiempos se llamaban "Letras". Una vez terminado el último curso del Bachillerato Elemental, la idea era seguir en el mismo colegio y matricularme en la opción dicha. Pero surgieron problemas. Mi padre fue a hablar con algún responsable del colegio porque los alumnos que habían expresado su deseo de matricularse en Letras eran tan pocos que los curas estaban planteándose la posibilidad de no formar ningún grupo. Nada daban por seguro ya que todo dependía de que se confirmaran las previsiones. Sólo en el caso de que a última hora se incrementase el número de alumnos, se crearía el grupo de Letras. Todo estaba tan en el aire que, tras democrático intercambio de opiniones en casa, se tomó la decisión de abandonar el colegio y matricularme en el Instituto San Isidoro, el más antiguo de Sevilla, el más prestigioso y el más próximo al domicilio. Allí, al ser de titularidad estatal, la opción de Letras era obligada.

Recuerdo aquel verano anterior a mi ingreso en el Instituto, durante el cual mis familiares me daban ánimos ante el cambio que se avecinaba. Las cosas han cambiado mucho desde aquellos años setenta del siglo pasado, tanto que las advertencias de la gente incidían en el hecho de que la enseñanza estatal era mucho más exigente que la del colegio religioso, que sus profesores eran mejores y más preparados, y que la formación que me iban dar sería mucho más consistente ante el reto de la Universidad. Hoy en día, la situación es radicalmente opuesta. De este modo, abandoné el colegio de los Hermanos Maristas con cierto alivio porque el ambiente no me resultaba agradable y con temor ante la perspectiva de arrostrar un compromiso más intenso. La idea, no obstante, de perder de vista las Matemáticas era lo suficientemente acogedora como para ocultar dentro de un manto de esperanza la nueva senda que se abría ante mí. Mis contactos con viejos compañeros del colegio me informaron luego que al final se creó el grupo de Letras. Nunca agradeceré lo suficiente a la diosa Fortuna que pusiera en las mentes de aquellos santos varones la duda de abrir el camino a los amantes de las

letras. Entrar en el Instituto San Isidoro fue uno de los momentos claves de mi vida y marcó en mi alma un surco tan profundo que todavía perdura en la columna positiva de mi balance vital.

9

El paso por el Instituto San Isidoro marcó tanto mi vida que fue determinante para la orientación profesional tras terminar la carrera. El cambio lo sentí como algo fulminante. No recuerdo temores, pero conociéndome, a buen seguro estaría bullendo de angustia en las fechas previas al comienzo de curso. No sólo por hallarme solo y sin compañeros conocidos, en un entorno distinto, también influirían en este estado de ánimo las admoniciones que todos mis familiares habían ido haciéndome, como he señalado antes, sobre el alto nivel que se impartía en la enseñanza estatal. Esta perspectiva a buen seguro ahondaría la falta de confianza en mí mismo con que la naturaleza ha regalado mi existencia. Mi primer choque con aquella realidad diferente al colegio religioso sobrevino el primer día de clase. Acostumbrado a ponerme en fila en el patio, a entrar ordenadamente por grupos en el edificio donde se hallaban las aulas, en el Instituto la masa estudiantil se agolpaba en el patio trasero y cuando sonó el

timbre, se aprestó en pelotón a entrar por las puertas de acceso al edificio. Sin prisas, sin apretones más allá de lo razonable, pero caóticamente. Nada de filas, ni de grupos. Previamente, todos debíamos saber nuestro grupo y nuestra aula. Y eso era suficiente. Luego, cada uno que buscase su ubicación. El contraste fue tan poderoso que todavía guardo en mi memoria la imagen de aquel momento. De ahí en adelante, todo consistió en una cascada de diferencias entre uno y otro modelo de organización docente y de mentalidad. Creo que por primera vez en mi vida experimenté un cierto aire de libertad. No en exceso, ya que la disciplina existía. Un poco más relajada que en el colegio, pero existía. Y sería por la edad o por el ambiente, percibía la falta de esa violencia soterrada y contenida que veía entre los alumnos del colegio y que con frecuencia, además de las agresiones entre iguales, se manifestaba en una auténtica crueldad con aquellos profesores que no podían mantener la disciplina dentro del aula. Nada de eso vi en el Instituto San Isidoro y, salvo alguna excepción, las faltas de respeto nunca pasaron de leves muestras de indisciplina sin más trascendencia.

10

Supongo que la sensación de nuevos y más abiertos horizontes se vería incrementada por saber que entraba en un ciclo de estudios más próximo a mis intereses. Es cierto que me debía afrontar materias que me resultaron tan enojosas como las Ciencias Naturales, como la omnipresente y odiada Gimnasia, o el Dibujo; pero en la balanza, la inclinación hacia el lado positivo era evidente. Otro aspecto favorablemente novedoso del Instituto fue el entorno social del que provenían los alumnos, mucho más próximo al mío. Con frecuencia, el mundo al que se referían mis compañeros del colegio religioso me resultaba extraño. En mi familia nunca hubo segunda residencia en la playa, ni chalets, ni servicio doméstico. Y algunos de los problemas que los otros niños comentaban a mí me parecían propios de otro mundo. En mi casa nunca faltó de nada y vivíamos muy bien, pero a fin de cuentas, mi padre era administrativo en un ministerio con un pluriempleo, tan habitual en la época, que lo mantenía fuera de casa desde

primera hora de la mañana hasta final de la tarde. Y mi madre era una ama de casa con un talento natural envidiable para controlar el afanoso universo de la economía doméstica. Convertía las pesetas en duros como si de una multiplicación evangélica se tratase. En muchas ocasiones, gracias a su trabajo como costurera los ingresos se incrementaban. No quiero decir que todos los alumnos del colegio pertenecieran al mismo ambiente social, pero era el predominante. Había muchos casos de familias de clase media que hacían sacrificios para que sus hijos disfrutasen de lo que consideraban una enseñanza de calidad. De todos modos, debo reconocer que nunca percibí la menor discriminación por origen social en aquel colegio. No hay en mí la menor traza de resentimiento hacia nadie por su mejor situación económica. Bendita sea la gente con posibles y sus fortunas siempre que se hayan obtenido legalmente. Que los dioses les den siempre larga y sana vida para que gocen del fruto de su trabajo. Las presiones que hicieron mi vida incómoda en el colegio vinieron por otros motivos. En contraste, y divergiendo de lo que la ideología dominante actualmente entre pedagogos y

políticos hace creer, la extracción social del Instituto era de lo más variopinta. Mis compañeros procedían de las clases sociales más humildes, de la clase media y de la clase alta con una orientación ideológica marcada. Mezcla total e igualdad auténtica de oportunidades, sin concesiones a la demagogia. Pero en los recreos y en las pausas entre clases, ya no se expresaba el enfado por las faenas de una chacha estúpida, sino por unos asuntos tan extraños para mí como aquél, pero que abrían un horizonte mucho más sugerente: la política, por ejemplo.

11

Debo aclarar que entré en el Instituto en el año 1973. Allí me enteré por primera vez de que existía algo que se llama política y que había gente que no estaba de acuerdo con el estado de cosas. Y descubrí que yo era de derechas. Hoy en día sabemos que las opciones políticas, igual que todas las demás, se deben en las personas a las vivencias emocionales, no a la razón. La decantación hacia una u otra postura ideológica se debe fundamentalmente a la azarosa disposición de las neuronas. Por ello, no dedico más tiempo a intentar bucear en las razones que me hacían contemplar a aquellos compañeros pertenecientes a la Joven Guardia Roja y asimilados como simples vagos que no querían estudiar ni esforzarse. Lo que me interesaba de un régimen político es que creara un caldo de cultivo propicio para dejarme estudiar y sacar mis asignaturas adelante. Las huelgas me resultaban odiosas; las interrupciones del curso normal de las clases, algo estúpido; los mítines improvisados entre clase y clase, pérdida de tiempo. Acabé

por ser, sin meterme en actividad alguna, radicalmente anticomunista. Veía que eso de que todo fuera de todos era un timo y una estafa. ¿Por qué iba a ser yo igual, alguien que supuraba sangre, sudor, trabajo y lágrimas conseguir unas buenas notas, a aquel desharrapado que no daba golpe en todo el año, que sólo venía a clase para hablar de las excelencias del comunismo y que luego exigía el aprobado por la cara alegando la igualdad esencial de todos los seres humanos? Y todo intuitivamente, porque nunca había leído una línea sobre política. Incluso llegué en algún momento a discutir con compañeros sobre el tema. Nunca se me olvidará la fiereza y agresividad con que los asociados a aquellas ideologías atacaron a Solzhenitsin en una conversación, tres o cuatro años después de ser premiado con el Nobel de Literatura, cómo denigraban su estilo literario, cómo revelaban supuestos servicios a la CIA, a los EE.UU., cómo aseguraban que mentía en todo lo que narraba, y demás tradicionales acusaciones entre la izquierda radical. Pero me he desviado del objeto de estos recuerdos. Volvamos a ello.

12

Lo fundamental de mi paso por el Instituto San Isidoro no fue la convivencia con un universo diferente del que viví en el colegio, ni los horizontes nuevos que se abrieron ante mí, o la constancia de que había caos en el mundo y no el orden que se predicaba entre aquellos Hermanos Maristas. El hito que hundió sus benéficos cimientos en mi alma fue el contacto con la persona que más influyó en mi manera de concebir el helenismo y su difusión. Muchas veces me he preguntado qué hubiera sido de mi vocación si en vez de haberme dado de bruces con Esperanza Albarrán, Catedrática de Griego del Instituto San Isidoro durante tantos decenios y maestra de tantas generaciones de helenistas, me hubiera topado en mi materia favorita con un desastre didáctico como era, por ejemplo, el Catedrático de Latín que ejercía en aquellos tiempos. Me gusta creer que no hubiera zozobrado mi vocación y que hubiera capeado bien el temporal de unas clases que tuve la fortuna de no sufrir y cuyas peripecias me eran comunicadas por

compañeros que sí pasaron bajo sus Horcas Caudinas. No es que el hombre careciera de altura intelectual, creo, sino que como docente era una catástrofe. En fin, los astros se conjuraron para que el hambre se uniera a las ganas de comer y hete aquí que un adolescente lleno de entusiasmo por aquello que se escribía en letras griegas dio con la mejor profesional que haya podido tener el helenismo en mucho tiempo. Un ser como Esperanza era la mejor persona en el mejor momento y en el mejor lugar para fomentar y difundir el amor por la Grecia antigua y su civilización.

13

Esperanza Albarrán era una mujer muy delgada, de modales exquisitos. Su acento salmantino le confería un halo de respeto añadido. Ejercía su labor docente creando un ambiente en clase de orden y disciplina sin que nunca tuviera que decir una sola palabra para volvernos al redil. Su sola presencia creaba una atmósfera de seriedad y trabajo. Lo lograba con eso que ahora llaman lenguaje no verbal y que le confería una completa *auctoritas*, como dirían los romanos. Esperanza transmitía competencia, trabajo bien hecho, profesionalidad, vocación, todo ello envuelto en un trato humano y lleno de respeto hacia el alumno. Amaba lo que hacía, lo hacía muy bien y estaba intelectualmente preparada en extremo para hacerlo. Esas cualidades se transmitían por el aire al colectivo de alumnos y el resultado era una clase atenta, ordenada, serena, pero plena de vida y actividad. Su proceder didáctico es la mejor prueba de que esa pseudociencia llamada Pedagogía es perfectamente prescindible para

conseguir una labor docente provechosa. Basta la experiencia, la competencia en la materia y la vocación de enseñarla. Esperanza Albarrán con esa forma de ser y trabajar fue creando a lo largo de sus muchos años de docencia una escuela entre los helenistas que ha dado un buen número de profesionales en los diferentes niveles de la enseñanza. Creaba vocaciones con una facilidad asombrosa, encandilaba las almas de los adolescentes con aquel mundo antiguo, transmitía el amor a aquella civilización y aquella lengua con una destreza tal que de todas las promociones salían alumnos dispuestos a entregar su vida profesional a la antigua Grecia. Y yo, benditos sean los dioses, caí entre sus garras rendido desde el primer momento ante el hermoso caleidoscopio que me abrían su forma de enseñar y el contenido de su enseñanza.

14

Cuando pude acceder a la lista de libros que se publicaba en el Instituto para el 5º de Bachillerato de Letras y pude comprarlos, el primer vistazo fue al libro de Griego. Era el tradicional de Jaime Berenguer Amenós, un texto que todavía es clásico y de utilidad, que ha acompañado a los estudiantes de Bachillerato de Griego desde hace mucho tiempo. Tenía sus adláteres, los libros de ejercicios *Atenea* y *Hélade*. Mi ejemplar de la Gramática Griega era una versión reducida de la que solía emplearse en aquellos cursos y el libro de ejercicios fue *Atenea*. Empecé a leer aquellas primeras páginas antes de que se iniciara el curso, aunque reconozco que hube de abandonar mis incursiones autodidactas porque la dificultad era mayor de lo que mis buenas intenciones podían permitir. Lo primero fue controlar el alfabeto, pero había aspectos como los acentos o los espíritus que se me escapaban. La presencia de cuadros de declinaciones y conjugaciones no me resultaba extraña porque ya tenía la experiencia del Latín, pero a simple vista

todo aquello parecía mucho más difícil de lo que esperaba. Sin embargo, no me arredró la escarpada labor que a todas luces me aguardaba. Aquello me atraía de todos modos y estaba ansioso por empezar las clases de Griego. De los demás asuntos relacionados con el curso, como era habitual en mí, sólo me dominaba esa angustia que siempre, desde que pisé un colegio por primera vez hasta que abandoné la Universidad, me acompañó como una cruz durante los primeros meses de cada curso. Temía la presencia de las Ciencias Naturales, temor que se confirmó posteriormente, de asignaturas tan odiosas como la Gimnasia (otra vez, siempre, nunca perdida de vista) o el Dibujo. Otras materias me eran menos amenazantes porque eran de Letras y, finalmente, había esa expresión folclórica, ejemplo evidente del fracaso final de todo régimen político por adoctrinar a sus masas a través de la instrucción pública, la Formación del Espíritu Nacional.

15

Esperanza nos dijo el primer día que el libro de texto no era necesario. Debía consignarse en la lista porque la normativa lo exigía, pero que ella iba a utilizar otro método. Nos sirvió el libro de Berenguer Amenós para aprender el alfabeto. Inmediatamente, fueron arramblados la gramática y el libro de ejercicios por unas hojas volanderas, elaborados a ciclostil que Esperanza repartía al inicio de clase y se recogía al final. Nosotros sólo debíamos tener en nuestro poder un cuaderno en el que apuntar lo que nos decía Esperanza. Sin necesidad de cursillos de reciclaje ni de zarandajas pedagógicas, ella innovaba, estaba al día, reflexionaba sobre su labor como profesora y nos brindaba la oportunidad de aprender griego antiguo mediante un método que el profesor Sánchez-Ruipérez, otro de los grandes de la Filología Griega, Catedrático en Salamanca y maestro de Esperanza, había ideado. A través de frases originales griegas en un grado de complejidad progresivamente mayor nos introducía en la traducción de

textos enseñando de la gramática sólo lo que era más frecuente. El “Método Ruipérez” es uno de los hitos de la renovación didáctica de la enseñanza del griego en España y en el mundo. El vocabulario, los paradigmas, los fenómenos sintácticos eran consignados en el cuaderno conforme aparecían y ya no era necesario memorizar de golpe y en un primer momento los cuadros de declinaciones y conjugaciones. Todavía conservo una versión de aquel cuaderno como si fuera el resto arqueológico de una valiosa civilización perdida. No es el original, sino uno que rehíce en 6º de Bachillerato porque el primero estaba ya muy deteriorado por el uso. Las indicaciones, los significados de las palabras, los comentarios sobre cultura que apuntábamos en esas hojas todavía permanecen incólumes en mi memoria. Por supuesto, también conservo copia del Método Ruipérez. Años después, en un congreso, hablando con el Dr. Sánchez-Ruipérez me confesó que la elaboración de su método había sido muy trabajosa, enormemente complicada y es evidente que así fue.

16

El método consistía en que al inicio de la clase, Esperanza repartía las hojas del tema que tocaba ese día. Cada hoja presentaba una serie de frases extraídas de textos originales griegos con fenómenos lingüísticos y contenido culturales significativos. Así, se aprendía el acusativo mediante la aparición práctica en proposiciones, o el presente, el imperfecto activos, o las subordinadas finales, por poner algunos ejemplos. Todo, aparentaba un cierto caos, que cuando se recopilaba, se ordenaba y se estudiaba, erigía un todo coherente. Esperanza nombraba a un alumno, éste leía la frase que le correspondía. Primero, se intentaba que cierta lógica, cierto dominio de la etimología, cierta comparación con lo ya sabido alumbrara los fenómenos nuevos que aparecían. A continuación, Esperanza daba las explicaciones definitivas correspondientes a todos los aspectos de la lengua y quedaban escritos en el cuaderno. No recuerdo la frecuencia, pero en todo caso era mucha, Esperanza llamaba a la tarima a varios alumnos, les pedía el

cuaderno y mientras ella lo inspeccionaba y corregía, hacía preguntas al elegido y, finalmente, anotaba la calificación en su lista. Había, obviamente, exámenes basados en el método. Desde el primer momento, aquello me resultó fácil y apasionante. No podía haber habido mejor inauguración para mi carrera como helenista. Las clases de griego eran para mí una diversión, un reto, la fascinación del descubrimiento de ese mundo que sospechaba apasionante. Y empezaron a caer los sobresalientes. Mientras que en el colegio mis notas habían sido buenas, pero sin destacar demasiado, en el Instituto, mis calificaciones subieron como la espuma. No sin esfuerzo, porque mi armamento para superar los estudios con holgura se basaba en muchas horas de estudio, no en una capacidad innata para asimilar con facilidad los conocimientos exigidos. En todas las materias, incluida el griego, aunque en ésta mi interés era tal que no hacía penoso el trabajo.

17

Me es imposible en estas líneas obviar la tremenda repugnancia que las clases de Ciencias Naturales me provocaron aquel curso de 5º de Bachillerato. Reconozco que yo iba mal predispuesto porque veía la asignatura como una intrusa cuya única función era amargar a los alumnos de Letras por esa manía de los legisladores de hacerles la vida difícil a los estudiantes gratuitamente. Fueron desde el inicio una tortura, especialmente cuando el profesor nos bajaba al laboratorio. Era aquel antro un habitáculo con reminiscencias del siglo XIX, época de la fundación del Instituto San Isidoro. Había en una esquina un esqueleto completo de ser humano. Una leyenda volandera por el centro afirmaba que perteneció a un bedel que lo donó a su muerte para el laboratorio. Saber que aquello no era una composición artificial, sino plenamente natural me ponía los pelos de punta cada vez que pasaba a su lado al entrar en aquel cubículo. Porque para más refocile, el bedel nos daba la bienvenida desde su percha

justo al lado de la puerta de entrada, con lo que su visión era inevitable. Lo peor era una serie de frascos de diverso tamaño que se alineaban ante los ventanales, donde yacían bañados en formol toda clase bichos. Sólo su recuerdo me provoca náuseas. Ver a gatos, cachorros de perro, lagartijas, ratas, serpientes y demás fauna nadando en aquel líquido fangoso me despertaba sensaciones que posteriormente interpreté como fobia. Y es que, efectivamente, tengo fobia a los animales muertos. Me descompongo, me dan ganas de salir corriendo. Pero no podía hacerlo en ese momento y debía pasar junto a aquel museo de los horrores apartando la vista, con el temor de entrar en un ataque de pánico inminente. El profesor estaba enfadado conmigo porque en su asignatura apenas pasaba del 5, mientras que en el resto era un alumno casi siempre de sobresaliente. Pero no podía dar más de mí. Recuerdo con horror aquella clase en que hubimos de traer ranas para hacerles la vivisección, o cómo dejé de comer mejillones durante mucho tiempo cuando me enteré de lo que entraba por mi boca. Sólo me llamaba un poco la atención la parte de paleontología, por eso del pasado y de su conexión lejana con la Historia. De lo

demás, sólo pánico y espanto. Muchos domingos debía ir al campo para coger bichos, o flores, o hierbajos, yo que odiaba el campo en aquellos tiempos. Con los pedruscos y minerales pasé por un proceso experimentado como inquisitorial. Las piedras no me decían nada, no me comunicaban nada. Y sólo gracias a que el profesor era despistado, aprobé el examen de mineralogía. No recuerdo cómo, el caso es que algún compañero con más atrevimiento que los demás, se acercaba a la mesa del profesor y leía directamente la identificación de los pedruscos para decírnosla a los demás. En fin, abandonar aquella materia fue uno de los mayores alivios de mi carrera estudiantil. Y el profesor me puso mejor nota de la que merecía al final de curso, supongo que por cabezonería suya.

18

Durante los estudios en el Instituto San Isidoro, no sólo se confirmó y nutrió mi vocación de helenista enfocada hacia el mundo antiguo. También se desplegó ante mí el escenario de otras épocas del pueblo griego. En alguna parte leí hace tiempo que sólo hay tres pueblos en el mundo que pueden sentirse orgullosos de haber mantenido una continuidad histórica a lo largo de milenios. Uno es el pueblo chino; otro, el hebreo; y el tercero, el pueblo griego. Queda claro que no es una continuidad exacta por cuanto nada es permanente, pero sí hay una conexión con los siglos pasados a través fundamentalmente de la lengua. No soy especialista en historia china ni hebrea, pero sospecho que la presencia de una lengua, todo lo transformada que se quiera, hace mucho para la conciencia de esa intemporalidad. Incluso en el caso hebreo, ni siquiera podemos hablar de una tierra, cosa que sí está presente en los otros dos pueblos. Los griegos del siglo XXI nada tienen que ver con sus antepasados del siglo V a.C., por más que el

vocabulario de su lengua tenga un desbordante porcentaje de términos similares y unas estructuras gramaticales parecidas. Son más herederos del mundo cristiano bizantino y ortodoxo, aunque en la postmodernidad globalizada también esos rasgos tiendan a disolverse. En todo caso, desde los primeros restos del micénico escrito en el silabario lineal B, datado en torno al siglo XVII a.C., hasta hoy en día, la continuidad de lo helénico manifestada en su idioma natural abarca tres mil seiscientos años. Por eso, a un helenista no puede menos que inundarlo una sensación de asombro cuando constata la presencia de términos que perviven a lo largo de ese enorme lapso de tiempo. Pero volviendo al inicio de este apartado, decía que en el Instituto San Isidoro descubrí que el idioma griego que tanto amaba seguía vivo, aunque transformado, en dos períodos históricos que descubrí entre los anaqueles de la centenaria biblioteca del Instituto. Me refiero a Bizancio y a la Grecia moderna.

19

No recuerdo cuándo caí en la cuenta de que existía un país llamado Grecia. Sí me había percatado durante las escasas ocasiones en que aparecía mencionado en los medios de comunicación, de que me brindaban letreros, carteles, textos escritos en el mismo alfabeto que usaba en mis clases de griego con Esperanza Albarrán. Eran tiempos de la dictadura de los coroneles en Grecia, de la aventura chipriota, de protestas y manifestaciones que creaban un clima semejante a la revuelta atmosférica del final del franquismo. Empecé a recortar los artículos que traía el ABC, el diario al que mi padre ha sido fiel toda su vida, donde aparecían noticias sobre Grecia. Durante la Feria del Libro en Sevilla del año 1974 me di cuenta de que había una caseta de la editorial francesa Assimil, especializada en cursos de idiomas. Y allí que me presenté, tragándome esa timidez que siempre me ha coartado hasta el simple hecho de pedir un café en un bar, y le pregunté al dependiente si tenía el libro correspondiente al griego moderno. No sé

cómo, ya sabía que Assimil tenía esa lengua en el catálogo de sus ofertas. El texto de base era el francés, pero no me importaba porque el francés había sido el idioma moderno que aprendí siempre en la escuela y, posteriormente, en el Instituto y hasta en la Facultad. Milagrosamente, lo tenían. Sólo el libro, sin los discos. Y, echando mano de mis ahorrillos, me lo compré en un santiamén. Todavía guardo en mi memoria aquellas escenas. Era una tarde lluviosa. Tenía un tiempo libre entre clases. En aquellos tiempos de la ominosa dictadura, los alumnos podíamos salir y entrar del centro sin trabas. Así que me fui a la Plaza Nueva, donde se celebraba la Feria del Libro, me compré el libro y volví al Instituto empapándome de aquellas páginas tanto como de la lluvia. Junto a la sensación de querer comerme aquellas líneas de texto, revolotea en mi memoria la sensación tener mojados los zapatos, los calcetines y los pantalones del chaparrón que estuvo cayendo, mientras avanzaba sorteando el tráfico por la calle Amor de Dios rumbo al Instituto.

20

El griego moderno junto con el francés han sido los dos idiomas en los que he percibido un cierto dominio. Sin llegar a alcanzar una competencia que considerara satisfactoria. Como se suele decir, me defendía. Ahora ya no. Ambos están anquilosados por falta de uso. Enseguida me puse a estudiar el griego moderno a través del método Assimil. Tenía un grave inconveniente, no disponía de los discos. Adquirirlos mediante un pedido a Francia resultaba prohibitivo para mi escueta economía. Así que la pronunciación, elemento clave en cualquier lengua, debía suponerla. En algún noticiario de televisión, donde aparecían noticias de aquella Grecia convulsa de mediados de los setenta, bajo la traducción de las palabras de algún capitoste helénico del momento pude adivinar la semejanza fonética entre el griego moderno y el español. Incluso reconocí algún término parecido al griego antiguo que estudiaba en clase. Por otro lado, las instrucciones de la introducción comparando la fonética con el francés del

texto de base me orientaron asimismo en la tarea. Ir desgranando la gramática del griego moderno, las semejanzas con al antiguo, el empleo de un vocabulario que me resultaba familiar, aunque con otros valores en muchos casos, fue una proceso apasionante. Tanto que en algún momento bordeé el peligroso terreno de la confusión entre ambos estadios del idioma. Este extremo era muy delicado, porque mi objetivo primordial era sacar siempre la nota más alta en griego y ello me obligaba a no bajar la guardia ni un instante. Ni en las clases diarias ni en los exámenes. En todo caso, salvo alguna metedura de pata esporádica y alguna pronunciación a la moderna, salvé los obstáculos sin repercusiones negativas.

21

Llevado de mi ansia helénica, incluso ahorré penosamente para suscribirme a una revista literaria griega llamada *Νέα Ἑστία* (“Néa Hestía”) en un proceso sufrido también por mi padre. Pagar una suscripción desde Sevilla a Atenas en aquellos tiempos era una labor ímproba. Mi paciente padre (que todo sea dicho, años después me dijo respetuosamente que hubiera deseado que yo fuera ingeniero) tuvo que mover sus amistades en el Banco Hispano Americano de la calle Sierpes, donde ni siquiera tenía cuenta, para que mediante un talón internacional los editores de la revista recibieran el importe. Entre medias, hubo cartas que yo escribía en griego moderno y cuya respuesta acogía con una fascinación propia de devotos. Durante algunos años estuve, pues, suscrito a una revista de la que apenas nunca llegué a leer un artículo completo. Hasta un viaje a Grecia en el año 1982 no conté con un diccionario en condiciones. En aquellos tiempos tuve que contentarme con un esbozo de léxico griego moderno-francés que conseguí gracias a

una librería especializada en temas de Filología Clásica en Madrid y que era radicalmente insuficiente para leer los contenidos literarios de *Nea Hestia*. Recibir periódicamente aquellos ejemplares en mi casa bastaba para colmar mis ansias de letras griegas. Recuerdo que el papel de la revista era muy malo, que la impresión evocaba siglos pasados en la historia de la imprenta, que la tipografía era deficiente y las ilustraciones, pobres. Pero daba igual, era griego, los asuntos eran griegos y el alma era griega. Por más que lo que se contara allí me pareciera tan lejano como introducirme en los avatares de la literatura china.

22

Mi pasión por esa otra faceta de la civilización griega llegó hasta el punto de provocar en la profesora de francés del Curso de Orientación Universitaria un rictus de estupor. Durante aquel año, los alumnos debíamos exponer un trabajo en francés públicamente ante los compañeros. La profesora (la recuerdo rubia y menuda) dejó a elección de los alumnos el tema. Y hete aquí que uno no tiene mejor ocurrencia que ilustrar a la turba estudiantil y a la preclara docente con una clase magistral y plúmbea en francés sobre la literatura griega moderna. Cuando le dije a aquella buena profesora mi tema, quedó como abatida por un rayo interior. Supongo que el prestigio del que yo gozaba le haría interpretar mi ocurrencia como la muestra de una cierta originalidad que no poseía. Lo que hice para preparar el tema aquel en un francés, que a lo largo de los decenios todavía me resuena en la memoria como una versión macarrónica de la lengua de Molière, fue fusilar sin contemplaciones un librito que durante mis estancias y

pesquisas en la biblioteca del Instituto había localizado. Se trataba del único libro que a lo largo de mucho tiempo existió en España sobre el particular. Los autores eran dos prestigiosísimos Catedráticos de Universidad, José Alsina y Carlos Miralles. *La literatura griega medieval y moderna* era el título y la fecha de publicación, 1966; la editorial, una enigmática CREDSA de cuya ubicación geográfica no tengo noticias. En vano durante mucho tiempo estuve bregando por comprar un ejemplar, pero me fue imposible ni siquiera mediante el recurso a las mejores librerías especializadas. Así pues, armado con el resumen y traducción al “franspañol” de aquel libro, torturé durante una hora a la concurrencia. Supongo que los demás quedarían vengados cuando les tocara el turno y castigaran mis oídos con la historia del Sevilla F.C. o las glorias del Betis, las maravillas de la Feria de Abril o las bellezas de las amadas imágenes de su hermandad favorita de Semana Santa. Todo ello en francés, claro. Menos mal que ni la profesora ni los compañeros tenían repajolera idea de lo que yo estaba hablando, porque sospecho que un público conocedor me hubiera catapultado a la laguna Estigia de los ignorantes

osados. La ventaja era que yo tampoco sabía realmente de lo que estaba hablando. Pero buena voluntad y entusiasmo si demostré. Y a raudales.

23

La otra etapa de la historia del espíritu griego que cautivó mi interés fue el mundo bizantino. Tampoco se me han olvidado los momentos en que ese período y sus características se me hicieron presentes. Fueron dos las epifanías. En primer lugar, un libro que encontré de casualidad en la biblioteca del Instituto. No conservo en la memoria su título ni su autor, aunque me suena que fuera uno de los más famosos eruditos en el mundo bizantino. La portada del libro mostraba una imagen en primer plano del rostro de la emperatriz Teodora extraído del mosaico de San Vital de Rávena. Introducirme en aquel universo me dejó anonadado. Se desplegó ante mí una cultura mezcla de Atenas, Roma y Jerusalén cuyo medio de expresión lingüística era, otra vez, el griego. Caí en sus redes. El otro instante crucial fue el acceso a uno de los capítulos que el escritor austríaco Stefan Zweig dedicó a los momentos estelares de la humanidad. Concretamente, el que trata sobre la caída de Constantinopla en 1453. Era una de las

obras que incluía un tomo con la producción completa del escritor que se publicó en España en los años sesenta, creo, a cargo de la Editorial Juventud. Se hallaba el libro en la biblioteca de mi padre y, como en el caso anterior, cayó en mis manos de casualidad. Aprovecho para decir que también aquel instante sirvió para hacerme un apasionado de Zweig, cuyas obras atesoradas en las estanterías de mi casa devoré. La lectura de las páginas sobre el destino fatal de la Nueva Roma embellecidas por el estilo fluido y rico del autor llenó mi imaginación de entusiasmo y de tristeza, al tiempo. El destino fatal de aquel imperio me encogía el corazón cada vez que leía las descripciones que Zweig hacía de aquel momento estelar. Me seducían el orgullo bizantino de sentirse heredero de Grecia y de Roma; de ser también cristiano, como era yo entonces; su resistencia frente al salvajismo turco, la impasibilidad del resto de la cristiandad ante su ruina, el desprecio que sufría de sus hermanos, la defensa final sin esperanzas, pero honrosa. A lo largo de algunos años, releí más de una vez aquel capítulo. Compré algunos libros de historia de Bizancio y me recuerdo a mí mismo un verano en Málaga, en casa de

mis tíos, empapándome un tomo sobre el asunto, cuyas páginas desprendían un olor muy particular que todavía conserva cuando me acerco a mi biblioteca, lo veo, lo saco de la estantería y lo paso por mi nariz. Luego, ya en la Universidad, busqué más libros para leer sobre Bizancio. Hubo altibajos en mi interés, pero era un apartado al que volvía con recurrencia y pasión. Mi primer artículo, que nunca fue publicado, fue sobre la caída de Constantinopla. Iluso de mí, un estudiante de 2º de Filología, pretendía enviarlo a una revista de divulgación histórica, pero nunca salió de la carpeta en la que feneció mecanografiado. Con todo, siempre me quedó el regusto de no poder abarcar tanto como hubiera querido con mi conocimiento aquel mundo.

24

Esa pasión me ocupó durante mucho tiempo hasta el punto de llevarme a realizar la tesis doctoral, pasados los años, sobre una autora bizantina y a desarrollar un incipiente currículum investigador fundamentado en la historiografía bizantina. En los últimos tiempos, aquel deslumbramiento se ha apagado y hoy ya queda poco, salvo los rescoldos de una pasión muerta. Visto que mis intereses se fundamentan en la lengua griega y en el trasfondo cultural que refleja, la cultura literaria bizantina me parece pobre en el aspecto creativo, ciertamente anquilosada en lo que respecta a las manifestaciones pretendidamente más cultas. Salvo alguna producción literaria en lengua vulgar, es una losa plúmbea. Se salva algo la producción historiográfica, pero aun así, el apego a los moldes antiguos mata la espontaneidad. En todo aquello que toma la tradición antigua como modelo, el resultado es una especie de cuerpo momificado de una hermosura ajada. La luz se me apareció cuando me acerqué ilusionado a una obra atribuida a un emperador bizantino,

Constantino VII Porfirogéneta, titulada tradicionalmente en latín *De administrando imperio*. En mi ingenuidad, creía que me enfrentaba a un análisis de la organización política del Imperio Bizantino y en su lugar me topé con extractos de historiadores antiguos donde el asunto que se trataba eran las embajadas. La discusión política en la mentalidad bizantina no es posible. Sólo hay un régimen, la monarquía de sustento divino. Lo demás es pernicioso y antinatural. Los términos clásicos como la palabra “democracia” y sus derivados son sinónimos de caos y nada está más condenado que los términos donde el radical “nuevo” aparezca. El conflicto y la escasa reflexión sobre el quehacer político se limitan exclusivamente a la crítica del que se considera mal emperador y la alabanza del que se considera buen emperador. Siempre a gusto del que escribe. Posteriormente, me acerqué a otra obra del mismo emperador, *De ceremoniis aulae byzantinæ*, tratado sobre el ceremonial cortesano. Me fue imposible terminarlo por la pesadez y monotonía de su fondo y su forma. Nada diré de la literatura religiosa, porque escapa de mi interés y formación, aunque sea el único ámbito donde el debate era

real. Bizancio, no obstante, aportó mucho a la humanidad en sus expresiones plásticas y arquitectónicas. La evangelización de los pueblos eslavos es uno de sus méritos más patentes. Y su labor de contención del expansionismo islámico durante siglos tampoco merece ser obviada. Como organismo administrativo y de gobierno es una maquinaria digna de admiración y estudio, por muchos defectos que pudiera tener. Su pervivencia durante mil años después de la caída del Imperio Romano de Occidente da prueba de que no era una estructura política decadente ni podrida, como cierta tradición intelectual en Occidente ha dejado creer durante siglos. Afortunadamente, hoy en día esas concepciones han periclitado y los estudios de bizantinística están al nivel de aprecio de cualquier otra especialidad de las ciencias históricas.

25

En aquellos tiempos, el estudiante de Letras podía cursar tres años de Griego. Dos eran obligatorios y el último, el Curso de Orientación Universitaria, ofrecía mayores opciones, lo que propiciaba la obligatoriedad del Griego. En este curso, evité la matriculación en Latín, pese a que iba destinado a la Filología Clásica, por las razones que expuse anteriormente, el pánico a que el despiste del profesor manchara mi expediente y bajara la nota media que necesitaba para aprobar los exámenes de ingreso a la Universidad. A lo largo de mis estudios primarios y medios, tuve la suerte de esquivar aquellos exámenes de paso de nivel que se llamaban Reválidas gracias a los cambios de planes que se abatían sobre el sistema docente de los años setenta. Pero la racha de buena suerte se acabó y tuve que sufrir las pruebas de selectividad que se instauraron en España el año escolar anterior al mío. También tuve que afrontar un poco el caos que aquel Curso de Orientación Universitaria había traído, novedoso

también, con un torbellino de asignaturas optativas. En todo caso, este factor me fue favorable, ya que me permitió no tener que pasar por las aulas del catedrático de Latín. Mis opciones fueron Alemán e Historia Universal junto con Griego. En este último, la clase estaba formada por cinco o seis alumnos solamente, de modo que Esperanza impartía las lecciones en el Seminario, alrededor de una mesa central grande. Allí se fueron desgranando las horas mientras traducíamos a Homero, a los líricos, a los tragediógrafos. Y nos familiarizábamos con los aspectos culturales y literarios de aquellos griegos antiguos. Como siempre, las clases de Esperanza me abrieron un mundo fascinante, porque en los años anteriores el centro de atención fue la lengua y los aspectos culturales habían ocupado un espacio secundario. Pero en el Curso de Orientación Universitaria había un apartado específico donde se debía estudiar un temario que, partiendo de los autores, explicara el universo espiritual del mundo griego desde Homero a los dramaturgos del siglo V a.C. Y con todo ese bagaje, me presenté a las pruebas de acceso a la Universidad. Mis resultados fueron y pobres, desdiciendo la Matrícula de

Honor global que había sacado en el Instituto. Recuerdo que la nota media de mis exámenes apenas llegaban al 5. Realmente, mi actuación en aquellos momentos fue desastrosa. Cuando se lo comenté a Esperanza con un sentimiento de vergüenza, ella lo achacó a los nervios. Y algo de eso debía de ser porque recuerdo que la preparación que llevé a cabo para aquellos exámenes fue exhaustiva y agotadora. Gracias a la media hecha con el expediente, aquello subió algo. De todos modos, era indiferente. En aquellos tiempos no había nota mínima para entrar en las Facultades o Escuelas y, en cualquier caso, nada impedía el paso a Filología con el 5 prescriptivo. Como nota adicional, diré que me presenté a un concurso de cuentos que organizaba el centro y que recibí un accésit por un relato tremendamente pretencioso, lleno de fárrago donde se descarnaba de modo obsceno la angustia vital del adolescente que yo era en aquel tiempo.

26

Y he aquí que con 16 años entré en la Universidad. Edad increíble para la mentalidad actual. Las razones de tan temprano acceso al *Alma Mater* fueron dos. De un lado, cumplo años en diciembre. Siempre empezaba los cursos con un año de edad adelantado al que la ley prescribía. De otro lado, los planes de estudios de la Enseñanza Media que yo cursé tenían un curso menos que actualmente, de modo que los alumnos salían de los Institutos camino de la Universidad con 17 años. De este modo, me vi paseando por los pasillos y aulas del nivel superior de enseñanza con la edad que actualmente tienen quienes entran en el Bachillerato. Pronto cumplí los 17 y, como era habitual, me puse a la altura de mis compañeros. En aquel tiempo, los primeros cursos de Filología se impartían en la antigua escuela de Bellas Artes, sita en la calle Gonzalo Bilbao. La ilusión de mis compañeros y la mía era entrar en el edificio noble de la institución, la Fábrica de Tabacos en la calle San Fernando, pero eso hubo de dejarse para el 2º de carrera. La

sensación era levemente de marginación, sin que tampoco provocara un trauma. Las impresiones eran totalmente nuevas. Las clases de asignaturas comunes eran multitudinarias, en profundo contraste con las del Instituto. Para mí horror, me topé en la asignatura de Latín con el catedrático del Instituto San Isidoro. Huí de él en el Instituto y me di de bruces con su presencia en Primero de carrera. Precisamente, uno de los aspectos de su clase que daba muestra de su despiste era que se empeñaba en pasar lista a los ciento y pico de alumnos que nos apiñábamos en el aula, que preguntaba en clase y que no era raro que hiciera intervenir dos veces al mismo alumno. Los pitonisos habituales en los cambios de etapas vitales ya me habían advertido que la vida del alumno en la Facultad era muy diferente de la vida del bachiller. Aquí nadie se iba a preocupar de ti, los profesores no iban a conocerte, las habichuelas dependían de ti más que nunca, y demás despliegue de advertencias agoreras de dificultades que, supongo, incrementarían la angustia que siempre me acosaba al inicio de cualquier curso. Las clases de las opcionales eran menos numerosas, especialmente, las de

Griego. Se dio la circunstancia de que coincidimos en esa optativa un grupo de gente que seguimos hasta el final de la carrera de Filología Clásica. Éramos en torno a quince o dieciséis, con alguna incorporación en años posteriores. Formamos un grupo cohesionado y amigable que contrastó siempre con la competitividad y el ambiente cargado que solía cernirse sobre los estudiantes de Clásicas en el resto de las promociones. Buena parte de ese clima se debió a que el sector más nutrido del grupo lo constituían un grupo de chicas que venían todas del Instituto Velázquez, con vinculaciones entre ellas ya vivas desde cursos previos. Los chicos nos adherimos a ellas y, creo, asimilamos las relaciones afectivas de ellas. A esta primera particularidad se unió el hecho de que, como suele ser habitual en España, los trabajos de renovación del edificio no estaban terminados cuando empezó el curso. Nos hubimos de meter en las aulas entre la parafernalia propia de tales situaciones: plásticos, herramientas, albañiles, algún que otro ruido molesto. Me parece recordar que el curso empezó tarde justamente por ese motivo. A esta causa se unió otra de mayor envergadura que motivó un nuevo

parón en las clases al poco de empezar a saborear los olores de pintura fresca junto con la sensación de pertenecer a otro estrato social, el de estudiante universitario.

27

Al poco tiempo de empezar las clases, murió Franco. Recuerdo que aquella mañana, todavía en la cama y pensando en levantarme para ir a la Facultad, mi padre entró en mi cuarto y me dio la noticia. Inmediatamente, me vino a la memoria el asesinato del almirante Carrero Blanco unos años antes y el hecho fundamental para mí de aquella jornada: las clases se suspendían. Bien empezábamos. Al hecho de iniciar tarde el curso había que unir el cierre de la Facultad por un tiempo. La verdadera importancia de los hechos históricos se percibe con mayor claridad cuando se los observa pasado el tiempo. Es un fenómeno semejante a la percepción que tienen de una batalla quienes participan en ella mientras están involucrados en la acción, y que es tan diferente a la que, una vez pasado el trance, dan a conocer los historiadores y los estudiosos. Tantos acontecimientos he vivido que en el momento de su paso los experimenté sin la zozobra o la sensación de punto crítico que posteriormente, al leer o ver documentales sobre

el hecho concreto, parecen poseer. Murió el Caudillo y no pasó nada. Era algo esperado, por otra parte. Llevaba tiempo agonizando y, como se supo luego, mantenido en vida artificialmente con una crueldad que sólo el trato con el poder sabe imprimir en la existencia humana. En medio de *esos momentos históricos* (habría que engolar la voz al pronunciar estas palabras) lo que más me llamó la atención fue que al oír en la radio hablar por primera vez de los “Sus Majestades los Reyes” a mí me acudía a la memoria la cabalgata de los Reyes Magos. Normal, hasta entonces, no habían existido más Majestades que los tres magos de oriente con sus regalos. Al escuchar la expresión creo que me dio un poco de risa. Pronto me acostumbraría a aceptar el hecho de que hay varias Majestades en la sociedad española. Con todo, creo suponer que me veía inundado de alguna inquietud. Hoy en día, una parte de los españoles que nacieron después de ese período, que se ha venido en llamar “Transición”, desprecian la actitud de quienes la vivimos, tanto responsables políticos, como la sociedad en general. No se me caen los anillos si los califico de peligrosísimos ignorantes y de presuntuosos nocivos. Ellos

no saben lo que la gente pensaba en aquellos momentos, el pulso de la población española, la agitación íntima que sacudía buena parte de nuestras almas. A mis 16 años de edad, yo tenía bien claro ya que la Historia de España había sido sangrienta durante mucho tiempo. La propaganda de un régimen basado en una victoria militar de media nación sobre la otra media tenía como fundamento recordarnos que, efectivamente, “en este país hubo una guerra”, como decía uno de los versos de la canción emblema del momento, *Libertad sin ira*. Todos, incluidos los sectores ideológicos de la izquierda, estábamos comprometidos con un cambio en el que no hubiera sangre, ni fusilamientos, ni las escenas pasadas de gente llorando junto a las tapias de los cementerios. De aquel tiempo me queda la sensación de prevención junto con cierto temor y la ilusión en un tiempo nuevo. Pronto comenzaron los debates, los desencuentros, las discusiones, pero había, creo, un acuerdo general de que esta vez los españoles lo íbamos a hacer de forma civilizada, sin muertos. Y así fue. Salvo el terrorismo nacionalista y comunista (el de derechas fue mínimo comparado con éste), marginal a pesar del enorme dolor que ha causado durante

tanto tiempo, salvo las reticencias del Ejército, salvo las rémoras y los miedos, España dio un ejemplo al mundo. Ahora hay muchos que se avergüenzan y pretenden dar marcha atrás. Mi confianza reside en que la masa de la población vive ajena a las empanadas mentales de una élite que, como en otras ocasiones anteriores de nuestra asendereada historia, no está hoy a la altura que requieren las circunstancias. Aunque conviene tener un buen punto de reserva mental ante los perjuicios que esa élite, tan pagada de de sí misma como indocumentada, pueda ejercer sobre un pueblo de cuyo nivel de conciencia política e histórica me permito tener serias dudas.

28

La Universidad, en suma, presentó el contraste que ya sospechaba. Las advertencias fueron ciertas e, incluso, más allá de lo esperable. Pagué la novatada del primer curso, especialmente, en lo relacionado con la gestión del estudio. Como un pardillo, eché cuenta de las listas de bibliografía que los profesores daban. Todavía me es traumático recordar cómo intenté bregar con los libros de Lingüística, donde la estrella era esa disciplina evanescente llamada Semiótica. Pasé tardes en la biblioteca de la Facultad intentando verle el sentido a aquella sarta de obviedades elevadas a la pretendida categoría de ciencia, rodeado de los libros que se recomendaban en la bibliografía de la asignatura. Hasta llegué a comprar alguno. Con el tiempo me di cuenta de que bastaba con soltar en los exámenes lo que el profesor había dicho en clase y que las cacareadas ampliaciones de los temas corrían el riesgo de ser consideradas por alguno de aquellos docentes como un intento de pasarse de listo. Porque otra de las características

que advertí en la Universidad era la mentalidad funcionarial que reinaba en las cabezas de la mayoría de aquellos profesores, en el sentido de cumplir con lo estrictamente necesario y no consumir mucha energía en una labor cuyo ejercicio, fuera como fuera, nunca redundaría en ningún incentivo intelectual o material. En ese sentido, la experiencia universitaria fue frustrante. Había excepciones, como en todo; pero la tónica dominante era la mediocridad. Algo menor era esa medianía intelectual en los profesores de Clásicas, pero la mentalidad del mínimo esfuerzo persistía, y la falta de ambición docente y humana. Posteriormente, supe que la obligación de enseñar es algo generalmente despreciado y que la prioridad entre los cuerpos docentes universitarios es la investigación y el engrosamiento de unos currículos que permitan la escueta promoción profesional, lo que da más fácil acceso a una jugosa serie de sinecuras de las que disfrutaban los profesores universitarios. Entre estas prebendas está esa versión del turismo de alto *standing* con todos los gastos pagados que son las invitaciones a congresos, jornadas, seminarios etc.; la formación de un

círculo de colegas cercanos que se reparten por turnos las sinecuras de tales acontecimientos, la publicación de libros por los servicios editoriales de la Universidad sin poner demasiados obstáculos en cuanto a la calidad del producto y demás prebendas de las que un profesor universitario que sepa gestionar bien su posición conseguirá gozar. Por supuesto, en cinco años de carrera nunca me encontré con ningún profesor que viera en el estudio de las Humanidades Clásicas nada relacionado con una visión trascendente del fenómeno humano, ni un motivo para reflexionar sobre el ser del hombre, sobre la concepción del mismo en la civilización occidental, ni nada semejante. Nada de crear humanistas entre los asistentes a las clases, ni de aprovechar la fuerza vocacional que teníamos la mayoría de nosotros para crear auténticos misioneros del Humanismo. Las clases de Esperanza Albarrán se convirtieron en un pasado glorioso. La despreocupación por el alumno iba *de soi*, salvo el encasillamiento de los estudiantes como alumnos de sobresaliente, de notable, de aprobado, de suficiente o simple escoria que debería estar estudiando Hispánicas en vez de Clásicas. Y no se podía

alegar el número de estudiantes, excusa aceptable en las materias comunes de Filología donde en las aulas podíamos juntarnos más de un centenar de personas y que frustraba las buenas intenciones de algún profesor más comprometido que la media con su trabajo. Mi promoción nunca pasó de contar con algo más de una decena de alumnos. Algún caso hubo de enfoque diferente de las materias y de nuestra función como filólogos clásicos, pero fueron muy escasos y estuvieron más cerca de una pose vacua y esperpéntica que de una sentida visión alternativa de nuestra presencia en las aulas y, posteriormente, en la sociedad.

29

Fuera del ámbito de la especialidad, los recuerdos que anárquicamente se agolpan en mi memoria me llevan, por ejemplo, a una mañana en que había un enfrentamiento anunciado en la Facultad entre los partidarios de la extrema derecha y los de la extrema izquierda durante cuyo transcurso pude ver a un sujeto enarbolando una pistola. Fue a través de una ventana del aula donde estábamos en clase y que daba al exterior del edificio. Asustado, lo comenté en voz alta interrumpiendo al profesor, el cual salió corriendo de allí balbuceando no sé qué palabras. Detrás de él, salimos los demás y nos fuimos a casa. Me queda la memoria, por ejemplo, de cómo advertí las burdas técnicas de manipulación de las asambleas a cargo de representantes de la extrema izquierda, con el patrón habitual de gente que no se le veía el pelo más que cuando había follones y cuyos intereses no eran nunca académicos, sino políticos, es decir, de asalto al poder. Aquellos fueron años convulsos, en plena transición, que viví pensando

fundamentalmente en mis estudios. Esta posición mía fue confirmada por el resto de mis compañeros de la promoción, que eran mi auténtico referente social, ya que la masa de estudiantes que nos acumulábamos en las asignaturas comunes no me vinculó nunca emocionalmente. La política no entraba dentro de nuestros intereses primarios y nuestras conversaciones giraban en torno a nuestros estudios y, según el grado de intimidad, a cuestiones personales. Antes, he criticado la actuación de los profesores, pero he de reconocer que también el adocenamiento partía de los alumnos. Por ello, no puedo dejar de reconocer aquí el intento de un profesor de Filosofía que en tercero de carrera intentó impartir su asignatura desde otra perspectiva. Pertenecía a la saga de los Peñalver, pero su nombre de pila lo he olvidado. El hombre, primeramente, fue consciente de que se hallaba ante una masa de futuros filólogos y decidió obviar la Historia de la Filosofía y centrarse en la Filosofía del Lenguaje. En segundo lugar, no pretendió dar apuntes cuyo contenido almacenar provisionalmente en los cerebros y luego desparramar sobre folios y folios de letra escrita, sino

que nos repartía fotocopias de temas que debíamos leer, reflexionar y comentar en clase. Los exámenes iban a ser con ese temario ante nuestros ojos y las preguntas no iban a ajustarse a apartados concretos, sino que sería una cuestión que deberíamos responder basándonos en la reflexión crítica de esos textos. El resultado de tal procedimiento fue una rebelión generalizada del alumnado y, creo recordar, la retirada de aquel buen profesor de sus posiciones hacia las tradicionales. Posteriormente, ya ejerciendo de profesor de Instituto, probé alguna vez plantear el apartado de cultura de la asignatura de ese modo. Coseché idéntica respuesta hostil, pero me quedo con el hecho de que el único examen que llegué a poner a mis alumnos siguiendo ese enfoque fue coronado con una exposición brillantísima de la alumna más despierta e inteligente de aquella clase. Lo que me confirmaba la bondad de todo aquel sistema, cuyos beneficios en otro contexto hubieran alcanzado a la mayoría de los alumnos. El problema era que no se podía cambiar tan bruscamente la estructura mental de unas personas habituadas desde pequeños a otra forma de afrontar el proceso de aprendizaje.

30

Los cinco años de carrera no dejaron en mí más que la memoria de intensas jornadas de estudio, las angustias de principios de curso, con el sempiterno temor de no creerme capaz de superar las pruebas a las que me iban a someter, las zozobras de los momentos del examen y el triunfo general una vez conocidas las notas. No hay instantes de esparcimiento y destaca la experiencia traumática de un primer amor. Prima en este galimatías de sensaciones la obligación de sacar las mejores calificaciones en las asignaturas de Griego. Durante los años de materias comunes, me esforzaba, porque va en mi genética, pero no me molestaba si quedaba en un notable o en un aprobado. En mi expediente académico hay de éstos en los cursos que van de Primero a Tercero. En las asignaturas de Latín intentaba llegar al límite y no me gustaba quedarme por debajo, pero este fallo, si se producía, hería sólo un supuesto expediente que debía ser immaculado; nunca afectaba mi dignidad. Donde me la jugaba conmigo mismo

era en las asignaturas de Griego. Ahí tenía que estar a la altura de un listón que yo mismo me había puesto. Porque nadie nunca me forzó a nada. Era una cuestión de honrilla. Y así fue. Durante toda la carrera, en cualquier momento en que estuviera involucrado algo relacionado con el Griego, allí estaba el sobresaliente o la matrícula de honor. No creo dañar mi reputación si consigno que contaba a mi favor el prestigio que tenía dentro del Departamento. Haber sido alumno de Esperanza Albarrán era un buen punto a mi favor. Haber sido recomendado por ella, sumaba más puntos. Al hablar de recomendar no me refiero a que Esperanza les dijera a los profesores de la Facultad que me aprobaran directamente, sino a que ella les había informado de que se presentaba en las clases uno de sus alumnos con una vocación clara y buen estudiante. En un mundillo tan cerrado y tan elitista como era el Departamento de Filología Griega y Latina el ser tachado de buen alumno y ser discípulo de Esperanza aportaban la clemencia ante los resbalones y la magnanimidad en la calificación. Por el contrario, si alguien era marcado con el sello de la mediocridad o, incluso, de la falta de luces en eso de las

Clásicas, el esfuerzo por conseguir un aprobadillo era proporcionalmente muy superior al de un “buen alumno” por pasar del notable al sobresaliente. En este sentido, no era raro que tras dar notas de un examen, alguno de los profesores recomendara a algún alumno que abandonara la especialidad porque no estaba a la altura. Aunque estuviera en cuarto o quinto de carrera.

31

En aquellos tiempos, estudiar Clásicas era pertenecer a la *crème de la crème* de la sociedad estudiantil filológica. Y, aunque entre los miembros de mi promoción no hubo gente pretenciosa y creída, flotaba en el ambiente esa sensación. Se decía con orgullo que un licenciado en Filología Clásica podía impartir clases de cualquiera de las demás Filologías, pero que la circunstancia inversa era imposible. Aunque creo de justicia reconocer que esta percepción florecía exclusivamente en la mentalidad de los profesores de Clásicas. Había una especie de escala. Tras nosotros venían los de Anglogermánicas, luego los de Románicas y finalmente, los “Hispánicos”. Situados en un limbo de extraña adscripción se hallaban los especímenes que se dedicaban a la Filología Semítica, vulgo Árabe. Como he comentado anteriormente, los escasos compañeros de mi promoción éramos más que simples colegas de estudios. Arrastrados por el núcleo de amistades de las chicas del Instituto Velázquez, los chicos nos adjuntamos a ellas y,

ayudados también por la bondad de nosotros, llegamos a formar un grupo bien avenido, sin rencillas ni desencuentros. Porque ese *esprit de corps* de los futuros filólogos clásicos llevaba consigo la semilla del mal. Era habitual en las promociones anterior y posterior a la mía, con las que yo llegué a tener algún contacto, que los integrantes de los grupos manifestaran inquinas personales, se hiciesen faenas, se pusieran zancadillas y demás artillería pesada. Buena parte de esa actividad nociva estaba provocada por una competitividad malsana que se desplegaba entre sus mentes. Ignoro la historia emocional de las promociones de Filología Clásica en Sevilla y en el resto del mundo, pero me parece intuir que el clima reinante entre mis compañeros fue la excepción. A este respecto, me interesa mencionar cómo en el último curso de la carrera, una profesora, por lo demás nada caracterizada por ser exigente o exclusivista, nos propuso a una compañera y a mí hacer un examen extraordinario para decidir quién se llevaba la única matrícula de honor a la que tenía derecho el grupo por asignatura. Mi compañera había sacado una o dos décimas más que yo en el examen

final. Hablamos ambos sobre el asunto. Para mí era evidente que ella era la que debía llevarse el galardón y, por otra parte, no estaba dispuesto a volver a empollar una materia tan complicada como era la Fonética y Morfología Griegas. Así que le dijimos a la profesora que le pusiera la matrícula de honor a ella. Este buen ambiente en la clase llevó a que se creara alguna pareja y posterior matrimonio, y a que durante muchos años, una vez concluidos los estudios, siguiéramos en contacto.

32

De ese modo pasaron los cinco años de carrera. No hubo en ese lapso nada de aquel universo espiritual que en mi convulsa imaginación rodeaba el mundo clásico. Los profesores, como dije anteriormente, eran totalmente ajenos a cualquier ámbito que no fuera el estricto cumplimiento de sus obligaciones docentes. Sólo recuerdo un intento tímido y prontamente frustrado de editar un revista donde se recogiera algo de esas inquietudes que algunos teníamos. Aquello no resistió un par de entrevistas con los profesores que creíamos más simpatía podían mostrar por el proyecto. No había interés ninguno y por nuestra parte al final primó la necesidad de superar las asignaturas. Fuímonos y no hubo más. Siento, pues, reconocer aquí que no encontré maestros en aquel Departamento. Afortunadamente, ya contaba con tener de referente a Esperanza Albarrán, pero no me hubiera disgustado poder contar con un Humanista entre los recursos humanos que se paseaban por aquellos pasillos y desgranaban sus clases en aquellas aulas. Los

había buenos en su materia, abundaban más de la cuenta los mediocres y los hubo malos de remate. Hubo algún profesor que de ser menos vago hubiera podido ascender a esa categoría y algún otro que, de poder bajar de su nube, también hubiera podido ejercer de maestro. Pero no fue así. Aquello era cuestión de ir a clase, tomar apuntes, embaulárselos en el cerebro y vomitarlos en el examen. Punto final. Si lo que escribías reproducía letra por letra lo contado, accedías al sobresaliente o la matrícula de honor. Luego, en escala descendente, según faltara la información dada en lo que escribías, la puntuación iba bajando. No había más secreto ni más magia. En las clases de Textos Latinos y Griegos, se trataba de traducir en casa y luego reproducir el trabajo en clase. Se daba por sentada la honradez a la hora de realizar el trabajo sin contar con una traducción ya hecha. Y así era siempre, hasta donde llegaba mi información. De todos modos, daba igual lo que se hiciera en las clases diarias. Al final, lo que contaba era el examen. Este sistema de trabajo me salvó. Porque mis traducciones diarias eran espantosas. Como ya he comentado, a pesar de la fama que siempre me ha

acompañado, no soy una persona inteligente, en el sentido general del término, o sea, académico. Soy trabajador y constante cuando la necesidad aprieta; cuando no es así, la indolencia me puede. Traducir es una tarea que me ha costado mucho trabajo siempre y más en aquellos tiempos, y con el sistema de acercamiento a una lengua clásica que se estilaba entonces. Nunca he tenido esa facilidad de entender lo que hay escrito, de intuir el contenido, que veía sobre todo en algunas de mis compañeras. Nada extraño. Como es habitual, ellas están mejor dotadas para las labores del intelecto. Mi trabajo era similar día sí y día no a ese gazpacho incomprensible que los alumnos de Bachillerato ofrecen habitualmente como traducción. Sin embargo, por algún extraño sortilegio o porque mis neuronas se ponían a funcionar a todo carbón en el momento del examen, mis traducciones entonces eran casi perfectas. Esa era la tónica dominante, el trabajo diario era mediocre o malo en todas las materias que requerían una exposición frecuente en clase aparte del examen; pero en el instante de la prueba definitiva, sobrevolaba el campo de batalla con soltura. Como era previsible, nada venía gratis. Esas actuaciones

eran producto de una entrega sacrificial en el altar del prestigio y de la fama manifestada en horas y horas de estudio sin tregua. El resultado final de esos cinco años fue un buen expediente académico, pero no de una brillantez apabullante, un agotamiento mental propio de una fosa abisal, un vacío existencial profundo, unas buenas relaciones de amistad y la conciencia de tener un título que, si todo iba bien, me iba a permitir vivir el resto de mi vida dedicado a mi vocación.

33

Pasados muchos años, tantos que mi descubrimiento fue hace poco, me volví consciente de la inutilidad de aquella orientación en el estudio del griego y el latín en cuanto que lenguas. Los resultados de mis reflexiones llegaron al mismo tiempo que la lectura del libro, reseñado en el capítulo 3, de Carlos Martínez Aguirre. Ahora me espanto de pensar en las horas y horas pasadas memorizando esa sintaxis descriptiva, detallista, plúmbea que para nada sirve a la hora de entender lo que se está leyendo. En esta materia es donde más incide mi inquina. Esos gruesos volúmenes donde se acumula la casuística de cada fenómeno no tienen para mí ahora más utilidad que la dispensada a un coleccionista de mecheros o de llaveros. Y eso que no se profundiza en el hecho de que un buen estructuralista, esa corriente de moda en los tiempos de mi carrera, nunca hubiera aceptado esa mezcla con la Semántica que había en aquella Sintaxis. Podría atacar igualmente el furor taxonómico de la Fonética o la Morfología, aunque aquí la

evidencia del objeto de estudio hace menos aceptable mi ataque. En casos como la Métrica, el problema es doloroso. Porque nos es imposible captar la realidad del ritmo que tenían aquellos versos y, de ese modo, el estudio de la métrica es un compendio de teorías casi entroncadas con las matemáticas, lo que hace tremendamente árido su estudio. Mención especial merece el apartado de la métrica en la poesía coral. Los intentos de encajar aquella versificación dentro de los modelos establecidos de verso se me revelaron inútiles un buen día que estaba leyendo la letra de una canción moderna (habida cuenta de mi escasa afición a ese género, es algo casi milagroso). Percibí la imposibilidad de reducir aquellas líneas a los esquemas métricos del español. Hágase la prueba. Tómese cualquier letra de una canción de un artista de hoy en día e inténtese encuadrar sus líneas en pentasílabos, heptasílabos, octosílabos, etc. Uno podrá encontrarlos escondidos en líneas largas, o bien, desnudos y aislados en una línea. Se podrá interpretar que determinada línea consta de dos octosílabos con igual fuerza argumental que interpretarla como un endecasílabo más un pentasílabo. Al igual que

pasaba en los coros de la Antigüedad helénica, lo que prima es la música, y la letra se acomoda a ésta, de modo que la regularidad se consigue mediante otros procedimientos que no sean exclusivamente lingüísticos. Así, el ajuste a la versificación oficial es secundario o inexistente. La pérdida de la música antigua, ese mal irreparable y costoso, nos impide captar la realidad del ritmo de las composiciones de un Píndaro o de los coros de la tragedia. Finalmente, otras materias como la Mitología fueron objeto de un intento de acercamiento novedoso por parte del profesor, pero quedó frustrado a mi juicio por el ansia de erudición de la que hacen gala los filólogos académicos. Nos alivió mucho que el examen consistiera en el comentario de un fragmento de un Himno Homérico (texto griego con la traducción española al lado, ya que sería imposible comentar directamente del griego); pero tener que empollar un manual con cientos de mitos y sus variantes nos devolvió la otra cara de la moneda.

34

Siguiendo con el aspecto puramente lingüístico de la enseñanza de las lenguas clásicas, hoy en día, lo que a mi juicio debe primar es la comprensión lectora de los textos. Todo debe subordinarse a ello. La teoría abrumadora y erudita debe quedar para los muy especializados. Debo reconocer que si uno estudia la carrera de Filología, debe centrarse en la lengua en cuanto que producto puesto por escrito en textos. Eso es evidente; pero no contradice el hecho de que lo fundamental sea la comprensión de esos mismos textos y que la exhaustividad no ayuda. Es mucho más útil la simple práctica de la lectura. Uno enfocaría las antiguas Fonéticas, Morfología y Sintaxis más con idea de ofrecer al alumno herramientas de consulta y aproximación para las ocasiones en que sea preciso profundizar en un determinado aspecto que llame la atención, pero nada de memorizar las miles de páginas con ejemplos escudriñados hasta el agotamiento en el cuerpo de los textos. En este sentido, y aunque siempre me pareció que el

estructuralismo es un enfoque simplista, fue muy clarificador el enfoque de Lisardo Rubio en su *Introducción a la sintaxis estructural del latín* (Barcelona, Ariel, 1989). Posteriormente, cuando hube de dar clase, me sirvió de modelo para mi tarea, dentro de un tímido acercamiento a un modo diferente de enseñar la gramática, dado que estas reflexiones son muy posteriores a los tiempos en que ejercía de profesor en el Instituto. A fin de cuentas, toda la sintaxis casual, por ejemplo, se puede enseñar de modo simple acudiendo a las funciones elementales del nombre y al sincretismo de casos que los indoeuropeístas clásicos adjudican al griego antiguo. En este intento de enfocar el aprendizaje del griego antiguo, podría uno incluso postular los beneficios de lograr convertir el griego clásico en una lengua viva en la que aplicar las cuatro habilidades que se exigen de cualquier otra: comprensión oral y lectora, expresión oral y escrita. No obstante, en otro momento argumentaré lo complicado de esta opción en el caso del griego, ya que en latín, como he dicho anteriormente, se está consiguiendo actualmente. Los casos son diferentes a mi juicio, como se verá. Igualmente, habida cuenta de que

los textos antiguos no son sino la expresión de un contenido que acoge la realidad de su contexto histórico, experimenté como una falla enorme la ausencia de materias en la especialidad como Historia o Filosofía. Nada de ello se veía en los años de estudio y si se mencionaba algo, siempre era en función de un autor concreto, al que se acercaba uno sólo desde su faceta como escritor. La Guerra del Peloponeso en sí se suponía que no era de ningún interés para el aprendiz de filólogo cuando se leía a Tucídides. El contenido sólo era contemplado en cuanto que pretexto para el estudio de la expresión. Lo mismo cabe decir de casos más sangrantes como el de Platón o Aristóteles. En este sentido, recuerdo la fascinación que durante un verano del año 1977 me provocó la lectura de un librito titulado *La filosofía griega* de Charles Werner (Barcelona, Editorial Labor, 1973). Para mí la única referencia sobre la Filosofía fue la que me ofreció un ajado de profesor del Instituto San Isidoro, en una materia áspera y aburrida, con un método de enseñanza que los profesores salmantinos del siglo XVI hubieran considerado ya obsoleto. Como muestra, diré que en el programa se incluía un apartado dedicado a la Psicología y

que su orientación tenía como base las investigaciones de Santo Tomás de Aquino. En fin, aquella materia me resultó una tortura y pensaba que eso de la Filosofía era un ente abstruso y difícil digestión para mi mente inmadura. En todo caso, leer *La filosofía griega* me abrió un mundo diferente, lleno de sugerencias y sustancialmente útil para un adolescente desorientado y que estaba perdiendo los referentes morales e ideológicos que habían informado su vida. Caí enamorado de la Filosofía griega y, en adelante, cuando había que repartirte la elaboración de temas entre los alumnos, siempre escogí los relacionados con los filósofos. A tanto llegó mi afición que en el último año de carrera, en la materia de Literatura Latina (que se relegara al último curso ya es indicativo), en el momento de repartir la elaboración de los contenidos de un temario que el profesor, embarcado en oposiciones y otros menesteres particulares, no pudo dar, me elegí el tema de Filosofía Latina. Ya sé, bien puede tratarse de un oxímoron; pero algo hubo de eso en Roma. Todavía recuerdo la cara de extrañeza del profesor cuando le comuniqué mi elección. Supongo que, habida cuenta de mi fama, habría pensado

que hubiera preferido un Virgilio o un Horacio, gente de más enjundia y peso.

35

Mi inclinación por la filosofía griega pervivió durante la carrera, aunque mi exclusiva entrega a la superación de las materias oficiales me limitaba la lectura de esos temas a los meses de verano. Y a ello me dediqué, siempre a través de manuales o ensayos, ya que me era imposible acercarme a los textos originales. La pesada maquinaria que debía poner en funcionamiento para acudir a ellos me disuadía de la tarea. Me refiero a que no conocía otro modo de acercamiento de los textos que armarme de papel, bolígrafo y diccionario. Y eso sin garantías de que el resultado no fuera sino un galimatías incomprensible que requiriese de una traducción ya hecha para ser comprendido. Conclúyanse los desastrosos resultados de aquellos métodos cuando se piensa que yo era de los mejores alumnos. En todo caso, un verano me leí la traducción de la *Política* y la *Poética* de Aristóteles, los recuerdos más vivos que tengo a este respecto y que ocultan otras lecturas cuya memoria ha volado. Lecturas con subrayados y extracción

de citas en unas fichas que todavía deben de yacer en alguno de los archivadores que acumulan polvo en las estanterías más altas de mi biblioteca. Esta afición por el pensamiento griego incidió en mi convicción de que la Filología debe ser algo más que el simple centón de casos concretos en unas materias y de la típica relación de la Historia de la Literatura en otros. Años más tarde, leí *El nacimiento de la tragedia* en la traducción clásica de Andrés Sánchez Pascual. Fue un destello que todavía me deslumbra. Friedrich Nietzsche fue profesor de griego antiguo en una Universidad suiza. Sin embargo, aunque filólogo, observó la realidad de la Grecia antigua desde una óptica mucho más amplia que la simple crítica textual y literaria. Eso era, justamente, lo que yo quería ver en el mundo griego de la Antigüedad. No necesito destacar que, aparte de la ampliación de horizontes, la visión de una Grecia pesimista me llenó de fascinación. Con ese Nietzsche me quedo, con el de su época de profesor de griego, con sus enfrentamientos contra Ulrich von Willamowitz y los filólogos del momento. Dejo ahí la lectura y aprovechamiento del filósofo alemán, cuyas elucubraciones

posteriores me parecen aborrecibles y producto de una mente calenturienta y desequilibrada, aunque tremendamente inteligente, por más que a los adalides de la destrucción de Occidente les encandile. De ese modo, a mi juicio, puede ser interesante leer a Tucídides, por ejemplo, atendiendo a su estilo, a las dificultades de expresar en una prosa incipiente el pensamiento complejo que lo poseía y demás aspectos relacionados estrictamente con el lenguaje; sin embargo, me resulta mucho más estimulante ver en el historiador justamente lo que él pretendía con su obra, un análisis de la naturaleza humana, tanto en su aspecto individual como colectivo, puesta en contacto con el poder y con la guerra, su manifestación más patente en aquellos tiempos. Y, a partir de ahí, extraer enseñanzas para entender nuestra realidad actual vista a través de un método que, precisamente por lejano, puede aportar la objetividad que a nosotros por estar inmersos en el presente no se nos permite. De este enfoque no se salvaría ninguno de los autores de la época clásica y muchos de las épocas posteriores. Aquel momento fue decisivo justamente dado que por vez primera en la historia de la humanidad una

mentalidad daba acceso a que el ser humano se hallase solo ante el mundo y que no tuviera sino que recurrir a sus propios medios para entenderlo. Porque idéntica situación atraviesa el ser humano en Occidente en los tiempos que corren. Muertos los dioses, no nos queda sino el ser humano para hallar medios que nos permitan sobrevivir en las mejores condiciones.

36

Como ya he dicho, en los últimos años hay un movimiento floreciente que está recuperando la enseñanza del latín como lengua viva. Hay congresos donde la lengua de comunicación es el latín, cursos donde se enseña a profesores, alumnos e interesados a hablarlo. Por internet ruedan infinidad de vídeos con ejemplos de este moderno y estimulante revulsivo. Con todo, en los vídeos que he podido ver, no percibo el respeto a un elemento capital que es la distinción entre las vocales breves y las largas. Bien puede ser culpa de mi oído, no acostumbrado a esas diferencias fonológicas en una lengua a la que tampoco mi oído está acostumbrado en su expresión oral. Es, no obstante, un enfoque digno de mérito y que sería tremendamente conveniente que se generalizara. Otro cantar es el caso del griego. Sea cual sea la posición del hablante latino ante el debate de la más correcta pronunciación (la eclesiástica y las vernáculos frente a la clasicista), ninguna de ellas impide una comprensión clara

de la expresión oral. Ahora bien, la divergencia entre las diferentes formas de pronunciar el griego antiguo presenta dificultades. Una de ellas, de aplicarse, lleva aparejados serios problemas de comprensión. Hay, de entrada, un debate profundo entre los partidarios de la pronunciación erasmiana y los partidarios de la pronunciación histórica. La primera responde a las reglas que Erasmo de Rotterdam reconstruyó para el griego clásico y que es la seguida por la Academia en Europa desde el Renacimiento y, por ende, en el resto del mundo. Esta pronunciación presenta variantes locales, de modo que las lenguas carentes de determinados fonemas en su sistema fonológico, las sustituye por el fonema más cercano. Esto hace que la lectura de un texto griego antiguo suene diferente en español, en francés, en inglés o en alemán. En todo caso, la reconstrucción erasmiana es respetuosa con lo que debería haber sido la forma de hablar del dialecto ático del siglo V a.C. Por otro lado, el griego es una lengua que ha evolucionado y que sigue viva hoy en día. Y con mayores similitudes respecto a sus ancestros que las lenguas romances respecto al latín. El problema surge cuando la evolución fonética normal en

cualquier lengua hace que aquella forma gráfica que vemos en los clásicos la encontremos exactamente igual y viva en el griego de hoy en día, pero su pronunciación difiera notablemente. Esa pronunciación, que se suele denominar histórica, era la que se utilizaba en el Occidente europeo cuando a fines de la Edad Media, los eruditos bizantinos comenzaron a emigrar ante el desmoronamiento de los restos del Imperio Romano de Oriente. Los intelectuales que pululaban por España o por Italia leían y hablaban el griego antiguo como lo hacen los griegos de hoy. Sólo con el tiempo, la versión erasmiana terminó por imponerse. Así, oír a un griego leer textos antiguos nos resulta más extraño que oír a un francés. La incuria de la mayoría de los griegos respecto a la tradición cultural que supone el griego antiguo (en nada a la zaga de lo que pasa en el resto de Europa), añadida a la politización que interpreta el estudio de ésta con la caradura y el facherío, no impide que la minoría respetuosa con quienes hablaban y escribían su misma lengua hace milenios considere una aberración la pronunciación erasmiana. Hasta tal punto llega la irritación que por internet pululan artículos de filólogos griegos

defendiendo en la Atenas de Pericles la pronunciación del griego antiguo como si fuera la que se puede oír hoy en la Plaka. Uno no entiende que ese fenómeno caprichoso llamado ortografía, que no es sino efecto del conservadurismo de la lengua escrita frente a la mutabilidad radical de la hablada, fuera complicado adrede por los perversos cerebros de quienes en el siglo V a.C. y, posteriormente en el período helenístico, pusieron por escrito los textos.

37

El principal problema que presenta la fonología del griego moderno respecto al antiguo es el sistema vocálico. El sistema consonántico ha cambiado también, pero sus efectos sobre la comprensión oral no son relevantes. De entrada, la distinción entre vocales largas y breves ha desaparecido en el griego moderno, hecho fonológico en griego antiguo y, por tanto, relevante para la comprensión. En segundo lugar, el diptongo $\alpha\iota$ ha pasado a pronunciarse como *e*. Pero la complicación fundamental procede, a mi juicio, del hecho de que la evolución vocálica haya desembocado en la pronunciación *i* de varias vocales y diptongos cuya realización antigua era diferente. Así, decir *i* en griego moderno puede venir reflejado en un texto de las siguientes formas: η , ι , υ , $\epsilon\iota$, $\omicron\iota$, $\upsilon\iota$; sólo la tradición ortográfica decide la grafía pertinente. La evolución del sistema lingüístico hasta hoy en día ha hecho que esa abundancia de representaciones gráficas no pase de ser una complejidad ortográfica sin efectos en la comprensión

lingüística. Sin embargo, para el sistema griego antiguo, esa evolución resulta fatal porque deja en la ambigüedad más absoluta elementos fundamentales de la lengua como conjunciones, pronombres, artículos, formas verbales, etc. Esa confusión queda despejada en el texto escrito, pero aparece fatalmente en su lectura; o en su recreación oral. Ello nos lleva a plantear que la opción por una pronunciación u otra es relevante a la hora de pretender revivir el griego antiguo como lengua con expresión oral. Y me atrevo a decir que pretender hacerlo respetando la pronunciación histórica lo hace imposible. En esta línea, en los últimos tiempos, paralelamente al resurgir del latín como lengua hablada, ha aparecido una serie de filólogos que comienzan a leer el griego antiguo con una pronunciación que pretende acercarse a lo que se supone era la forma propia del siglo V a.C. en Atenas. El ejemplo más relevante es el curso de griego antiguo elaborado en la serie francesa Assimil⁵ (como crítica leve podría rechazar esa concesión al tradicional chauvinismo francés que supone en algún locutor una *r* tan a la francesa que golpea

⁵ Véase nota 3.

los oídos de quien no es francófono). Esa versión de lo que pudiera ser la fonología del griego antiguo reconstruye los acentos tonales, la distinción entre vocales largas y breves, y restituye los valores que se creen originarios de la η y la υ . En esta línea el interesado puede encontrar en páginas web y en vídeos de Youtube ejemplos de griego antiguo pronunciado del modo descrito. En suma, no es imposible revivir el griego antiguo como lengua hablada, pero habría que recurrir a la pronunciación restaurada y, lo que no deja de ser mucho más complicado, empaparse reflexivamente de una morfología y sintaxis que intentara utilizar todos los recursos de esa lengua. No obstante, mi opinión personal es que esta orientación, siendo positiva, no tendría más objetivo que la comprensión de los textos antiguos y para ello no dejaría de ser una de las posibles vías de acercamiento.

38

De este modo, año tras año, la carrera universitaria fue cubriendo etapas hasta que llegué al curso final. Al mismo tiempo, empezaban a surgir en el horizonte las nubes que había que luchar por despejar. De un lado, tenía el asunto trascendental de mi futuro profesional y laboral. Aunque el ámbito de elección era muy limitado, algunos caminos había. El más común era preparar oposiciones para profesor de bachillerato. Las perspectivas en aquellos años eran muy halagüeñas en este terreno. Las promociones de Clásicas eran reducidas en todas las Facultades y el espacio que el griego y el latín ocupaban en los planes de estudios era suficiente para exigir una demanda de profesorado que dejaba la proporción entre aspirantes y plazas en una cifra aceptable. Había, además, cuatro opciones en las pruebas, lo que convertía a los licenciados en Clásicas en unos privilegiados: cátedra y agregaduría en latín y en griego. Al tiempo, las oposiciones eran nacionales, ya que aún no se había descuartizado el país en las autonomías. Todo ello

permitía tener la esperanza de que preparándose bien las oposiciones, las probabilidades de obtener plaza eran altas. El otro camino era empezar una especie de *cursus honorum* para algún día acabar como profesor adjunto de Universidad, que así se denominaba entonces, y emprender una carrera que podía terminar en catedrático de Universidad. Era cierto que desde que entré en la Universidad todo parecía llevarme a emprender una carrera profesional en el seno de ésta. La necesidad de tener un expediente lleno al máximo de sobresalientes y matrículas de honor, la buena fama entre los profesores, el trabajo duro, todo parecía ir dirigido hacia el mismo objetivo. Ese último año, también, comencé a plantearme lo que se conocía como “meter la cabeza” en el Departamento a través de la solicitud de una beca de colaboración, que me fue denegada y concedida a dos compañeras, una de las cuales tenía todos los méritos académicos para obtenerla y otra que tenía el inmenso mérito de que su padre trabajaba en la Delegación de Educación. Dentro del buen ambiente reinante entre los compañeros y de mi natural tendencia a la ingenuidad, ese extremo, aunque intuido, fue rechazado

como un mal pensamiento de resentido en mi cerebro y no repercutió para nada en mis relaciones con nadie. Conforme se iba acercando el final del curso, la necesidad de tomar un camino se hacía inminente. Así pues, concluida la carrera, me dispuse a emprender mi senda hacia una plaza de profesor universitario. Procedí, pues, a ponerme a la sombra de uno de los capos del Departamento, cuya protección era imprescindible si quería tener futuro en el *Alma Mater*. Se inició así mi relación con el entonces gobernante Catedrático de Griego, persona intelectualmente muy válida, pero que una tendencia a la vagancia así como las secuelas del ambiente tóxico que la vida interna del profesorado universitario propicia, lo desgraciaron como posible maestro. Pronto me di cuenta de que la relación que debía mantener con él era de sumisión total a sus preferencias, entre las cuales la más importante era esperar durante horas sentado en un banco del pasillo, ante las puertas de su despacho, la llegada imprevisible, y muchas veces improbable, del prócer. En todo caso, vista mi afición a la filosofía de aquellos tiempos, cuando logré estar sentado en el sofá de su despacho y comunicarle mis

intenciones, el catedrático me recomendó que hiciera una tesina a todo trapo y que empezara inmediatamente a elaborar la tesis doctoral. Mi acercamiento a la filosofía griega era, a pesar mis lecturas, bastante incipiente y elemental. Ya he dicho que el tiempo se me consumía en estudiar y que en verano, aunque me podía zambullir en la lectura de la materia, tampoco era que me dedicara exclusivamente a ella. Me gustaba mucho leer toda novela que caía en mis manos, tarea mucho más agradable en muchas ocasiones en esa estación. Por otro lado, mi nivel de dominio del griego no me permitía acceder a los textos originales con soltura y, finalmente, desde el punto de vista intelectual, la filosofía, para ser sinceros, me superaba. En el fondo de mi atracción por esa materia estaba un intento de darle sentido a mi vida. Estaba ante un interés personal, no científico ni académico. Este extremo limitaba mi capacidad de acceso a la filosofía. Todo esto lo supe después. En aquellos momentos, mi objetivo era empezar otra carrera en el seno de la Universidad, esta vez como profesor.

39

Visto lo visto y dado que, en el fondo, mi conocimiento de la filosofía griega era elemental, el catedrático decidió tomar la iniciativa y me dio tema de tesina. Así, me vi envuelto en el estudio de las fuentes aristotélicas de uno de los tratados de las *Enéadas* de Plotino denominado, si no recuerdo mal, *Περὶ εὐδαιμονίας* (*Sobre la felicidad*). Me acompañó aquel día a la biblioteca del Departamento, me buscó el libro y fotocopió el tratado. Se me dieron las primeras instrucciones. Había que leer el texto y entenderlo. Luego, debía ir a verlo y ya me daría ulteriores indicaciones, pero me adelantó que en el horizonte estaban aguardándome las *Éticas* de Aristóteles. Armado con el material, me fui a mi casa y empecé la tarea de traducir (ya se sabe: papel, bolígrafo y diccionario, con la traducción francesa de la edición que usaba de ayuda, ahora sí permitida). Pronto comenzaron a cernerse sobre mí unos nubarrones de color muy oscuro. Internado en la labor de traducir el texto de Plotino, aquello me parecía incomprensible. Con el tiempo,

supe que mi situación era normal. Para entender un texto filosófico, hay que conocer la tradición, los precedentes, estar familiarizados con el lenguaje filosófico, con los modos de razonamiento, con el contexto cultural y con mil y una características más de las que yo carecía por completo. Al mismo tiempo, hizo su aparición lo que posteriormente entendí era una profunda depresión. En aquel instante, lo único que sabía era que la perspectiva de pasar el primer verano de mi vida sin la amenaza de otro curso, metido en un berenjenal todavía más frondoso que los que había afrontado en mi vida de estudiante me resultaba imposible de concebir. Necesitaba esa libertad que daba no sentirse cohibido por expedientes, ni por prestigios, ni por estudios intensivos. Los días empezaron a pasar durante aquel verano en los que lo único que sabía era que estaba permanentemente cansado. Cuando intentaba salir con los amigos, me debía volver a casa porque mi cuerpo no me respondía. Me pasaba los días acostado mirando al techo, con un vacío hiriente y con el malestar de quien piensa que está perdiendo el tiempo. Las veces que me ponía ante el texto de Plotino, me sentía

incapaz de avanzar una línea, no sólo porque aquello me superaba, sino también porque mi cerebro no procesaba información alguna procedente del exterior. Era evidente, aunque en ese momento lo ignoraba, que sufría la típica depresión de quien ha terminado lo que había sido un modo de vivir con objetivos claros, llenos de ansiedad y angustia, pero claros. Ahora se abría ante mí un camino que me veía totalmente incapaz de seguir y una vida que había cambiado radicalmente. Mi situación anímica no estaba provocada sólo por la barrera insalvable de esa tesina que debía cumplimentar a la velocidad del rayo, sino incluso porque el mundo que se abría ante mí era diferente del que había constituido mi vida desde los tres años en que mis padres me llevaron por vez primera a un colegio. Ignoro cuánto tiempo me costó tomar la decisión, pero la tomé. Decidí abandonar la carrera universitaria, pedir la cancelación de la prórroga del servicio militar y prepararme durante ese tiempo las oposiciones a Instituto. Tuve el mal gesto de no comunicarle nada al catedrático e hice mutis por el foro. Así que el verano estaría dedicado a no hacer nada. La depresión se me fue quitando, aunque las secuelas

se extendieron algún tiempo durante aquel verano. En última instancia no fue sino la primera que me golpeó con fuerza y el antecedente de otras que hicieron su aparición a otros momentos de mi vida.

40

Yo había estado solicitando prórroga del servicio militar desde los 18 años. Se me concedía automáticamente en razón de los estudios. En aquellos tiempos, existía la opción de la Milicia Universitaria, un escalafón de militares provisionales que tras un curso convertía al civil en sargento o alférez durante el tiempo de servicio. Al mismo tiempo, los meses de mili se cumplían en períodos de vacaciones universitarias. Este segundo camino lo tenía vedado. Además de que me asustaba la responsabilidad de mandar en un ambiente tan ajeno a mi sensibilidad como el militar, desde mis primeros tiempos en el colegio todo lo relacionado con la actividad física me producía pánico. Vivos están en mi memoria los instantes en los que, allá por los años iniciales de primaria en el colegio de los curas, me di cuenta de que en punto a deportes era una nulidad y de que sólo me esperaba en ese ámbito la más acerba de las marginaciones. Una de las alegrías que me llevé cuando empecé primero de carrera fue enterarme de que ese mismo

año las autoridades docentes había eliminado del programa de los estudios universitarios las “tres marías” que martirizaban a los alumnos: la Gimnasia, la Religión y la Política. No tener nada que ver nunca más con potros, plintos, carreras, saltos de altura, fútbol, baloncesto y demás expresiones de la necesidad humana por quemar calorías me sumió en una serena euforia. Pues bien, una de las partes esenciales para acceder a la Milicia Universitaria eran las pruebas físicas. Un argumento unido a otro me hizo optar sin tener que dedicarle ni un segundo de pensamiento por cumplir con mi deber hacia la patria en el más ínfimo de los escalafones. Hoy en día, cuando el servicio militar es un recuerdo lleno de telarañas en la mente de los varones maduros y ancianos, no se tiene conciencia de la desventaja que ese año, o año y medio, de alejamiento del mundo civil provocaba en quienes lo sufrían. Las mujeres, sometidas a una difuminada copia de la mili, denominada Servicio Social, ya por aquellos tiempos capeaban el asunto con fruslerías como hacer punto de cruz (siempre elaborado por madres o abuelas) o acudir unas cuantas tardes a una biblioteca pública. Pero lo

de los varones era cosa seria. En el ámbito concreto que me concernía a mí, ellas tendrían la posibilidad de empezar a trabajar nada más terminar la carrera como interinas y prepararse unas oposiciones en su casa con tranquilidad, mientras que los varones teníamos que estar un tiempo sin ganar un céntimo (las 400 pesetas al mes que nos daban en la Marina no llegaban ni para pipas) y, caso de querer presentarse a oposiciones, estudiar en los huecos que dejaba la actividad militar en un entorno tan escasamente propicio para el estudio como era un cuartel. Añadamos que, caso de aprobarse las oposiciones, ellas siempre contaban con un año más de antigüedad en el cuerpo, una vez aprobada la inclusión del tiempo de interinidad, lo que comportaba ponerse por delante a la hora de los traslados. Había, además, mayores causas de agravios comparativos. Al igual que la mayoría de mis compañeros que habían solicitado prórroga, no se sabe si por maniobras del azar o por castigo, hubimos de servir en la Marina. Mientras que en los ejércitos de Tierra y Aire, el tiempo de mili quedaba en un año, a la marinería nos tocaba pasar año y medio, con el

riesgo añadido de tener un destino en barco, lo que llevaba a estar dando tumbos por esos mares.

41

No sería este el lugar para contar las batallitas del casi abuelo, dado que el asunto sobre el que tratan estas líneas es la experiencia vital de un enamorado del mundo griego. No obstante, pido disculpas al respetable si no puedo evitar contar aquí algunas historias de la mili, poniendo siempre el pretexto de que tienen que ver con el meollo de este escrito. Como dije, me tocó ir a la Marina. Eso significaba seis meses más de servicio que el resto de los conscriptos en los ejércitos de Tierra y Aire. Por otra parte, en Sevilla había cuarteles de éstos, pero la dotación de Marina (responsable de que hubiera un cupo de reclutas para esa arma) estaba reducida a un escaso número de personal en la Comandancia de Marina a cargo del río Guadalquivir. Digo esto porque las posibilidades de hallar esa panacea del recluta que era un “enchufe” que le procurara un buen pasar durante el tiempo de servicio, se convertía en tarea mucho más complicada. Los marineros reclutas que servían en la Comandancia de Sevilla eran la élite del enchufe, los

privilegiados de los privilegiados, una muy selecta minoría. Por el contrario, las dotaciones de los cuarteles de Tierra y Aire estaban repletas de sevillanos con las ventajas de poder ir a dormir a sus casas y tener mucho más a mano el disfrute de los permisos. Mi reemplazo fue el 6º del año 1980. La tramitación de la renuncia a la prórroga fue víctima de la lentitud burocrática y en vez de ir camino del Cuartel de Instrucción de Marinería en San Fernando en septiembre, hube de esperar a noviembre.

42

Ahorro detalles de la experiencia que, al final, resultó más aburrida que traumática, una vez aceptada la situación. Ser un soldado raso o un marinero de segunda goza de la ventaja de que tu obligación no es pensar, ni tomar decisiones, sino obedecer y aguantar las iras de tus superiores, teniendo siempre en mente dominar el fino arte del escaqueo y situar en el calendario el próximo permiso. En todo caso, nada más ingresar en la Armada, mi primera preocupación fue movilizar a mis padres para que me buscaran el ansiado enchufe que me permitiera quedarme lo más cerca de Sevilla. El escenario más catastrófico era ser destinado a un barco. Pronto me hice con el intríngulis de cómo esquivar las asechanzas militares. Lo primero para evitar ser embarcado era huir de los cursos de cabo. Los mandos elegían entre los reclutas aquellos que tenían alguna formación profesional que fuera útil para la Armada, los inscribían en cursos donde encauzaban esa formación en el ámbito de la Marina y salías convertido en

cabo, con un galón verde y unas pesetillas más de sueldo mensual. Pero con la amenaza de que acabarías en un barco, ya que por mor de la organización militar, los cabos iban en masa a ese destino. Mi madre, siempre aficionada a codearse con estratos sociales elevados que disimularan su pertenencia a una clase media modesta, conoció en sus correrías sociales a la esposa del entonces Comandante de Marina de Sevilla. Miel sobre hojuelas, pues. Así que, angustiado la llamaba continuamente para decirle que hablara con la señora del comandante. Sabía que acabar destinado en Sevilla era utópico, pero al menos había que evitar ser convocado al curso de cabo y, posteriormente, ser destinado a un barco. Y así fue. A lo largo del período de instrucción, un licenciado en Filología como yo nunca fue seleccionado. Mi destino obvio era ser “cabo escribiente” y terminar en una oficina. Pero me libré gracias a la intercesión del Comandante de Marina de Sevilla. Una vez logrado este objetivo, el siguiente era ser destinado a tierra, en San Fernando, obviamente. Porque también era posible ser destinado a una dependencia en tierra, pero terminar en Ferrol o en Cartagena. Y, de nuevo, la señora del

Comandante de Marina cumplió su misión y fui destinado al Arsenal de La Carraca, en el mismo San Fernando. La felicidad pronto quedó congelada porque me enteré de que ese arsenal era el lugar donde solían ir a parar aquellos reclutas que nadie quería, fundamentalmente, delincuentes.

43

Coincidió mi destino en La Carraca con los días de Navidad de 1980. Después de un breve permiso tras la jura de bandera, me incorporé a la que iba a ser mi morada durante dieciséis meses. Afortunadamente, el hecho de que la mitad o más de la dotación estuviera de permiso y que el estado de ánimo de los presentes no permitiera muchas fiestas, me libró de las tradicionales novatadas y de los abusos propios que se cometen en un ambiente tan represivo y al tiempo machista como eran los viejos cuarteles de reclutas. Los primeros días transcurrieron con cierta normalidad, aunque con mi ánimo por los suelos, hasta que me avisaron de que me presentase en la oficina de los prácticos del puerto. Mi alma se reconfortó levemente cuando, al aproximarme al arco de acceso al muelle, pude leer en un escudo situado en la parte más alta del dintel una leyenda que me resultó familiar: *Tu regere imperio fluctus Hispane memento*. Reconocí inmediatamente un verso de la *Eneida* (VI.856) transformado para la ocasión. El original reza; *Tu regere*

imperio populos, Romane, memento. Así, de “Recuerda, romano, gobernar los pueblos con tu imperio” pasamos por mor de ese espíritu ilustrado que reinaba en la Real Armada dieciochesca, época de construcción del Arsenal de La Carraca, a “Recuerda, español, gobernar los mares con tu imperio.” Allí me esperaba un teniente de navío (equivalente a capitán), jefe de aquella oficina que, al ver mi ficha, me reclamó. Mi enchufe, una vez depositado en La Carraca y cumplida su misión, me había dejado a mi suerte. Acabé en la dotación del muelle, alojado en un lugar llamado “cuartillo”, inmundo agujero sin ventilación donde nos hacinábamos una buena cantidad de personas, con un único baño para todos al estilo de los que supongo eran frecuentes en los años treinta y cuarenta. Por supuesto, el único licenciado era yo y una parte de los marineros era analfabeta. Había mecánicos, panaderos, pescadores, delincuentes y demás fauna variada, procedentes de los cuatro puntos cardinales de España. El jefe era una persona compleja. Se creía dotado de una sensibilidad superior, de enorme generosidad, amable y comprensivo, pero la realidad de su temperamento revelaba un ser con arranques

despóticos y caprichosos. Por otro lado, el jefe estaba enormemente frustrado porque, al pertenecer a una escala diferente a los marinos de la Academia Naval de Marín, sus ascensos se demoraban eternamente. De ese modo, permanecía anclado en la graduación que poseía, mientras que sus iguales en edad eran capitanes de fragata o de navío, equivalentes a tenientes coroneles y coroneles. Tenía “protegidos” en Cádiz a los que me enviaba mensualmente con sobres como ayuda económica, pero su actitud frecuentemente tiránica con sus subordinados y sus frecuentes explosiones de ira descontrolada demostraban que esa actitud no era sino una coartada para afirmarse en su consideración de persona excepcionalmente bondadosa. Por otro lado, tenía ínfulas que lo ponían al borde de la normalidad. Creía que le visitaba Santa Teresa o algún otro santo y era experto en parapsicología (eso afirmaba). Pronto me nombró su especie de secretario y cada tarde, después de una ligera siesta, debía acudir a su casa, que estaba dentro del arsenal, supuestamente a ordenar su biblioteca y sus inmensos rimeros de recortes de prensa con artículos y noticias relacionados con los fenómenos paranormales. A

cambio, me libraba de guardias y me daba permiso para ir a mi casa todos los fines de semana. El trato era bueno, habida cuenta de la posición de un simple marinero de segunda en aquellos tiempos.

44

A pesar de la situación privilegiada que había obtenido por azar, comenzaba a angustiarme porque mis planes se veían obstaculizados. Como marinero, no tenía ningún derecho y debía acomodarme sin rechistar a las órdenes de mi jefe, ya fuera en el ámbito militar, ya en el personal. Acudir todas las tardes, después de pasar la mañana trabajando en la oficina, no me dejaba tiempo para estudiar las oposiciones, que eran mi preferencia absoluta. Por otro lado, aquellas tardes se revelaron totalmente infructuosas. En principio, y si no pensamos en las oposiciones, no me importaba dedicarme a la tarea ordenada porque los beneficios eran altos y el trabajo, llevadero; pero es que ni siquiera el jefe me dejó la compensación de hacer un trabajo decente. Al final, me pasaba las tardes sentado frente a él, en el despacho de su casa, oyendo interminables gansadas donde los protagonistas eran los extraterrestres, las almas en pena, las casas embrujadas, los santos que venían a visitarle. Su biblioteca y sus recortes eran un inmenso caos que con

paciencia hubiera podido ser embridado, pero cuya organización, en realidad, le importaba un comino. Los materiales se acumulaban y cada vez que me ponía a la labor, era requerida mi presencia y sometido a terceros grados de tortura intelectual. Llegaba su soberbia al punto de darme lecciones de filosofía griega, una materia que en su mente se convertía en una variedad de la literatura de fantasmas. En un primer momento, mi inexperiencia me empujó a hacer alguna observación, pero su gesto y su respuesta me dio a entender inmediatamente que mi papel allí no era opinar ni hablar, sino sólo oír y asentir. Por lo tanto, obedecí, que es lo único que se espera de un recluta, y en adelante me limité a decir que sí continuamente con mi cabeza y a esbozar una sonrisa respetuosa, repitiendo continuamente, cuando era preciso, “a sus órdenes”. Otra de las ventajas de acudir por las tardes a su casa era la merienda. Habida cuenta del rancho en el arsenal, aquellos bocadillos de chorizo, salchichón o mortadela de la buena, acompañados de refrescos, me sentaban de maravilla. Y el rato de charla con lo que se llamaban “reposteros”, que no eran sino el servicio doméstico de la casa integrado por

marineros enchufados como yo (un mes de permiso en casa y un mes de servicio con el jefe y señora) me resultaba muy agradable. El matrimonio no tenía hijos y convivía con la madre de la mujer y un perro con notoria fama de tonto. La señora era una mujer que tenía también aspiraciones a esposa de alto mando, pero que se había quedado a medio camino. Le gustaba de vez en cuando que la llevara a San Fernando en el coche de su marido, a hacer compras. En esas ocasiones, ella se sentaba detrás y cuando parábamos, yo debía bajarme y abrírle la puerta. Nunca me dio instrucciones, simplemente, me di cuenta de este detalle porque la primera vez que nos paramos ante una tienda, ella se quedó sentada detrás, mirándome fijamente y sin decir nada. Al punto capté la indirecta y salté raudo a abrírle la puerta. Ella salió con una sonrisa de satisfacción. Por supuesto, uno debía cargar con sus paquetes y bolsas.

45

Las anécdotas que podría contar de mi relación con el jefe son abundantes y llenas de sabrosa enjundia, pero me reprimo porque, como dije arriba, no es intención de estas líneas contar las batallitas del abuelo durante su mili. Con todo, no me resisto a dejar constancia aquí de unos de los momentos más cómicos que viví gracias al peculiar carácter de mi jefe. El capellán militar solía visitarle en la oficina por las mañanas. El buen hombre, siempre de sotana y con una insignia en su pecho que aclaraba su rango, era una persona de alta estatura, calmada y llena de educación. Imponía un respeto con su porte que excedía al simple poder de su graduación militar. El citado capellán entró una buena mañana, armado con su pipa y su paso tranquilo en el despacho del jefe. Transcurrió allí un buen rato, más de lo habitual. Al cabo, salió con su amabilidad de siempre, nos pusimos de pie, le dijimos el “a sus órdenes, don Fulano” (no recuerdo su nombre), nos saludó con deferencia y se fue. No pasaron unos segundos cuando fue requerida mi

presencia por el medio habitual. Un grito estentóreo que asolaba en recinto. El jefe me ordenó cerrar la puerta. Se creía un católico cabal y cumplidor. Por eso, que el capellán del Arsenal le hubiera dicho que sus opiniones sobre el cristianismo eran heréticas lo llevó a un punto cercano al paroxismo que hubo de reprimir ante el capellán porque, además, era un superior jerárquico. Para desahogarse me tuvo de pie durante un larguísimo rato rebatiendo los argumentos del cura, gritando, con un enfado monumental y bebiendo compulsivamente taza tras taza de café. Cuando me pedía mi asentimiento ante sus posiciones radicalmente ortodoxas a su juicio, yo, como buen marinero de segunda, le daba inmediatamente la razón. Esa tarea resultaba tremendamente cómoda porque no se me pedía que reforzara sus peregrinos argumentos, sino sólo que le dijera continuamente que sí. Cuando se hubo desahogado, me dijo que me fuera y, a continuación, salió de la oficina y no volvió durante el resto de la mañana. El episodio le afectó profundamente porque salió a relucir en varias ocasiones a lo largo del tiempo que estuve a sus órdenes, ya fuera en su casa, ya en la oficina.

46

Como el tiempo pasaba y tenía que estudiar, me puse a cavilar cómo darle a entender a mi jefe que necesitaba las tardes, por lo menos hasta que me examinara. Era consciente de la insignificancia de un marinero, de la carencia absoluta de derechos y no me atrevía a plantear mis demandas directamente. Quizá no hubiera sido mal procedimiento, pero, imbuido en el ambiente militar, pensé que un mando sólo atiende a las palabras de otro mando. Recordé que mi padre conocía a un coronel de infantería en la Capitanía General de Sevilla. Cuando empecé a mover el asunto de la renuncia a la prórroga fuimos a visitarle. Era un hombre de aspecto bonachón y regordete, típico representante del viejo ejército español, antes de la profesionalización, que se quejaba de que, al haberle cambiado la uniformidad y sustituir la gorra de plato por la boina, parecía una seta. El Comandante de Marina de Sevilla había agotado ya su munición y se requería otro mando de las Fuerzas Armadas. Sólo se contaba con el

coronel. Así que hablé con mi padre y al cabo de unas semanas, el jefe me llamó a su despacho en la oficina del muelle, me ordenó que cerrara la puerta y me mostró una cartulina con el membrete de la Capitanía General de Sevilla. Era una nota manuscrita, enormemente respetuosa donde el coronel se presentaba, le aclaraba su relación con mi familia y le pedía por favor que me dejara las tardes para estudiar. La reacción fue bastante buena. Yo no las tenía todas conmigo porque podía salir por donde menos se le esperara. Pero hubo suerte. Me dijo que tenía las tardes libres hasta que me examinara y que luego, estaría a disposición suya. Conteniendo mi alegría, en respetuosa posición de firmes, le agradecí su generosidad y le prometí que me pondría a su servicio en cuerpo y alma una vez cumplidos mis planes. Así pues, a partir de ese instante, una vez terminada mi jornada laboral, una vez almorzado y descansado en una breve siesta (costumbre a la que me hice adicto durante la mili y que desde entonces no me ha abandonado), volvía a la oficina, cuyas llaves yo controlaba sin problemas, me encerraba y me ponía a estudiar mis oposiciones.

47

Tenía por delante seis meses. Estaba convencido de que las oposiciones no eran un obstáculo insalvable y de que la tarea consistía, en última instancia, en refrescar todo lo aprendido en los cinco años de carrera. En aquella época, no había oposiciones a agregaduría en griego, así que hube de ir directamente por cátedras. Se trataba de asimilar un temario con 128 temas teóricos donde entraba todo: Fonética, Morfología, Sintaxis, Literatura, Métrica, Historia y algo más que no recuerdo. Las oposiciones consistían en tres pruebas. La primera era práctica. Había que traducir varios textos y me parece recordar que había también que comentarlos desde diferentes puntos de vista. Uno de ellos era de Homero y se permitía diccionario. Otros dos eran de prosa y no se permitía el diccionario. La segunda prueba era la teórica donde se sacaban por sorteo dos temas del temario y había que desarrollarlos por escrito. La tercera era llamada “la encerrona”. Se extraían por sorteo tres temas, el opositor elegía uno y, armado con todo el material

bibliográfico que tuviera, se metía en un aula durante tres horas a prepararlo. Una vez agotado el plazo, se exponía oralmente ante el tribunal durante una hora. Me armé pues, de una buena colección de fotocopias de textos bilingües y de todos los apuntes acumulados durante la carrera. Hube de hacerme con algunos temas que no habíamos dado en la Facultad, pero como estaba en contacto con mis compañeros, la tarea no presentó dificultades. De este modo pasé aquel tiempo. Recuerdo que una tarde, mientras estaba en la oficina estudiando, entró uno de los prácticos del puerto, un retaco mal encarado, igualmente frustrado, de una mala leche considerable, que se creía el más guapo y el más listo del mundo, Repetidamente suspendía las asignaturas que le quedaban de una carrera ignota, aunque relacionada con sus esperanzas de ascenso, hecho que siempre achacaba a la ignorancia de los profesores. Entró, decía, a la oficina y al verme, me preguntó qué estaba haciendo. Le respondí que estaba estudiando oposiciones. Consciente, como era, de que dedicarse a la Filología Clásica era considerada cosa de personas alejadas del sano juicio en el mundo exterior a los pasillos de una Facultad,

me reservé los detalles. Pero el hombre insistió en preguntar. No tuve más remedio que aclarar los extremos. Con cara de desprecio, mientras entraba en su despacho me dijo: “¡Pero bueno! ¿Todavía se estudian esas mariconadas?”. De pie, en posición de firmes, sonreí tímidamente y di la callada por respuesta.

48

Conforme a lo planeado, aproveché el mes de permiso de verano para presentarme a las oposiciones. Mientras iba a Madrid, tenía mi conciencia tranquila porque había aprovechado el tiempo y había llegado al máximo de mis capacidades. La incertidumbre, sin embargo, era la sensación predominante. Aunque las perspectivas eran halagüeñas, conocía la imposibilidad de tener todos los aspectos bajo control, algo a lo que no estaba acostumbrado, porque durante la carrera no descansaba hasta que no tenía memorizada la última coma del temario o repasadas mil veces mis abultadas notas con instrucciones para la traducción. Esto era diferente. Mi estrategia en el apartado del temario era que debía saber algo de cada uno del centenar largo de temas, de modo que nunca dejara en blanco el papel. Fue la parte más penosa porque recuerdo que junto a apartados vistos y revistos en la carrera, había asuntos tan peregrinos como un tema sobre la marina ateniense en el siglo V a.C. En cuanto a los textos, el

diccionario salvaba totalmente a Homero, y los textos para traducir sin diccionario era *vox populi* que el tribunal siempre escogía prosas de Lisias o fragmentos de Tucídides con partes de discursos incluidas, pero sin malas intenciones. Eso quería decir que salvo contratiempos de última hora, las traducciones eran salvables, así como los comentarios. En cuanto a “la encerrona”, una vez estudiados los temas, exponerlos ampliados oralmente exigía más tranquilidad y control de las apariencias que dominio del asunto que se trataba. La suerte nos sonreía, además, porque el presidente del tribunal era el Catedrático de Griego de la Facultad de Sevilla, mi supuesto mentor. Ello se traducía en que los de Sevilla teníamos ventaja siempre que diéramos la talla y lo dejáramos en buen lugar. De hecho, hubo quien suspendió de los compañeros de mi clase, pero los que aprobamos, quedamos en buenos puestos. Al igual que me pasó con la mili, mis recuerdos de aquellos días en Madrid no son traumáticos. Sólo tengo la memoria de una noche espantosa el día antes de sufrir la encerrona. Se ve que me derrumbé, angustiado y temeroso, cuando estaba ya a punto de conseguir mi objetivo. Con

todo, a la hora de la verdad di la talla en esa prueba última y, posteriormente, supe que el tribunal opinó que mi exposición fue la mejor de todas. Contribuyó a ese estado de ánimo sereno la compañía de mis colegas de promoción. Nos presentamos unos cuantos de la clase. Fuimos juntos en coche a Madrid, nos alojamos en el mismo Colegio Mayor y nos ayudamos unos a otros en aquellos pasillos de la Facultad de Filología de la Complutense. Nunca me sentí solo ni abandonado, sino parte de un grupo que funcionaba como una piña.

49

Se daba por sentado que la deferencia de los tribunales hacia los opositores procuraba una limpieza exhaustiva en la primera prueba y que quienes la superaban sólo tenían que dar la talla en las otras dos pruebas. Y así fue. Los números bailan en mi cerebro, pero creo que nos presentamos sobre unos noventa y que las plazas a concurso eran unas cuarenta. La proporción es increíble para lo que se da hoy en día. A pesar de eso, se esperaba que el tribunal dejara vacantes la mitad de las plazas porque querían reservarlas para años sucesivos. Creo recordar que aprobamos una veintena, todos los cuales pasamos el primer examen y los sucesivos. Como estaba previsto, cayó Homero, Lisias y Tucídides. Algo dice mi memoria de un comentario métrico de un coro, pero no pongo en pie en qué momento apareció ese texto ni a qué autor correspondía. Como anécdota, contaré que en el texto de Lisias apareció un término que nunca se me olvidó: *γλάμων*, cuyo significado todo el mundo ignoraba. Era un

insulto dirigido al objeto de sus dardos oratorios. La palabra significa “legañoso”. El ritual exigía que al día siguiente de realizar la prueba por escrito, los opositores leyeran públicamente su examen ante el tribunal y los asistentes. Previamente, las hojas habían sido metidas en sobres y el opositor lo cerraba y firmaba en la solapa. Creo que fue la única vez en que asistí a la lectura de los exámenes. Tras aquella experiencia no volví a hacerlo, pero ante el asombro de los presentes más de uno supo el significado de la palabreja en la lectura, mientras que la mayoría, incluido yo, cuando llegaba el fragmento reconocía que ignoraba su significado y que había dejado el espacio en blanco. El recurso de los tramposos era inútil porque el tribunal podía consultar el texto del examen; pero ello no impedía el intento de fraude. En la segunda prueba, recuerdo que los temas que salieron por sorteo fueron “La sigma” y “Lisias”. Nos salvamos de disertar sobre la flota ateniense del siglo V a.C., el fantasma que nos amenazaba. El tema de fonética dio pie a un siniestro personaje, típico entre los opositores, que, presumiendo de que había sido interino en la Universidad de Salamanca y había enseñado

Fonética Griega, iba por los pasillos preguntando a los demás si habían dejado constancia en el examen de tal o cual detalle del susodicho fonema. Táctica de desaliento del enemigo que pronto fue contrarrestada por nuestro grupo, que le aplicó el mote de “El sigmático” y al que recibíamos con cierto disimulado cachondeo cada vez que se nos acercaba con su sutil método de combate. Mis recuerdos sobre el sujeto me dicen que aprobó las oposiciones en uno de los últimos lugares. Finalmente, la “encerrona” me resultó tremendamente favorable. De los tres temas que salieron por sorteo, elegí “La lírica griega arcaica”. Era uno de los temas que mejor había preparado y que llevaba suficientemente asimilado porque la literatura griega me gustaba bastante. Sólo tuve que ampliarlo y exponerlo de la mejor manera posible. De ese modo, aprobé las oposiciones. A los 21 años me veía siendo Catedrático de Bachillerato de griego y funcionario, es decir, mi vida estaba resuelta para siempre desde el punto de vista laboral y profesional.

50

Ya desde el principio se veía las ventajas que tenía ser Catedrático de Bachillerato desde el punto de vista laboral. Nosotros no teníamos que pasar unos años en expectativa de destino, como les pasaba a los agregados, sino que directamente tras aprobar la oposición, elegíamos por orden de calificaciones una plaza entre las que ofrecía el Ministerio e íbamos destinados allí con destino definitivo. Las opciones estaban repartidas por toda España, una de las benditas ventajas de tener un estado unitario y no despedazado como el que sufrimos actualmente. Tentado por mi añoranza de las tierras del norte y por un deseo de alejarme de mi mundo habitual estuve considerando la opción de irme a Vigo, al Instituto Santa Irene. Pero, finalmente, pudo más mi cobardía y elegí el Instituto "Al-Ándalus" de Arahal, un pueblo a 45 kilómetros de Sevilla, lo que me permitía ir y venir a diario. Habida cuenta del destrozo que los nacionalistas hacen del mundo educativo cuando toman auge, creo que fue, al final, una buena

elección. Sé de algunos que marcharon a Galicia con los mismos pájaros que yo en la cabeza y que se han tenido que volver porque el ambiente en los centros educativos es irrespirable para quienes no comulgan con la nueva fe nacionalista. Los que aprobamos celebramos el éxito con una cena en un restaurante de la Plaza Mayor, la Cueva de Luis Candelas, creo que era el nombre. Una vez cumplida mi misión, ya sólo me quedaba pasar el resto de la mili de la mejor manera posible, volviendo al redil de mi jefe cada tarde, llevándole la quiniela a San Fernando cada viernes, paseando a su señora, emborronando papeles en la oficina, llevando mensajes de aquí para allá, saludando a todo superior militarmente y diciendo sin parar “A sus órdenes, don Fulanito”, emborrachándome con los compañeros cada vez que se terciaba, saliendo poco fuera del arsenal para no gastar dinero y pasando los fines de semana en mi casa.

51

Mi experiencia del servicio militar no me dejó ninguna impronta de amargura ni malestar. La impresión general fue la de tiempo perdido inútilmente. Los días pasaban a la espera del siguiente fin de semana, cuando gracias a mis privilegios, podía coger el tren y largarme a mi casa. El ambiente no me fue tan hostil como podía preverse. Era cierto que estaba rodeado de gente que fuera del cuartel era poco recomendable en un gran porcentaje. No era extraño que al regreso de Sevilla, el domingo por la tarde, algunos de los compañeros del “cuartillo” comentaran entre densas humaredas de marihuana, que acababan por colocarme incluso a mí, los atracos que habían cometido o las viejas a las que les habían robado el bolso. Semejante compañía hubiera aterrado a otros. Uno no es valiente, ni mucho menos, pero si una cosa aprendí de la mili es mi capacidad de adaptarme a las situaciones externas que me vienen dadas al margen de mi voluntad. Ello, la noción clara de que dentro de aquel cuartel mi misión fundamental era

evitar los líos y mi posición ventajosa en la oficina me proporcionó un cierto *status* dentro de los marineros que me permitió pasar todo el tiempo de mili sin tener ni un altercado y sin sufrir ni una agresión por parte de ninguna de aquellas joyas. Los marineros acudían a mí para consultarme el momento más adecuado, atendiendo al estado del humor de los jefes, para pedir un permiso, o les ayudaba con sus necesidades burocráticas. En otras ocasiones, cuando un suboficial u oficial me daba una lista manuscrita de marineros a los que arrestar y que yo debía pasar a máquina, eliminaba a quienes necesitaban estar limpios para poder ir a casa con permiso. No era tarea arriesgada porque para los mandos, la marinería estaba compuesta de seres dotados de tanta personalidad como la mesa en la que ponían los pies mientras tomaban su copita de coñac. Así me fui ganando favores que me permitieron una mili cómoda. Allí comencé a beber alcohol, además de adoptar la costumbre de la siesta, como he avanzado. No fumé porque nunca me atrajo ese vicio ni tampoco me di a las drogas. Pasé buenos momentos de borrachera con los compañeros, escondidos en la remota caseta de los

electricistas, entre los productos de la tierra que las madres enviaban a sus hijos, es decir, buenos quesos, embutidos, licores y vinos de Galicia, Asturias, Cantabria, el País Vasco y demás rincones del litoral español. Y no recuerdo ningún instante de dolor ni de sufrimiento.

52

Todo lo expresado o no borra el hecho de que hubiera quienes experimentaran el servicio militar de forma traumática y alguna que otra vez se sabía de alguien que se había suicidado. Pero creo que esas personas lo hubieran hecho igualmente en la vida civil, más tarde o más temprano. De todos modos, aquella organización era absurda a la altura de los tiempos que corrían. Dudo mucho que hubiera podido cumplir su misión en caso de necesidad. Los suboficiales, en su mayoría (porque había algunas raras excepciones), eran pobres diablos dados en buen número al alcohol, que estaban donde estaban porque no tuvieron otra opción. Sus valores patrióticos eran un pastiche cuyos chafarrinones se veían a la legua. Los oficiales y jefes se creían de una especie superior, pero en la mayoría de ellos esa cualidad se manifestaba con una actitud despótica. Supongo que el mundo militar de entonces propiciaba ese tipo de actitud. Los civiles estamos obligados a guardar unas ciertas normas de convivencia;

pero cuando sabes que tienes a tu disposición una gente que debe siempre acatar tus palabras y agachar la cabeza ante tus veleidades, es muy difícil que alguien consiga un control de sí mismo lo suficientemente poderoso como para no abusar, o respetar a la otra persona como lo haría en una calle cualquiera y en el ámbito civil. Muchos hacían gala de esa contradicción que siempre me dolió entre quienes hacen del amor a su patria oficio, pero que consideran el robo a esa misma patria algo dentro de lo normal. En consecuencia, la operatividad de los barcos y las instalaciones era pésima y su función parecía consistir en abastecer de whisky y tabaco libres de impuestos, y de gas-oil gratuito a la oficialidad más que en defender la nación. El último día de estancia en La Carraca, un subteniente buzo que había sido uno de mis jefes en la oficina, hombre íntegro, militar auténtico, frustrado por estar haciendo labores burocráticas cuando lo que él amaba era la acción, me llevó a un rincón y me ofreció como una disculpa general ante lo que había vivido durante esos dieciocho meses. Me dijo que no creyera que todos los profesionales de la Armada eran como el personal que había visto allí,

que había gente seria y dedicada a su labor con honradez, que había quien cumplía con su tarea y que creía realmente en los valores militares. Yo apreciaba a ese hombre, ya en los umbrales de la madurez, de complexión fuerte, de pelo blanco, vasco y de una pieza. Lo había visto sufrir calladamente ante las chapuzas y las arbitrariedades que veía. En ese momento me permití ser sincero con uno de aquellos militares y le expresé mi aprecio. Y así acabó todo. Un buen día me vi licenciado de la mili, libre de obligaciones patrióticas y con un nuevo camino ante mí. Era funcionario (¡el sueño de todo español cabal!) y Catedrático de Bachillerato, aunque en prácticas.

53

La época que me tocó vivir cuando ingresé en el funcionariado y en la instrucción pública fue tan apasionante como curiosa. Experimenté el ocaso de un sistema que consideraba prestigioso el Bachillerato y de una sociedad que a sus profesores los estimaba como un cuerpo preparado para la tarea que se les encomendaba. A eso se añadía un resto fósil más. Los profesores de Griego y Latín disfrutábamos de una posición que no tenían otros compañeros. Había Geografía e Historia, juntando dos disciplinas que, si bien la primera actúa como auxiliar de la segunda en ciertos momentos, no tienen nada que ver. O Física y Química, tan dispares. Bajo el epígrafe de Ciencias Naturales se agrupaban saberes tan diferentes como la Geología y la Biología. Todos ellos convergían de diferentes carreras en una sola oposición y en un solo Seminario (como se llamaban entonces los Departamentos en los Institutos de Bachillerato). Nosotros, habiendo cursado la misma carrera, teníamos dos oposiciones diferentes y dos

Seminarios independientes. Se decía que este estado de cosas provenía de tiempos de la postguerra, cuando el sistema docente estaba muy influido por humanistas y cuando las Clásicas gozaban de prestigio. Las mentes retorcidas por la ideología achacaban esos favores a que ni el Griego ni el Latín amenazaban al régimen del general Franco y que, por tanto, debía fomentarse su enseñanza frente a disciplinas donde un profesorado disidente podía inclinar la docencia hacia terrenos no aceptables por el régimen. Podría ser, no digo que no, pero también sería dado pensar que aquel mundo era distinto y que en aquellos tiempos todavía las Humanidades significaban alta cultura, formación sólida y posibilidades de una modesta, pero prestigiosa, promoción social. No hemos de olvidar que una parte de la élite intelectual del régimen eran humanistas (Tovar, Laín Entralgo, Ridruejo, Pérez de Ayala) que vieron en Franco una posibilidad de salvar la civilización frente a la barbarie y que, quiérase o no, el mundo grecolatino es el fundamento de esa civilización que la barbarie siempre pretendió y pretende destruir. A pesar de que la reforma de Villar Palasí (ese *aggiornamento* a lo

Vaticano II laico) había dado el primer golpe a la antigua concepción de la Enseñanza Media, en aquel Bachillerato demediado todavía pervivían rescoldos del viejo mundo. Como dije, viví los estertores de una situación cuyo derrumbe contemplé poco a poco, a cámara lenta, durante veinte años y a cuyos inicios pude asistir en primera fila desde aquel Instituto de pueblo donde, como si de un microcosmos se tratara, se manifestó el cambio que la sociedad española iba a experimentar desde el momento de la mayoría absoluta del PSOE en las elecciones de 1982.

54

Me licenciaron del servicio militar en abril de 1982. Inmediatamente, fui a la Delegación de Educación a presentar mi alta en el cuerpo. Yo no tenía más experiencia vital que mis estudios y la mili, esferas ambas cerradas y aisladas de la realidad de la vida. Recuerdo que verme a mis 22 años, tímido e inseguro entrando en aquel edificio antiguo en pleno centro de Sevilla me cohibía. Tenía que ver al inspector jefe. Sólo pensar en entrevistarme con ese señor temblaba de pánico. Estaba metido en un traje que venía demasiado ancho para mi saber de la vida y mi estar en ella. Pero no había otra alternativa, así que, tras pasar los filtros burocráticos imprescindibles, me vi sentado en su despacho y ante su mesa. Me recibió formal, pero amablemente. Y me dio a conocer mi situación. En el Instituto “Al-Ándalus” de Arahal había en ese curso sólo 4 horas de griego en el 3º de BUP (para los que no lo saben: Bachillerato Unificado y Polivalente... cosas de final de régimen). Lo estaba impartiendo un profesor agregado de

Latín que completaba su horario con ese grupo. Mi llegada obligaba legalmente a que me cediera esas horas. Intrigado le pregunté al inspector si tan pocas horas de clase iban a justificar mi puesto y mi sueldo. Comprendió el hombre mi extrañeza, pero me dijo que la ley no ponía obstáculos a ese extremo. Yo era catedrático numerario de Bachillerato de la asignatura de Griego (aunque en prácticas) en aquel centro y debía hacerme cargo de aquellas horas. Si no había más, no era mi problema y mis derechos como catedrático impedían que se me recortase el sueldo o se me obligase a completar con otras asignaturas, hecho que, a pesar de todo, hubiera sido imposible dada la altura a la que estaba el curso y a que los horarios llevaban funcionando ya mucho tiempo. Aquella noticia me produjo un estado de ánimo ambivalente. De un lado, ganar aquel nutrido sueldo me producía una comprensible euforia. En mi bolsillo iba a entrar cada mes el doble de lo que mi padre ganaba como administrativo en la delegación de un ministerio con treinta años de antigüedad. Pero embolsarme esa cantidad respetable por trabajar cuatro horas a la semana me dejaba el mal sabor de boca de quien cree que está abusando de los

contribuyentes y de la moral más elemental. El inspector se encogió de hombros y yo (donde manda patrón...) también. Así que me dispuse a presentarme en el centro con mis papeles en regla, mis temores y mis ilusiones. Porque junto al miedo de enfrentarme a una realidad totalmente diferente a la que había informado mi existencia, también sentía la alegría de poder empezar a transmitir a gente de aquellas edades tan influenciables todo el entusiasmo de mi vocación de helenista. Las ideas bullían en mi mente y las ansias evangelizar a los adolescentes también.

55

En aquel tiempo, antes de la aparición de la revolución educativa de los socialistas durante los años ochenta, todavía existía la diferencia en la enseñanza media entre los Institutos de Bachillerato y los de Formación Profesional. El lugar donde aterricé era un microcosmos particular que reproducía, como pude observar pasados los años, en pequeña escala el mundillo de los centros de bachillerato. Mi jubilación llegó antes de que pudiera vivir la profunda transformación que sufrió lo que se llama ahora Educación Secundaria y aquel hábitat que conocí y en el que se desarrolló mi labor durante veinte años ya es historia. El Instituto “Al-Ándalus” de Arahal, provincia de Sevilla, contaba con menos de 400 alumnos. Era un centro pequeño, lo que unido al hecho de que estaba ubicado en un pueblo le confería un ambiente familiar que no volví a encontrar. Los alumnos de aquellos tiempos y de aquel lugar eran sanos y disciplinados. No eran gente adocenada ni pasota y mostraban interés por muchos aspectos más allá de los

programas de las asignaturas. El pueblo tenía sus problemas, pero esos problemas no enrarecían el clima que se vivía entre aquellas paredes. El edificio era moderno, con esa arquitectura canónica en los centros docentes que se extendió por aquella época. Los padres fueron los últimos que veían en el profesor una persona con una misión positiva sobre las vidas de sus hijos, no como ahora, que ven en los “maestros” una réplica contemporánea de los torturadores tópicos de la Inquisición y sin más función que aprobar rápidamente a sus vástagos para tener un titulillo lo más pronto posible. Y si no, leña... En suma, mi primera incursión en un centro de bachillerato tenía lugar en un entorno envidiable en todos los sentidos.

56

Me presenté en aquel Instituto con la idea en la cabeza de mi viejo Instituto “San Isidoro”, donde había estudiado. Pero ahora, la función teatral sería vivida desde el otro lado del escenario. Ya no estaría sentado en un aula como alumno, sino al otro lado, como profesor. Al hecho de trabajar en un centro tan comfortable como aquel, se sumaba que mi horario laboral era de risa. Otra de las características de los estertores de aquel viejo mundo de los centros de bachillerato que viví y que fue liquidado posteriormente, era la existencia de unos derechos que reflejaban una consideración y un respeto ante la ejecutoria de los profesores. Como era catedrático, no tenía obligación de dar asignaturas afines. Este concepto fue durante mucho tiempo un caballo de batalla donde se refugiaban las últimas líneas defensivas de una concepción del bachillerato cuyo fundamento era la exigencia de categoría intelectual en el profesor. Los poderes burocráticos en algún momento que ignoro y que no pienso rastrear,

decidieron que los profesores agregados y los interinos tendrían que completar sus horarios impartiendo materias que el burócrata de turno consideraba afín a la especialidad del profesor. De este modo, según el criterio de los administradores, por ejemplo, un especialista en Historia podía dar Filosofía, Ética, Lengua Española, Francés e Inglés. Que tuviera suficiente formación o no, era un asunto que al burócrata le traía al fresco de la mañana. Lo importante era cuadrar los horarios y ahorrar dinero. Este invento me procuró la asistencia a espectáculos a veces lamentables. Todavía recuerdo a una compañera de Francés estudiando Inglés en los ratos libres y en los recreos porque le habían impuesto esa materia sin tener ni la más remota idea del idioma de Shakespeare. Pues bien, yo, como catedrático, estaba liberado de esa obligación. Este hecho, las dimensiones reducidas del centro y la división que ya he comentado en anteriores capítulos entre dos Seminarios (así se llamaban por aquel entonces), Latín y Griego, tuvieron como consecuencia que mi horario de clases se limitara a ocho horas a la semana. Cuatro horas en un grupo en 3º de B.U.P. y cuatro horas en un grupo en el C.O.U. (Curso de

Orientación Universitaria). La carga docente en aquellos años eran un máximo de veintiuna horas semanales y dieciocho en el caso de los jefes de seminario que eran siempre los catedráticos correspondientes. Nunca oí a nadie criticar mi envidiable posición laboral entre mis compañeros; no sé si por prudencia o porque realmente no les importaba. Pero visto objetivamente, no dejaba de ser un lujo excesivo. En todo caso, tal como ocurrió en aquellos dos meses finales del curso en el que tuve que incorporarme con sólo 4 horas de clase a la semana, y como argumentaban hasta los propios inspectores, la carga horaria docente no era responsabilidad del profesor, sino de la organización administrativa, por tanto, me quedaba con mis 8 horas y nada se podía hacer.

57

Pronto tropecé con la principal contradicción que me acompañó durante toda mi carrera profesional. De un lado, salvo unos momentos a los que me referiré más adelante, mi mentalidad y mi forma de ser me llevaban a considerar fundamental el esfuerzo, la dedicación, el estudio, el respeto a la autoridad, el civismo, el orden; pero, por otro lado, siempre me provocó una repulsión instintiva pensar que un suspenso puesto por mí en un acta y en un boletín de notas perjudicaba la vida de esas criaturas a las que yo daba clase. En mi fuero interno, nunca me sentí legitimado ni me agradaba ser dueño de un poder tan decisivo sobre otros seres humanos. Y reconozco que era una deficiencia en un trabajo como el de profesor. Por supuesto que siempre el suspenso pensado, pero no manifestado, era merecido. Pero me costaba tanto trabajo llevarlo a cabo. La consecuencia es que mis notas siempre fueron escandalosamente benevolentes con los alumnos. Sólo caían en el Hades evaluador quienes no aparecían por clase o

quienes tenían una actitud tan descaradamente pasiva que hacía imposible la ayuda. El ambiente individualista del Instituto y la mentalidad funcionarial de los compañeros impidió el reproche a mi actitud. Sólo una vez alguna compañera, a la que respetaba por su profesionalidad, me acusó en una sesión de evaluación de que mis aprobados no valían nada. Recuerdo que fue la respuesta a una defensa por mi parte de una alumna bastante cortita de rendimiento, pero que, como era habitual, me había contado su vida en mi despacho (la puerta de la estancia siempre abierta, por si las moscas), una vida, como era frecuente, propia de un folletín dickensiano. Esa labor de padre confesor que oye las desgracias de los adolescentes era otra de las consecuencias de mi forma de proceder. En los primeros años de profesión, con un planteamiento ingenuo de las relaciones entre profesor y alumnos, esa contradicción no me resultó dolorosa. Pero conforme iban avanzando los años, la vocación se me iba enfriando por culpa de la edad y de los embates de los cambios administrativos, y esa contradicción empezó a herir mi amor propio. Al final, percibía una brecha insalvable y casi

vergonzante entre una actitud seria, radicalmente exigente conmigo mismo, entre una concepción de la docencia como un ámbito de autoridad y orden, y la blandura en las calificaciones de mis alumnos. Como, salvo el caso narrado, uno en veinte años de trabajo, nadie nunca me hizo el menor comentario sobre mi forma de evaluar, supongo que más de uno en su fuero interno justificaría mi comportamiento por el hecho de que la materia que impartía, tan optativa siempre, requería un trato beneficioso para los alumnos a fin de que muchos eligieran la asignatura y así poder contar con carga docente en mi horario.

58

Mi actitud ante la calificación de los alumnos invalidaba de entrada el empleo del suspenso como principal arma de motivación para los sumisos y de disciplina para los rebeldes. De un modo inconsciente, sin embargo, y de la misma manera que durante el servicio militar sobreviví con holgura al peligroso ambiente del Arsenal de La Carraca, pude salir adelante sin agravios a mi dignidad en las procelosas aguas de un Instituto de Educación Secundaria (el de Bachillerato era otra cosa). Puedo decir con orgullo que nunca eché a ningún alumno de mi aula, que nunca mandé a ningún alumno al Jefe de Estudios, que nunca tuve una discusión con ningún alumno mío y que jamás se me presentó un problema de disciplina dentro de mi clase. Los problemas de disciplina se me presentaban siempre con aquellos alumnos que no eran míos, durante las guardias o durante mi intervención en aquellos remedos de proceso penal en que se convirtieron los expedientes a los alumnos que habían protagonizado actos contra el orden y el respeto

a los profesores o a sus compañeros. Con algún altibajo debido a mis problemas psíquicos, mi fórmula de ser exigente conmigo mismo en mi trabajo, de respetar hasta el extremo a los alumnos, de dejar las cosas claras desde el primer día, de mantener una coherencia hasta el límite y de ser suave en la calificación del trabajo hecho por los jóvenes funcionó siempre. Dentro de mi aula había un buen ambiente. Todo lo que cuento debe entenderse de acuerdo a una concepción de la docencia que ahora, cuando veo las cosas desde fuera, ha cambiado notablemente. En el fondo, lo que hacía era un intento de adaptación de los planteamientos de la instrucción pública que había vivido durante toda mi vida estudiantil a una época muy diferente, que yo, al igual que casi todos mis compañeros, experimentaba como decadente y degradante por no valorar aquello que nosotros sí apreciábamos. Si además pensamos que la materia impartida en mi caso estaba vinculada de forma muy patente a ese viejo mundo desaparecido, la situación de mi labor profesional se volvía aún más incomprensible para los tiempos que corrían.

59

La única vez en mi vida que tuve veleidades progres fue en el período que va desde 1982 a 1984. Venía del servicio militar y del intento de golpe de estado de febrero de 1981 con una mentalidad antimilitarista y, en consecuencia, escorada a la izquierda. Buena parte de España y de Andalucía hervía en esperanza cuando en 1982 ganaron las elecciones el PSOE de Felipe González y el Clan de la Tortilla. La ingenuidad de un pueblo desacostumbrado a la democracia y a ese invento carpetovetónico llamado “Autonomía” propició que se creyera en el poder taumatúrgico de la política. Desgraciadamente, en estos últimos tiempos parece que esa ingenuidad no ha desaparecido y mis compatriotas todavía siguen creyendo que la política en esa versión específica llamada “democracia” es un bálsamo de Fierabrás que todo lo cura, quedando así a merced de cualquier profesional de la política con las consabidas ansias de poder y su falta de escrúpulos para obtenerlo. En todo caso, yo también caí en

la trampa y pensé que la izquierda y la autonomía eran la solución a todos los males colectivos y particulares de la Humanidad. Esa creencia se traslucía también en mi actitud como profesor y en mi manera de enfocar la transmisión del legado de la antigüedad helénica. Mis clases estaban imbuidas de un ambiente cercano a las utopías pedagógicas. Gracias a que el alumnado estaba compuesto por una gente de mente sana y, en muchos casos, inocente, aquello no se desmadró nunca. Empecé a conocer el ambiente secreto de las salas de profesores y la sintaxis particular del gremio docente. Tuve encontronazos con compañeros más clásicos en su concepción de la instrucción pública y aquiescencia con el sector progre. Ese fue otro resultado de mi actitud, tan descarriada, el ser sumado inmediatamente dentro del colectivo afín al PSOE que todavía en aquellos tiempo ejercía profesiones honradas, antes de que el tingladillo de la autonomía andaluza los extrajera a todos del rancio ambiente del aula y los depositara en confortables despachos con pareja nueva, moqueta y secretaria. Fui durante aquellos años, lo reconozco, fiel marioneta de un grupo cuyos objetivos eran

convertir a Andalucía en lo que es actualmente, un reducto socialista donde campan el adocenamiento, el clientelismo, la subvención, la corrupción y el control de la sociedad en todas sus manifestaciones. Con todo, obra en mi haber el hecho de que nunca me afilié ni me sentí comprometido con el proyecto socialista andaluz más allá del seguidismo en la organización del Instituto donde trabajaba.

60

Al cabo de un tiempo cuya duración no recuerdo, comenzaron a salir en la prensa libre los casos de corrupción socialista. Luego, empecé a sufrir las consecuencias de la política socialista en la instrucción pública, una de cuyas más relevantes muestras era el odio hacia el cuerpo de Catedráticos de Bachillerato. Estos acontecimientos y la propia madurez me hicieron regresar a mi posición ideológica de siempre y abandonar las utopías de izquierda y sus tristes consecuencias sociales. Respecto a los catedráticos, desde el primer momento vinieron por nosotros. La primera línea de batalla estaba en el asunto de las asignaturas afines. Cada inicio de curso, la administración socialista intentaba hacernos dar materias ajenas a nuestra especialización. En este sentido, los Catedráticos de Griego éramos los más afectados porque difícilmente se podía completar un horario con nuestra materia en la mayoría de los Institutos. Hasta el curso 2000-2001 (que recuerde) conseguí mantenerme virgen en este

asunto. Pero la lucha era agotadora. La situación resultó todavía más indignante cuando se pudo comprobar que las promesas progres de reducir los cuerpos docentes a uno solo eran una cortina de humo para tapar otras intenciones menos desinteresadas. La animadversión hacia los Catedráticos de Bachillerato no escondía sino el interés de que los afiliados al partido pudieran acceder a tal categoría sin tener que someterse a unas oposiciones muy duras que hoy en día no superaría la casi totalidad de los aspirantes a una plaza de profesor titular de Universidad. Inventaron los cerebros socialistas ese engendro de la “condición de catedrático” dentro del cuerpo único de Profesores de Educación Secundaria, de modo que mediante un concurso de méritos cuya mayor puntuación provenía de un baremo subjetivo otorgaba tal condición a aquellos aspirantes favorecidos por el dedo del compañero del PSOE o de la UGT. No digo que en medio de la vorágine ascendieran a tal condición gente independiente con méritos, pero esas personas no eran más que la coartada inevitable para recubrir de cierta legitimidad la maniobra clientelar. Algo parecido sucedió con el cuerpo de inspectores. Todo este

movimiento se enmarcaba en el proyecto de transformación del sistema educativo mediante la introducción de la malhadada LOGSE, que pretendía acabar con un sistema tachado de franquista e instaurar otro cuyos fundamentos y objetivos no eran crear ciudadanos libres e informados, sino buenos y leales súbditos del PSOE. Tardé, pues, algún tiempo en caerme del guindo y, como sucede en la especie humana, ello sucedió cuando los altos ideales fueron mancillados por el atentado a los intereses particulares. Mucho me había costado llegar a ser Catedrático de Bachillerato para que unos indocumentados estuvieran a mi misma altura profesionalmente. En todo caso, creo que esta degradación no me hubiera resultado tan humillante si no hubiera venido acompañada por la degradación profesional al perder el derecho a no impartir asignaturas afines, a tener que hacer de oficio proselitismo en el aula de la ideología socialista y a tener que bregar con alumnos cuyo perfil no era el que correspondía a mi formación.

61

En el verano de 1982 tuvo lugar el acontecimiento tanto tiempo esperado. Viajé por primera vez a Grecia. Fue sólo una semana en Atenas. Allí me esperaba un amigo que llevaba tiempo en la ciudad y que, a su vez, tenía amistades del lugar que me hicieron de guía. Iba con el cerebro lavado y con unas anteojeras que me impidieron ver la realidad. Todo me pareció fantástico. La ciudad, vibrante; la gente, amistosa, llana, vital; las ruinas, fascinantes; los museos, extraordinarios; la región del Ática, asombrosa; el teatro de Epidauró y la representación a la que fuimos, arrebatadores. Sólo con el paso del tiempo y la madurez pude llegar a captar que la ciudad de Atenas es caótica y fea, cuya contaminación en aquellos días podía mascarse en la boca, por no añadir el calor sofocante que reinaba; los griegos, en su mayoría desorganizados, incívicos, con esa supuesta apertura que no tapa el fracaso colectivo como sociedad moderna, fenómeno similar al de España; las ruinas, decepcionantes por lo que tenían de gloria marchita,

y acosadas por miríadas de turistas; los museos, modestos en comparación con lo que hay disperso por el mundo e igualmente intransitables por el turismo; la región del Ática, copia de la ciudad de Atenas; la representación en Epidauro, a la altura de las circunstancias si no fuera porque el teatro estaba lleno de guiris que aguantaban estoicamente (por ser extranjeros) una obra cuyo texto no entendían. Lo mejor, sin duda, la cocina y la hospitalidad. En suma, mi experiencia fue positiva y disfruté enormemente esa escueta semana. Volví a mi casa con la intención de repetir. Fue la primera de las tres ocasiones que visité el país de mis sueños. La segunda fue el verano del año siguiente durante el cual pateé en compañía del mismo amigo del año anterior buena parte del Peloponeso y del norte de Creta. Durante un mes anduvimos azacaneados con las mochilas al hombro en autobuses, albergues de juventud y un cobertizo donde nos comieron los mosquitos esperando la llegada de un barco que nunca llegó. También disfruté enormemente la experiencia, más aún ya que tuve la oportunidad de sumergirme en el país, apartado de esa macrourbe llamada Atenas y contactar con

la gente de forma directa. Mis opiniones sobre Grecia y los griegos se confirmaron y ese mes queda para mi memoria como un tiempo maravilloso. La juventud tiene esas cosas. La tercera ocasión fue ya en el año 1990 en el que estuve durante un mes en Atenas, también con ese amigo, esta vez con una ayuda de la Consejería de Educación y con el objetivo de recopilar material para mi tesis en el Centro de Investigaciones Bizantinas. El proyecto estaba pensado que me ocupara tres meses, pero al primero ya estaba cumplida mi misión, así que volví y renuncié a los otros dos meses de licencia. Como ya había sustituto contratado, me permitieron gozar de esos dos meses en mi casa. Con todo, ese comportamiento fue la causa, creo, de que ya nunca más me volvieran a conceder una licencia con ayuda económica, mientras que a otros conocidos se las renovaron varios años sucesivos. Lo mejor de esta tercera ocasión fue vivir Atenas en el mes de noviembre. Mi natural melancólico apreció ese camino diario entre la lluvia, la humedad y las hojas muertas que me llevaba del modesto hotel donde estábamos hospedados casi a los pies de la

Acrópolis hasta el Centro de Investigaciones Bizantinas a través del Jardín Nacional.

62

En Arahall ejercí siete años. Durante ese tiempo utilicé el método Ruipérez con el que Esperanza Albarrán había implantado en el alma de sucesivas generaciones de adolescentes el amor por la antigua Grecia. En esto debo reconocer que me ajusté a lo que suelen decir los pedagogos. Es hasta cierto punto frecuente que el profesor reproduzca los procedimientos de enseñanza con los que aprendió en su momento. Este hecho no obsta para que también normalmente, los profesores vocacionales sientan como un deber, al tiempo que un placer, el estar al día de los avances en su materia y reflexionar sobre su actividad para mejorarla, algo que realizan sin que hayan tenido necesidad descubrirla después de tragarse los tochos infumables de la nueva pedagogía. Y afirmo esto con conocimiento de causa porque al hilo de la reforma educativa, durante un tiempo me impuse como deber de probo funcionario leer los números de la *Revista de pedagogía* que llegaban al Instituto, folleto que me pareció

un simple espectáculo de obviedades, cuando no el programa político de la izquierda. Por otra parte, el sintagma “en su materia” es el reducto en el que detengo la perspicacia de los pedagogos, ya que éstos se quedan antes, y afirman que lo importante no es la materia, sino la enseñanza en abstracto. Procuraba estar al corriente de lo que se hacía de nuevo en el campo de la docencia del griego. Acudía a cuantos congresos profesionales se convocaban. Fue aquella una época dorada. La Delegación y los inspectores no ponían obstáculos a los permisos, la formación dependía de los Departamentos universitarios, que, si bien sometidos ya a la endogamia y a la corrupción, todavía atesoraban antiguos maestros, y, en todo caso, siempre eran infinitamente mejores en ese terreno que los posteriormente creados Centros de Profesores. Éstos no han sido más que lugares de colocación de los desertores de la tiza (como muy bien los calificó cierto colega cuyo nombre no recuerdo), cuyo principal mérito era estar en posesión del carnet del PSOE o de la UGT. Tampoco se había inventado ese complemento llamado “sexenio” cuya principal función era llenar de alumnos las aulas de dichos

centros, los cuales sin ese aliciente me temo que hubieran estado cubiertos de telarañas, dada la triste calidad de los contenidos que allí se impartían y el desprecio hacia la capacidad intelectual de los docentes que rezumaban. Para el profano aclararé que el sexenio es una cantidad de dinero que se acumula como complemento cada mes en la nómina del funcionario docente siempre y cuando en un período de seis años haya cumplido con la asistencia a un determinado número de horas en los cursos de los Centros de Profesores. Por supuesto, los cursos de formación realizados fuera de esos centros no contaban para el sexenio, salvo raras excepciones. Igualmente, la concesión de un sexenio aportaba puntos para poder acceder a una plaza por traslado, actividad que constituye una de los objetivos más frecuentes en el colectivo. A la altura de los tiempos en los que escribo estas líneas, recordar aquellos momentos es volver a un clima donde todavía quedaban rescoldos de una concepción, hoy enterrada, del Bachillerato. En el fondo subyacía, creo, un respeto y una consideración a la altura intelectual del profesor de Bachillerato y una confianza en el valor de su trabajo. Todo ello desapareció con la LOGSE,

fundamentada en una mentalidad que veía en el Bachillerato y en sus profesores una rémora del clasismo decimonónico y una variante de la opresión de la burguesía más infecta sobre las desgraciadas clases populares. Y, como suele ser habitual en la izquierda, dado que sus enemigos no son los pobres (en el sentido de que es preciso eliminarlos facilitándoles los medios para que accedan a la clase media o alta), sino los ricos, en este caso el modo de resolver el problema era hundir a todo el mundo en la indigencia intelectual.

63

Tras siete años en el Instituto “Al-Ándalus” de Arahal, conseguí el traslado a un nuevo centro en Sevilla capital. Estaba ya cansado de ir y venir cada día en coche, viajando durante cuarenta y cinco kilómetros por una carretera bastante mala. Poco pude aprovechar la autovía A-92, cuya construcción tuve que sufrir junto con mis compañeros. Al poco de ser inaugurada, pasé a trabajar en la capital. Mi destino fue un centro que funcionaba por la tarde como desdoble del “Luis Cernuda”. Por no tener, no tenía ni nombre. Era, sencillamente, “El 20”. Estaba situado en un barrio de clase media baja que fue deteriorándose a lo largo del tiempo que pasé allí. El alumnado estaba más resabiado que en el pueblo, pero todavía conservaba un cierto sentido del orden y se respetaba más que hoy la figura del profesor. Como era habitual en mí, nunca tuve problemas de ningún tipo con mis alumnos y las situaciones conflictivas que hube de padecer provenían de alumnos a quienes no daba clase. Cansado del método Ruipérez, comencé a indagar

otras vías. El principal problema del método era el mismo que pude comprobar en todos de cuantos me serví a lo largo de mi carrera profesional. El aprendizaje avanzaba con facilidad y el método era ameno, pero cuando se saltaba a los textos originales, aquello naufragaba. Puede ser, en este caso, porque el sistema estaba ideado para el antiguo Bachillerato Superior con dos cursos de griego antes de presentarse a los textos originales, mientras que en el B.U.P. sólo había un año. En aquellos tiempos se puso de modo el método *Reading Greek*. Alabado en los cursos de actualización a los que acudía, lo utilicé durante un período. Corría por los cenáculos de los colegas una versión al español que alguien había elaborado de forma clandestina, aunque conocida por los interesados. En aquellos tiempos, no se era tan cuidadoso con los derechos de autor como hoy en día. El resultado fue el mismo. Mientras se empleaba el método, todo iba como la seda, pero el paso en el C.O.U. a Platón o a Jenofonte, era insalvable. Parecía que se había perdido el curso de 3º de B.U.P., ya que el alumno encontraba algo que estaba escrito en la misma lengua a la que se había acercado el año

anterior, pero cuyo contenido le era muy ajeno. Desengañado, decidí regresar a un sistema tradicional, al estilo de la vieja gramática con ejercicios del clásico Berenguer Amenós. Hubo un curso en que me lié la manta a la cabeza y cometí un desaguisado que hoy en día me hubiera costado bastante caro. Todavía no había una inspección cuya función esencial era perseguir con el reglamento en mano a los profesores díscolos. Había burocracia, pero mucho menos que la actual y era obviada, cuando no despreciada abiertamente, por los compañeros sin que nunca hubiera represalias por parte del mando. Todo esto comenzó a cambiar cuando la presión política exigió que los profesores se plegaran a las consignas y la mejor manera de tenerlos atados y temerosos era ordenarles la compilación de inmensos rimeros de papeles para, en caso de necesidad, represaliarlos por no haber redactado un apartado de una sección, de un capítulo, de una memoria, de una... Como decía, a pesar de que en mi programación (el *currículum* y las zarandajas *curriculares* torturaban entonces sólo a los centros reformados) no dejé constancia de ello, ideé un curso experimental en uno de los dos

grupos que me correspondieron. Fue el menos numeroso, para no hacer demasiado daño. Mientras en el más abultado de alumnos seguía el método tradicional, en el de menos personal, pretendí enseñar griego partiendo del texto original de la *Antígona* de Sófocles, junto con una traducción al lado mediante un sistema de comparación. Al tiempo, el asunto de la tragedia me daba pie para plantear debates en clase sobre la mentalidad en la Atenas del siglo V a.C. frente a la actual. Llevé a compañeros de Inglés, Francés y Lengua Española a clase para que hablaran sobre la influencia de la literatura y cultura griegas en sus correspondientes literaturas. Utilicé en la medida de las posibilidades del momento, películas, diapositivas, recortes de prensa, artículos de revistas y cualquier recurso que se me ocurriera tomado del mundo actual en el que hubiera huellas del mundo griego antiguo. Esta tarea me requería un continuo estado de alerta porque cada clase debía ser preparada con poca antelación. La aparición de un artículo de opinión en un periódico donde se mencionara la Guerra de Troya, o un personaje mitológico, o un personaje histórico de la antigüedad griega me forzaba a replantear la

clase desde cero. Por otro lado, les dije a los alumnos que el aprobado no iba a depender de los resultados en unos exámenes, que no iba a celebrar, sino en su actitud en clase. El resultado del experimento fue nefasto desde el punto de vista del conocimiento del griego. Mi pretensión requería muchos más años y un planteamiento mucho más elaborado que la improvisación en la que se basaba mi clase. Hasta tal punto que, el día final del curso, les recomendé a aquellos alumnos que no eligieran Griego en C.O.U. porque deberían ponerse al nivel del otro grupo. Personalmente, me sentí satisfecho por la creatividad que pude desplegar, por el ambiente agradable de la clase, por la libertad en la que me movía, aunque más de una noche me costó trabajo conciliar el sueño pensado en la barrabasada que estaba cometiendo con aquel grupo y la discriminación que estaban sufriendo los alumnos del grupo sometido al método tradicional.

64

Un episodio chusco que demuestra la orientación que estaba tomando la instrucción pública allá por los años 90 del siglo pasado es la búsqueda de un nombre oficial para aquel centro. Debido a acontecimientos sucedidos antes de mi llegada, “El 20” había sufrido cierta fama entre el público en general. Resultaba que una profesora se había encontrado un comentario obsceno en su silla. En estos tiempos, ese hecho hubiera sido alabado como muestra de la liberación sexual de una juventud todavía aherrojada por los grilletes del franquismo. Por aquel entonces, la reacción fue dar parte a la autoridad. El responsable fue hallado y castigado. Los padres protestaron y la administración, preparando ya la línea dominante en el futuro, les dio la razón y desautorizó a la directiva y al claustro. Este hecho provocó en el gremio un movimiento generalizado de rebelión y manifestaciones. Fue uno de los últimos coletazos de dignidad en un grupo profesional hoy reconvertido a un papel similar al de la *nanny* en una

familia de nuevos ricos resentidos. En suma, eso de ser llamado “El 20” tenía cierta resonancia épica. Pero llegó el momento en que era preciso dotar al centro de un nombre oficial conforme a la costumbre. El órgano de decisión sería, como ya era corriente, el Consejo Escolar. Debatido el asunto en un claustro previo, yo propuse dos nombres: Publio Elio Adriano o Valdés Leal, personajes ambos vinculados a Sevilla y protagonistas de hechos relevantes en el ámbito de la política y del arte. No recuerdo cuál fue la decisión del claustro. Finalmente, los padres en el consejo escolar postularon el nombre de “La Paz”. Corrían los años de la I Guerra del Golfo y la sociedad, azuzada por la izquierda, estaba muy concienciada con la violencia de los EE.UU. y de Occidente, aunque en una actitud típica de los socialistas españoles, enviaron barcos de guerra con tripulaciones de reclutas y a la explosiva cantante de pop Marta Sánchez para calentar sus corazones y otras partes de su maltratado cuerpo. No es marginal decir que el barrio estaba dominado por el P.S.O.E. al igual que la asociación de padres. Como símbolo de que la instrucción pública es un ámbito de manipulación y lavado de cerebro con vistas a

crear futuros ciudadanos-votantes afectos a la ideología dominante, el Instituto pasó a denominarse “La Paz”, en vez de llevar por nombre una referencia a un patrimonio y a una tradición cultural. Alboreaba una época en la que el paraíso terrenal se impondría sobre la una humanidad hasta entonces doliente por culpa de las clases dominantes y de sus valores caducos. O en otras palabras, ser mansos antes que cultos.

65

Con todo, sea por el paso del tiempo y el acrecentar del número de años de vida, sea por las tempestades que se avecinaban con los nuevos planes docentes, mi entusiasmo empezó a decaer y mis clases comenzaron a serme cada vez más difíciles de sobrellevar. A la par que se iba deteriorando el ambiente general debido a la actitud de administración, alumnos y padres, empecé a plantear mis clases con la intención de mantener el orden dentro del aula, apartando el fin del aprendizaje del griego y su cultura a un último lugar. Por ello también, comencé a planear mi escapada. Había varias posibilidades y la más afín a mis intereses era intentar acceder a la Universidad. Fue, por mi parte, una decisión llena de ingenuidad. Sabía lo difícil que era ese camino, pero nunca pensé que fuera una vía de imposible tránsito. A esa conclusión llegué cuando las circunstancias me apartaron definitiva y afortunadamente de la docencia. En aquel primer momento, me embarqué en la elaboración de un currículum

que me permitiera salir de la enseñanza media. Me animó igualmente a iniciar ese camino sin salida el hecho de que a fines de los años 80 me fue concedida una ayuda del Ministerio de Cultura en el apartado de traducción. Todo resultó producto de la casualidad. De algún modo, llegó a mi conocimiento la convocatoria de aquellas ayudas, fui a consultar el texto legal en el B.O.E. y decidí presentarme. A esas alturas de mi proceso intelectual, la filosofía griega había pasado a un segundo plano y mis intereses se había desplazado hacia el mundo bizantino. Poco antes de presentarme a la convocatoria, había adquirido la edición en Les Belles Lettres de *La Alexíada* de Ana Comnena. La única razón de esa compra fue que constaba en el catálogo como la primera obra en la sección de Bizancio. Ignoraba todo de la autora y de su circunstancia. En el fondo yacía la intención de hacerme con la colección completa de autores bizantinos en la mencionada editorial francesa. Nada había en mi horizonte que no fuera la simple curiosidad de empezar a conocer un poco más a fondo la literatura bizantina. Como tenía a mano *La Alexíada*, emprendí la traducción del Proemio y de los primeros capítulos del

Libro I para presentarla a la convocatoria, ya que era requisito ofrecer una muestra de la obra que se deseaba traducir. Lo hice sin la menor perspectiva de obtener ayuda económica alguna. Primero, porque intuía que el mundo bizantino no interesaba a nadie salvo a algunos especialistas y a algunos curiosos. Segundo, porque no ignoraba que en España el acceso a las prebendas oficiales depende de los contactos en los centros burocráticos mucho más que en los méritos de los demandantes. Y tercero, porque carecía de currículum y de posición como para que mis méritos académicos e intelectuales compensaran la carencia de los dos primeros puntos. Sin embargo, contrariamente a lo que me temía, una mañana recibí la notificación de que tenía en correos un telegrama a mi nombre que no había podido ser entregado en mi domicilio por mi ausencia. Cuando pude acudir a recogerlo y comprobé que el Ministerio me había concedido 750.000 pesetas como ayuda para traducir *La Alexíada*, mi incredulidad dio paso a una sensación de alegría indescriptible. Cuando mi empuje en la enseñanza del griego en las clases del Instituto comenzaba a menguar, la

vida me ofrecía ampliar mis aspiraciones con una labor más creativa. Y, además, remunerada.

66

Pasado el tiempo, me enteré de las razones que permitieron la concesión de tan jugoso estipendio a un desconocido sin contactos ni méritos académicos como era yo. Todo pareció deberse a que ese año estaba en el comité que decidía la concesión una de las figuras sobresalientes en el mundo de la Filología Clásica y, cosa extraña, abierta a los nuevos horizontes que en el ámbito de la Filología Griega suponía hacer incursiones en el mundo helénico medieval y moderno. Mi propuesta le supuso, creo, una agradable novedad. Eso junto a unas cuotas que reparten la entrega de la ayuda a determinadas familias de lenguas cada año (aquel año le tocaba a las Clásicas) propició la decisión final. Sin embargo, no todo era miel sobre hojuelas. La tarea de traducir *La Alexíada* se reveló mucho más ardua de lo que podía imaginar mi inexperiencia. En primer lugar, contaba con un año escaso para presentar el trabajo. Para los que ignoran todo sobre la obra, la edición de Les Belles Lettres, bilingüe griego-francés, ocupa tres tomos de

alrededor 600 páginas de media cada uno. A todas luces, un año trabajando por las tardes y en vacaciones era un plazo insuficiente para poder elaborar una obra decente. En segundo lugar, mi práctica de la traducción era puramente escolar. Creía, en mi ignorante soberbia, que era suficiente para crear una traducción que cumpliera con los requisitos de una buena labor. Nunca, desde que empecé con el griego y a pesar de que la tarea fundamental era siempre la traducción, había reflexionado sobre el hecho de traducir. Para mí, ese ejercicio escolar era el único posible y cuando percibí mi error, estaba embarcado en una labor de mucha altura que hubiera requerido a alguien más formado que yo. Mi traducción estaba resultando infumable. No me presentaba ante un examen de la carrera, ni frente a los deberes diarios para exponer en clase, ni siquiera ante las oposiciones. Esto era otra cosa. Había que hacer un trabajo que fuera fiel al contenido del texto original, fiel a su estilo y, al mismo tiempo, elegante en español. Para conseguir este objetivo, como cualquier traductor profesional sabe, es necesario conocer perfectamente tanto la lengua original como la de llegada. Ambas en el estadio diacrónico en que

se hallen. Es fundamental tener amplísimos conocimientos del contexto cultural, político, sociológico, filosófico, cotidiano y religioso del autor. Tengo que reconocer que salvo un cierto dominio de mi propia lengua materna, carecía de todos los demás requisitos en un nivel adecuado. Ya he confesado anteriormente que nunca mi nivel de conocimiento de la lengua griega me permitió afrontar un texto sin ayuda del diccionario y, con mucha frecuencia, el sentido se me escapaba. Por otra parte, el griego que usa Ana Comnena pretende ser fiel a la lengua común (*koiné*) que se extendió por el mundo helenófono tras Alejandro; pero el tiempo no había pasado en vano. Ana Comnena emplea un nivel de lengua que ya no está viva en el mundo que habita. Es, como el latín en la Edad Media y Moderna, una lengua aprendida en los textos y que responde a unos criterios literarios donde la imitación y la retórica son fundamentales. No debemos olvidar, tampoco, que los hechos y la realidad que recoge en su obra están lejos del contexto que tenía el griego que ella pretendía emplear, lo que crea, inevitablemente, la adjudicación de nuevos significados a términos que expresaban otra realidad en su

origen. Podría seguir añadiendo características que dejaban mis conocimientos y práctica del griego aprendido en un grado de inutilidad bastante grande. Por otro lado, mis conocimientos de la realidad bizantina se limitaban a la lectura de libros sobre generalidades de la historia y la cultura de Bizancio.

67

Quizá una cierta honradez profesional hubiera exigido mi renuncia. Pero ese supuesto nunca pasó por mi mente. Hasta bien entrado el año y tras la experiencia acumulada, no fui consciente de lo improbable de que mi traducción cumpliera con los requisitos exigidos para concluir una obra de calidad, pero renunciar al dinero y herir mi amor propio no entraban en mis planes. A esto se añadieron otras complicaciones. El último tomo de la edición del texto que usaba se encontraba agotado y no me lo pudieron servir desde Francia. Una joven bibliotecaria, inusitadamente amable conmigo, con la que entré en contacto en la biblioteca del Departamento de Clásicas en la Complutense de Madrid durante uno de mis viajes a la capital para recabar algo de bibliografía, tuvo la gentileza de fotocopiar-me el libro entero. Supongo que mis lamentos en la carta y mi angustia por no contar con el libro en un plazo de tiempo que me permitiera cumplir con mis compromisos ablandaron su corazón. Mientras, para ganar tiempo tuve

que recurrir a la antigua edición de la Patrología Griega, ampliamente superada por la nueva edición francesa. El resultado fue que los libros de *La Alexíada* que contenía aquel tercer tomo siguen la edición moderna sólo en la medida en que una rápida revisión de última hora me lo permitió. La ayuda a la traducción se pagaba en dos partes. Una cuando se concedía y otra cuando se entregaba el original, siempre que cumpliera con las exigencias de calidad. Sólo puedo imaginar que la tradicional incuria de la burocracia española (también la académica) permitió que me abonaran la segunda parte del dinero. No quiero reconocer con estas palabras más que la traducción fuera una chapuza. Tenía su mérito y poseía un cierto nivel. Pero, cuando pasados los años, pude detenerme en ella, ya con el bagaje de una tesis doctoral donde examiné con detenimiento el fenómeno de la historiografía clásica y de la historiografía bizantina, con especial atención a la obra de Ana Comnena, aprecié mis errores. Lo mejor de mi trabajo, como me reconocieron en el momento de concederme el Premio Nacional de Traducción del año 1990, fue mi español. Ello fue debido a que, poco antes de expirar el

plazo de entrega e insatisfecho con el estilo que presentaba la traducción en español, decidí obviar el texto griego y la fidelidad perruna que mostraba, y releer el texto en español corrigiendo en el mejor estilo que podía lo que había escrito. Aquello quería que sonara a un español normal, no a la jerga mostrenca que siempre tienen las traducciones para la clase o para un examen. Como se puede suponer, esta decisión tuvo como consecuencia el alejamiento en más de una ocasión de la correspondencia con el estilo original de la autora. En suma, incurrí en más de una ocasión en eso que los teóricos de la traducción llaman una “bella infiel”.

68

La historia de mi traducción tuvo largo recorrido. A poco de haber entregado el trabajo, un catedrático del departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla, que era a la sazón secretario de publicaciones, se enteró, no sé cómo, de que tenía hecha la traducción de *La Alexíada*. Me propuso publicarla, a lo que accedí encantado. Pedidos informes de referencia a expertos, uno de ellos se percató de los fallos en la obra y desaconsejó la publicación. El otro fue más positivo y recomendó la edición. El secretario de publicaciones optó por publicarla y ese año, ante mi sorpresa, fue galardonada con el Premio Nacional de Traducción. Posteriormente, y en la línea de la concesión de la ayuda mencionada arriba, me enteré de que había seguido el mismo proceso. Le tocaba ese año el premio a una traducción de una obra en lenguas clásicas y, además, coincidió en el comité de decisión un especialista en Bizantinística y Griego Moderno. Mi contacto con el intramundo universitario me enseñó que lo principal

dentro de él es la lucha por el poder, una especie de *struggle for life* darwinista donde la supervivencia se manifiesta en invitaciones a congresos con todos los gastos pagados y en los mejores hoteles y restaurantes, en la vía libre permanente a toda clase de publicaciones hechas por el individuo dominante, independientemente de su calidad, en el control de los recursos y de los departamentos, en la configuración de una cohorte de subordinados leales y militantes a la hora de tomar partido en el reparto de los mencionados recursos, etc. Como se puede uno figurar, la calidad intelectual de las personas implicadas y de su labor no es requisito básico; a veces, ni siquiera es requisito. Por lo tanto, sospecho que en la concesión del premio influyó, antes que los méritos puramente intelectuales, el hecho de que determinadas figuras del mundillo universitario pudieran realzar su ámbito de trabajo y ganar espacio a través de persona interpuesta y de la cierta notoriedad que confería un galardón de esa talla. En todo caso, la fortuna me sonrió y recibí el galardón *ex æquo* con un equipo de sacerdotes que habían traducido la Biblia al gallego. Me correspondieron 1.250.000 pesetas, creo recordar. También

recibí los parabienes de algunos escasos integrantes del Departamento de Filología Griega y Latina de la Universidad de Sevilla, mi *Alma mater*, y el desprecio envidioso de la mayoría de ellos. Al poco de serme otorgado el premio, recibí una carta manuscrita de uno de los miembros del comité. Se trataba de un prestigiosísimo profesor universitario especialista en filosofía alemana y traductor de enorme fama de textos de autores fundamentales en su especialidad. Esa persona, cuyo nombre me reservo, me felicitaba y me daba importantes datos sobre lo que ocurre en el proceso de elección de premiados. Reconocía que le habían dado mi traducción con escasa antelación al momento del fallo y que, si bien contaba con el original griego, no conocía la lengua. Con todo, me dio a entender que le había convencido la calidad de mi español y me animaba a que continuara en la senda de la traducción. Tras alguna otra consideración sobre el escaso reconocimiento que la labor del traductor tiene en la cultura española, se despedía amablemente de mí. Como colofón humorístico a este relato sobre los avatares que experimenté con el texto de la princesa Ana Comnena,

recuerdo que en un congreso al que fui invitado como ponente (única vez en mi vida), mientras algunos colegas se lamentaban de que la filología griega no permite disfrutar de unos ingresos económicos elevados en comparación con otros ámbitos profesionales, yo, ufano e inconsciente, dije que ese no era mi caso, ya que gracias a *La Alexíada* me había embolsado más de 2.000.000 de pesetas (alrededor de 12.000€). Uno fue lo suficientemente tonto como para no reparar en las caras de odio que, a buen seguro, me dirigieron los eruditos presentes.

69

Para terminar con las andanzas provocadas por mi traducción de la obra de la princesa Comnena, hay alguna anécdota más que me resulta divertido recoger aquí. Un buen día, en mis trasiegos por el Secretariado de Publicaciones con motivo de la edición del libro, mientras esperaba audiencia y ausente la secretaria del secretario, casualmente observé en su mesa un documento donde se le entregaba en concepto de anticipo de edición 100.000 pesetas a otro de los traductores de un libro integrante de la colección donde se publicaba mi libro. Dicho traductor era un conocido profesor de la Universidad de Sevilla, persona excelente en todos los sentidos por lo que he oído. La confianza de la funcionaria había dejado a la vista el papel y yo lo había visto. Me sentí mal. Era como si me hubieran estafado por cuanto el secretario no me había dicho nada de anticipos. Lo interpreté como una muestra más de esa especie de *cosa nostra* que es la Universidad española, donde los que están dentro gozan de prebendas

sustanciosas y quienes desde fuera se acercan son considerados una extraña variedad de la bazofia. Superando mi insana timidez (tanta sería mi rabia), le comenté al secretario la posibilidad de que me dieran un anticipo de edición. Supongo que el hombre, persona para la que sólo tengo palabras de agradecimiento, que se portó siempre conmigo de forma exquisita y que sólo seguía la costumbre de la institución de velar por su clientela, se vio entre la espada y la pared. Su propia honradez le impidió, supongo, negarme ese anticipo cuando se lo daba a otros. Así que, al final, mi cuenta de resultados de *La Alexíada* sumó otra cantidad a la ya conseguida. De hecho, hasta hace poco me han ido abonando cada dos años cantidades en derechos de autor. Aunque nunca pasaran de los cuarenta y tantos euros, eran bienvenidas. Finalmente, hubo dos consideraciones que me turbaron el sueño en más de una ocasión. De un lado, el hecho de que el Premio Nacional me fuera concedido gracias a la intervención de esa persona mencionada arriba, especialista en Bizantinística y Griego Moderno, me dio que pensar si debía hablar con él y preguntarle si era costumbre

académica ofrecer un porcentaje de la dotación económica en concepto de “protección” y “apadrinamiento”. Reconozco que mi timidez me impidió plantearle el asunto en cuantas ocasiones coincidí con él. El hecho de que ese señor nunca me hiciera ninguna indicación al respecto me calmó y me hizo pensar que la fama de mafiosillo de la que gozaba en el ambiente no llegaba a aspectos crematísticos. Al menos, en mi caso. Por otro lado, tampoco me dejó dormir en más de una ocasión el temor de que se descubriera que mi obra no era tan perfecta como se debía esperar y que ello redundara en detrimento de mi hipotética carrera docente en la Universidad. En esos momentos, el hecho de que, como he comentado antes, no fuera sino una impostura más en medio de un mundo corrompido por la impostura generalizada, no calmaba mis escrúpulos porque siempre me ha atemorizado la transgresión. Es que, además, temía que si se descubrieran los defectos, pudieran naufragar mis planes. Iba conociendo el percal y sabía que a la hora de ascender en el escalafón no había reparos por parte de los enemigos en sacar a relucir cualquier pequeño borrón; mucho más cuando el borrón

tenía cierta intensidad. Como dicha carrera nunca llegó a nada, nadie reparó en los fallos de mi obra. Creo, por otra parte, que influyó también otra de las características del contexto profesional universitario. Las críticas de los enemigos son siempre consideradas malintencionadas y desde el primer momento nadie de cada partido se toma la molestia de considerar su posible validez. Al final, uno era insignificante y ninguno de los becarios ni asociados temió jamás que un profesor de Instituto amenazara su carrera. Así pues, salí indemne del embrollo.

70

En el camino emprendido para escapar de la enseñanza media, eran imprescindibles una tesis y un currículum. Lo primordial era acotar el campo de trabajo. Dados mis inicios en ese terreno, decidí emplear mis esfuerzos intelectuales en la historiografía. No era sólo un efecto de la casualidad arriba mencionada, que me llevó a trabajar en una obra histórica trufada de biografía y de retórica como es *La Alexíada*, también me empujaba el interés que tenía para mí la disciplina de la historia. Calibré algo seguir la senda de la filosofía en Bizancio, pero pronto me percaté de que ese campo era más bien pobre y que estaba profundamente imbuido de teología, materia que para mí carecía de interés. También estaba el campo de lo que convencionalmente se llamaría “humanismo”, esto es, la recepción y cultivo de artes literarias de la Antigüedad helénica. Ocurrió algo parecido a lo que sucedió con la filosofía. Lo que el mundo bizantino podía ofrecerme era un

repertorio de imitaciones bastante escasas de creatividad. El mérito de los eruditos bizantinos, como reputados investigadores modernos han reconocido, estriba en la conservación de materiales antiguos y su comentario. Lo demás es una retórica momificada. La historiografía bizantina, por el contrario, aunque tenga un medio de expresión en un nivel lingüístico ya no usado en la vida cotidiana y una dependencia de modelos antiguos, posee una vitalidad producto del asunto que trata, ya que la rama más productiva de la misma versa sobre la historia contemporánea del autor, rasgo que convierte al historiador en un testigo cuasi periodístico de su momento. Por otro lado, el registro de los hechos sucedidos a los colectivos humanos de lengua griega presenta una línea sin interrupciones que abarca desde los primeros logógrafos del siglo VI a.C. hasta las crónicas de la toma de Constantinopla en 1453 y sus secuelas escritas por historiadores bizantinos como Miguel Critóbulo de Imbros o Jorge Esfrantzes. Esa cadena de eslabones que cubre casi dos mil años me permitía igualmente aprovechar la familiaridad que ya poseía con los historiadores de la

Antigüedad y trabajar en las relaciones entre las concepciones de la historia que corrían por autores como Heródoto, Tucídides, Polibio o los historiadores griegos del Imperio Romano y sus seguidores en el Imperio Romano de Oriente. Todas estas consideraciones me llevaron no sólo a redactar una serie de artículos, sino a plantear como tema de la imprescindible tesis doctoral las influencias de la historiografía antigua en la obra de Ana Comnena.

71

Me dispuse, pues, a escribir una tesis doctoral. La primera dificultad era encontrar un director que entendiera del mundo bizantino en Sevilla, o al menos en España. Lo hallé en un Profesor Titular de la Universidad de Granada, de origen griego, al que conocía de mis andanzas con un colectivo de aficionados a la Grecia moderna y a su lengua desde hacía tiempo. Cuando pensé en la tesis, me vino inmediatamente a la memoria. Así que acudí a él. Me aceptó y debo reconocer aquí que mi comportamiento hacia él fue de injustificada prepotencia, como más tarde contaré. Por otra parte, la normativa exigía que si el director de la tesis pertenecía a un claustro diferente a la Facultad donde se iba a presentar la tesis, era preciso contar con un tutor que sí formara parte del profesorado de esa Facultad. Habida cuenta de mi cercanía con el catedrático del Departamento de Filología Griega por ser amigo de Esperanza Albarrán, le solicité que ocupara ese puesto y

accedió. Hacer aquella tesis resultó complejo. No por la voluntaria ausencia de guía, ya que desde que aprobé las oposiciones estaba acostumbrado a no tener a nadie diciéndome lo que tenía que hacer. El problema esencial se encontraba en la ausencia de bibliografía en Sevilla sobre la parte bizantina del asunto que investigaba. Algo había en la Complutense y, por supuesto, en los innumerables departamentos universitarios e instituciones de Alemania, Francia, Gran Bretaña o EE.UU. con tradición en ese campo. También contaba en Atenas con el Centro de Investigaciones Bizantinas (Κέντρο Βυζαντινῶν Ἐρευνῶν), que consideraba el lugar de más fácil acceso para mis capacidades. Otro obstáculo se alzaba en el hecho de que hacer la tesis fuera del manto protector del *Alma mater* me cortaba las vías de acceso a los instrumentos auxiliares para la investigación. Cualquier becario del Departamento podía pedir libros o fotocopias de artículos a cargo de los fondos oficiales. Yo tenía que pagar de mi bolsillo hasta la última fotocopia que pedía a una oficina del C.S.I.C. dedicada a facilitar bibliografía a los investigadores, por no decir los libros que pedía al extranjero. Y no eran precisamente

baratos ni unas ni otros. Afortunadamente, la mayor parte del material preciso para cumplimentar el apartado de historiografía antigua estaba disponible en los fondos bibliográficos del Departamento de Sevilla. Mis viajes a Madrid, para saquear revistas y libros en la Complutense fueron frecuentes en verano y, finalmente, pude permanecer un mes en el Centro de Investigaciones Bizantinas de Atenas gracias a la ayuda para la investigación que mencioné en el capítulo 61. Al final, tuve a mi disposición miles de fotocopias en toda clase de variedades de la letra impresa. Todavía recuerdo con cierta nostalgia, la lectura de los textos de historiadores antiguos y bizantinos mientras regresaba en autobús del Instituto o durante los exámenes que hacía a mis alumnos, las innumerables fichas que elaboré con citas, las noches en que me pasé buena parte del tiempo antes de dormir dándole vueltas al modo de plantear el trabajo. Porque, al final, lo que aparecía como núcleo de la investigación era un estudio de la filosofía de la historia aplicado a esos dos períodos. Ello me condujo a profundizar en ese apartado, lo que complicó aún más la labor. De hecho, el presidente del

tribunal que juzgó la tesis reconoció en el acto de la defensa que había hecho un trabajo sobre filosofía de la historia.

72

Tras la realización de los pertinentes cursos de doctorado, la presentación de mi traducción como tesina (lo que me valió la convalidación de algunos créditos) y seis años de labor, una tarde llamé por teléfono a mi director y le comuniqué que la tesis estaba concluida. Mi satisfacción se congeló cuando al otro lado del auricular, el hombre se reveló molesto por mi actitud. Y tenía razón. En todo ese asunto, el presuntuoso era yo, bien cierto que con una pizca de ingenuidad. Pero nada disculpaba por mi parte la carencia de una mínima cortesía y un mínimo respeto por su función. Durante unos instantes, vi todo mi esfuerzo dilapidado. Mi director, sin embargo, una vez expresado su enfado en términos corteses y educados, me dijo que fuera a verlo en Granada con mi borrador. Así lo hice. Pasé allí un día entero, conocí a su familia, comimos juntos en un ambiente cordial y cómodo para mí. Regresé por la noche con el alivio de que iba a firmarme el trabajo después de unas recomendaciones que me dio en el transcurso de la

mañana que pasamos en el estudio de su casa. Puestas así las cosas, llegó el día de la lectura. Me planté un traje de verano que compré para la ocasión y la corbata, agarré el tomo de la tesis y mi presentación, y procedí a pasar por el rito. Como era de prever, ya que la lectura de una tesis en España es un mero trámite cuyo resultado es previsible, todos los miembros del tribunal alabaron mi obra. Mi director, al final, pidió la palabra para añadir más argumentos a favor de mi trabajo y, tras deliberación obtuve el consabido “Apto *cum laude*”. Y digo “Apto” porque en el período en que presenté mi tesis se habían abolido las calificaciones. Todo quedaba en “Apto” o “No apto”. Luego creo que se ha vuelto al sistema antiguo. Hubo el consabido banquete en un restaurante a costa del nuevo doctor y la despedida. Y como no podía faltar la autoflagelación que tanto me asalta en cada cosa que hago en la vida, he de reconocer que uno solo de los miembros del tribunal acertó a hallar el fallo esencial de mi trabajo. No tengo duda alguna de que mi recopilación de datos, mi estudio en profundidad de las características de la historiografía escrita en griego antiguo (ya sea en los

períodos de la Antigüedad, como en el período bizantino) son exhaustivos y dignos de encomio. La estructuración de la tesis me hace sentir orgulloso de mis capacidades intelectuales y el pundonor con que me embaulé la mayor parte de la literatura secundaria y la lectura reflexiva de casi todos los historiadores antiguos y buena parte de los bizantinos hasta la época de Ana Comnena me confirman la validez de mi trabajo. Sin embargo, si no olvidamos que la función de una tesis, como su propio nombre indica, es el establecimiento de un concepto y su verificación a través de la investigación, no puedo menos que reconocer mi fracaso en dicha validación. Mi tesis consistía en defender una continuidad no sólo formal en el empleo de un nivel lingüístico del griego, sino también en las ideas que subyacen a la hora de escribir un relato histórico. Y, como bien expresó el miembro del tribunal anteriormente citado, entre la mentalidad de un Tucídides y la de una Ana Comnena se hunde un abismo. Todos mis intentos de demostrar mi tesis, a estas alturas, creo que no fueron convincentes por el hecho de que mi objetivo estaba equivocado. Con todo, la seriedad de la obra y la

minuciosidad de todos los apartados, salvo el de las conclusiones, avalaron la calificación. Conseguir terminar una tesis me hizo y me hace sentirme orgulloso y me demostró que la indolencia y de falta de vigor psíquico que algún antiguo amigo me reprochaba con frecuencia no eran sino el resultado de un carácter que pone sobre el tablero todas las energías precisas cuando encuentra un objetivo que considera valioso. El problema consiste en que muy pocos, muy pocos objetivos en mi vida he considerado valiosos.

73

El colofón de la historia sobre la tesis vino dado por la concesión del Premio Extraordinario de Doctorado. Sumaba así un nuevo galardón a mi currículum que me otorgaba un cierto grado de esperanza en mis deseos de abandonar el Instituto y escapar a la Universidad. Era necesario ahora incrementar ese mismo currículum con aportaciones tales como ponencias, comunicaciones y artículos en revistas especializadas. Me lancé a la tarea con energía y en el plazo de unos pocos años conseguí inflar las páginas de mi carrera investigadora con ese tipo de contribuciones al saber universal. Asistía a todo congreso, jornadas, curso que me era posible ampliando los aspectos ya tratados en mi tesis. Al tiempo, las revistas me abrían sus páginas y publicaba artículos también relacionados con esa temática. Buceaba las convocatorias en el BOE y en el BOJA en busca de una plaza de asociado en alguna Facultad. En este apartado, mis intentos (todos fallidos antes de que la crisis existencial y de salud me atacase) se plasmaron en dos

solicitudes para acceder a plazas de profesor asociado, una en la Universidad de Huelva y otra en la de Sevilla, y una firma de oposiciones para una plaza de profesor titular en la Universidad de Extremadura en Cáceres, a la que no llegué a presentarme. Para la plaza de asociado en la Facultad de Sevilla fui a entrevistarme con el Catedrático de Filología Griega para darle a conocer mis intenciones y, al tiempo, para sondear mis posibilidades. Salí de allí con la idea clara de que nada podía hacer. Ya se sabe que si Einstein se presentase a una plaza de profesor asociado o titular en la Facultad de Física, sería derrotado por el becario de turno al que le tocaba acceder al funcionariado. Y conste que en este ejemplo no pretendo sugerir que mis cualidades intelectuales sean similares a la de Einstein, ni mucho menos. En un ejercicio de cierto cinismo, era consciente de que mis capacidades no estarían a la altura de una Universidad que realmente acogiera a la élite intelectual de la sociedad, pero habida cuenta de la mediocridad dominante en las aulas de la docencia superior, creía que mi presencia no desentonaría. En todo caso, cualquier persona avisada, y no un alma cándida

como la de uno, podría haber previsto que la vía de escape a través de la Universidad era un callejón sin salida.

Finalmente, me di cuenta de que debía tomar otro camino.

Así que me dispuse a mandar mi currículum a toda clase de fundaciones y de Universidades privadas. Nunca nadie respondió a mis requerimientos. Ser doctor en Filología Clásica no da acceso más que a la docencia en el sector público o a un tipo de periodismo cultural en cuyos huecos sólo pueden introducirse quienes se mueven diestramente en el terreno de las relaciones públicas, habilidad que mi carácter no me proporcionaba.

74

Mis últimos movimientos en este terreno se llevaron a cabo en el mismo campo de la enseñanza secundaria (como ya se llamaba en aquellos tiempos la antigua enseñanza media). Aprovechando la amistad cercana con un compañero del Instituto donde trabajaba, que era jefe del departamento de Filosofía, acabé el último año de mi labor profesional como docente impartiendo el curso de Historia de la Filosofía en el C.O.U. Fue esa maniobra posible porque una profesora interina de la materia, que llegaba a cubrir una plaza en el departamento durante aquel curso, tenía pánico a impartirla. En aquel año, las autoridades académicas de la Junta de Andalucía ya habían conseguido derrotar, después de decenios de lucha, a los Catedráticos de Griego y nos obligaron con éxito a impartir asignaturas afines. Por primera vez en mi vida profesional me vi forzado a dar clases de una materia que no era de mi especialidad. No deja de ser un cierto mérito para nosotros que sólo lo lograrán después de tanto tiempo. El caso es que me vi en la

necesidad de completar mi horario con un curso de la E.S.O. de Ética y con las cuatro horas de Historia de la Filosofía. Este movimiento mío era totalmente inusual. Cuando de dar afines se trataba, todo el mundo prefería los niveles inferiores. Yo, por el contrario, abusando de la amistad de mi compañero y de las especiales circunstancias que se me presentaron, opté por irme lo más arriba posible. Más me asustaban los vándalos de la E.S.O. que los últimos alumnos del viejo B.U.P. Y estudiar Historia de la Filosofía aquel curso fue un placer. Estaba claro que la parte de Filosofía griega no me planteaba ningún problema; en cuanto al resto, siempre tuve ganas de estudiar autores como Descartes o Kant. Tengo que reconocer que me lo pasé mejor ese curso con los alumnos de Historia de la Filosofía que con mis alumnos de Griego. Por aquel entonces, ya estaba plenamente desengañado y aburrido de dar una signatura que ocupaba el mismo rango en la mentalidad dominante que el Hogar en los tiempos postreros de sistema educativo franquista, y que se veía abocada a compartir espacio con el Latín y ese engendro llamado Cultura Clásica. Por cierto, que ese último año tuve

que dar mi único curso de dicha materia. Me lo planteé como me ordenaban los cacúmenes de la pedagogía, así que me pasé el curso imaginando chorraditas para entretener a la masa. En esta tarea recuerdo que tuvo un relativo éxito un juego de la oca con los viajes de Ulises elaborado por un alumno con unas dotes magníficas para el dibujo. El resto de la clase y el curso en sí fue una de las mayores pérdidas de tiempo que nunca experimenté. Mi éxito, con todo, fue tener a la masa controlada sin ejercer autoridad y no tener que mandar a ninguno de sus integrantes al jefe de estudios, ni expulsar a nadie, ni soportar revueltas o sediciones. Cumplí, pues, a la perfección como probo funcionario el objetivo primordial del actual sistema educativo.

75

La comodidad que sentí impartiendo Historia de la Filosofía me animó a intentar una maniobra permitida por las autoridades académicas. Se trataba de la novedosa figura de la habilitación. Mediante una versión reducida de unas oposiciones de promoción interna, un profesor de materias desahuciadas podía convertirse en titular de otra materia con todos sus derechos. Decidido a ser profesor de Clásicas y de Filosofía al mismo tiempo, me estuve preparando dichas oposiciones durante aquel curso, al tiempo que estudiaba la materia para impartirla en clase. Me compré el temario oficial ya elaborado por una de esas academias que se dedican a esa función. Firmé la convocatoria, pero llegado el momento de acudir a Almería para examinarme, se me agudizó la depresión que llevaba padeciendo desde hacía meses y de la cual me estaba tratando con uno de los psiquiatras supuestamente más hábiles de Sevilla (y también de los más caros, que todo hay que decirlo). Al final, me quedé en casa sentado en un

sillón, con el temario a mi lado y con la conciencia clara de que dicha habilitación no me facilitaría la huida del Instituto, sino que me encadenaría con mayor fuerza a él. En este ánimo, comenzó el curso siguiente. Y cayó la gota definitiva que desbordó mi vaso de lágrimas y que por la vía rápida de la enfermería me sacó de la lidia en que se había convertido el trabajo. Mi amistad con el compañero hacía prever que podría repetir la maniobra del curso anterior. Aunque mis ánimos estaban cada vez peor, creía que conservar el privilegio me permitiría seguir al pie del cañón. El problema surgió cuando la plaza ocupada por la interina el año anterior fue cubierta ya por un funcionario titular que, con toda la razón del mundo, no aceptó que alguien ajeno al departamento impartiera una materia estrella como era la Filosofía del 2º de Bachillerato (ya imperaba el nuevo plan logsiiano). Este hecho me provocó dos sacudidas anímicas que me mandaron al hule. En primer lugar, estaba siendo yo causante de una irregularidad que siempre había visto mal y que, cuando la había conocido, me había provocado una rabia contenida. Uno es de derechas y por tanto, aplicado a la ley y al orden.

Provocar que el amiguismo perjudicara al que era titular del mejor derecho y atacar a la raíz de mi propia dignidad me hundió. Por otra parte, dejar de impartir ese curso de 2º de Bachillerato me hacía descender a las zahúrdas más infernales del Instituto. Antes de que empezara el curso, reventé. Mi psiquiatra me dio la baja, el inspector médico me llamó y, ante mi estupor más profundo, me dijo que mi única salida era la jubilación anticipada. Me explicó detalladamente lo que tenía que hacer y en el plazo de dieciocho meses, tal como estipula la legislación vigente, me vi liberado para siempre de tener que impartir clases en un Instituto. Lo que vino después fue más desastroso aún que lo vivido anteriormente. Pero eso es otra historia y nada tiene que ver con mi vocación de helenista.

76

La trayectoria personal que comenzó hace ya más de cuarenta y cinco años no ha cesado y creo que hinchará mis velas hasta el último día. La sensación extraña de placer que me provoca contemplar unas letras griegas sigue tan viva como el primer día en que me tropecé con ellas. La pasión por el mundo antiguo, la nostalgia por mis experiencias con el mundo griego de hoy en día, mi trasiego con el mundo bizantino, todo sigue vivo de una u otra manera. Mi vocación de helenista no ha muerto. Desde que abandoné el trabajo como profesor me impuse dedicar cada día una hora a leer textos griegos. Con mayor o menor lealtad, dependiendo de múltiples circunstancias, he sido fiel a esa decisión durante estos quince años. No he renunciado ni he perdido mi vocación, simplemente, ahora se manifiesta de manera mucho más libre que antaño. Se refleja en mis traducciones para el blog, en mis relatos breves donde la presencia de lo helénico aparece de forma constante, en algún artículo desperdigado donde reflexiono

sobre el porvenir de la presencia de la Antigüedad clásica en este mundo cambiante como nunca. Al tiempo, soy consciente de que pertenezco a una especie ya casi extinguida y me siento como uno de aquellos eruditos paganos que se reunían en un banquete en la Roma del Bajo Imperio para celebrar la agonía del viejo mundo mientras en el exterior se arremolinaban bárbaros de uno u otro pelaje. Aquel texto que Marguerite Yourcenar imagina escrito por el emperador Adriano vive todavía en mí, aunque el tiempo, consecuente con su ser, siga arrebatando en su carrera todo lo que existe.